

**Guillermo Lora**

**El Partido  
y su  
Organización**

**La Paz - Bolivia**

**1983**

**Ediciones **

# Índice

<b>I. Programa y organización</b>	<b>6</b>
<i>La idea organizativa de José Aguirre</i>	16
<i>La experiencia del bolchevismo</i>	18
<b>II. Partido y militante</b>	<b>25</b>
<i>El militante</i>	28
<i>Deberes del militante</i>	31
<i>Derechos del militante</i>	32
<i>"Teoría" contraria a la intervención en los sindicatos</i>	33
<b>III. La célula como organización básica del Partido</b>	<b>37</b>
<i>Células de empresa, de calle, etc.</i>	43
<i>Células campesinas y el ejército</i>	47

<b>IV. El centralismo democrático</b>	<b>49</b>
<i>¿En qué consiste la democracia y en qué el centralismo?</i>	52
<i>Las fracciones</i>	54
<i>La disciplina</i>	55
<b>V. Crítica y autocrítica</b>	<b>58</b>
<b>VI. La dirección partidista</b>	<b>61</b>
<i>Congreso nacional</i>	63
<i>Comité Central</i>	65
<i>Comités Regionales y células</i>	66
<b>VII. La prensa partidista</b>	<b>68</b>
<i>Trabajo colectivo</i>	69
<i>El periódico como organizador</i>	70
<i>Características de nuestra propaganda</i>	71
<i>Algunas recomendaciones</i>	72
<i>Capacitación. Escuela de cuadros</i>	73

**VIII. Organizaciones paralelas 75**

*El trabajo en la clandestinidad 76*

*Otras actividades. Trabajo juvenil 77*

*Trabajo legal y clandestino 78*

**Como funciona la célula 80**

*Célula de militantes 81*

*Organización de la célula 84*

*Trabajo cotidiano de la célula 86*

*Trabajo con el periódico 89*

*Crítica y autocrítica 91*

*La capacitación 92*

*La célula de fábrica 93*

*Educación del militante 94*

**Manual del organizador**

*I. Organización y cambio de la situación política 96*

<i>II. Lo que se ha hecho y lo que debemos hacer</i>	98
<i>III. Los cuadros partidistas</i>	105
<i>IV. Captación masiva de militantes</i>	110
<i>V. Trabajo con la prensa</i>	122
<i>VI. Cómo exponer lo esencial del programa</i>	126
<b><i>Desviaciones foquistas</i></b>	<b>129</b>
<i>Partido de masas</i>	146
<i>Problema electoral</i>	151

# CUESTIONES DE ORGANIZACIÓN

*"Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria".  
Lenin.*

(“El Partido y su Organización” apareció en 1983,  
con materiales que llevan fechas anteriores. Red.)

## I

### Programa y Organización

#### Fundamento político del problema

Uno de los errores en que se cae frecuentemente al considerar el problema organizativo consiste en plantearlo aislada e independientemente de la posición política del Partido. El enunciado de Trotsky en sentido de que el programa hace al Partido está indicando en qué medida la finalidad estratégica determina la estructura organizativa y la propia táctica partidistas. Se puede decir que los métodos organizativos no son más que recursos empleados para estructurar un partido a medida del programa y capaz de materializarlo en la lucha. El programa, en su empeño de enseñorearse de las masas y al realizarse, encuentra una serie de obstáculos que puede vencerlos gracias al perfeccionamiento de la organización. Sólo un metafísico puede concebir al Partido como algo definitivamente dado de una vez por todas, que ha nacido como sinónimo de lo acabado; contrariamente, es todo un proceso en constante transformación y perfeccionamiento, como resultado de la lucha contra los obstáculos que se presentan a diario.

La elaboración del programa (conocimiento de la realidad objetiva, de la mecánica de clases y revelación de las leyes del desarrollo y transformación de la sociedad con ayuda del método marxista) corresponde a la etapa en la que algunos elementos, considerados como individualidades, se aglutinan alrededor de ideas políticas centrales. No se puede esperar que desde ese momento tales ideas agrupen al grueso de las masas o se materialicen por el solo hecho de haber sido incorporadas en el texto de un programa. La férrea organización del Partido y su entroncamiento en la clase constituyen los pasos necesarios y previos para el logro de tal finalidad. Falta todavía que el programa penetre en el seno del grueso de las masas y lo hace a través de la organización política de la vanguardia, que únicamente puede estructurarse con el uso indispensable de la argamasa programática. El programa tiene que probar, en la piedra de toque de los acontecimientos de la lucha de clases,

su validez, lo que sería inconcebible sin la existencia de la organización partidista.

Reducen el problema al absurdo los que plantean que lo dicho anteriormente significa que el programa político para realizarse no precisa de la organización, vale decir, que el Partido debe ser considerado como algo etéreo, como un simple amontonamiento de ideas o de consignas. Entre programa y organización existe una mutua relación y condicionamiento dialécticos y esta última actúa activamente sobre el programa, contribuyendo a su enriquecimiento y puede llegar al extremo de desvirtuarlo completamente en caso de degenerarse. Lo que hemos indicado es que el programa (expresión de la lucha consciente o política, de la finalidad estratégica) tiene primacía con referencia a la organización, que es, en último término, su factor determinante. A tal programa tal forma de organización partidista; sin embargo, ésta se desarrolla conforme a sus propias leyes. El programa es el contenido y la organización la forma que corresponde a aquél.

En esta cuestión, que corresponde, ni duda cabe, al abecé de la teoría marxista se perfilan ya con claridad nuestras diferencias -ciertamente políticas, pero que se presentan muchas veces como simples discrepancias organizativas- con quienes enarbolan concepciones foquistas, reformistas, revisionistas (stalinismo) o nacionalistas. Y nuevamente comprobamos de que es el programa revolucionario el que determina la naturaleza y contornos de la organización partidista.

Sabemos que la ultraizquierda pequeño-burguesa en general, en su empeño por sustituir al partido bolchevique, que se le antoja una antigualla, por otra organización cualquiera, planteó la necesidad de centrar todos los esfuerzos única y exclusivamente alrededor del trabajo organizativo, sin preocuparse de la elaboración ideológico-programática, con el argumento central de que así se evita una inútil pérdida de tiempo y de energías en la discusión de las ideas, desde el momento en que el programa, según tal tesis, debe emerger totalmente de la acción, de manera automática y necesaria. La acción sería ya la teoría, llamada a someterse a la espontaneidad de los explotados. Esta postura, antimarxista por excelencia y propia del foquismo, ha sido desmentida, una y otra vez, por la historia. Ciertamente que no es este el camino que conduce a la estructuración de la vanguardia revolucionaria.

La tesis ultraizquierdista incluye a no pocas cuestiones de mucha importancia que no han sido debidamente analizadas hasta ahora. Se comienza dividiendo y separando arbitrariamente los problemas político-programáticos de los organizativos y se concluye olvidando totalmente los primeros, para así dedicar todos los esfuerzos a una actividad cerradamente organizativa. Los marxistas ponemos en pie al partido del proletariado con la finalidad de materializar el programa o estrategia revolucionarios (hacer posible el cumplimiento de las tareas históricas de la clase obrera), es decir, la consumación de la revolución social encabezada por el asalariado (revolución y dictadura proletarias

protagonizadas por la nación oprimida), fuera de esta perspectiva carecen de sentido la discusión y trabajo organizativos. Para la ultraizquierda, la organización concluye como una finalidad en sí; la organización lo es todo, el programa nada. Los que se postran ante la espontaneidad de las masas y niegan la necesidad de estructurar el partido revolucionario, se convierten en canales de la política burguesa.

La especie de que el programa brota inevitablemente de la acción, como un fenómeno puramente mecánico, es el camino directo que conduce al empirismo y al reformismo revisionista. Sus sostenedores se conforman con actuar cotidianamente conforme a pequeñas recetas acomodadas a las necesidades del momento, sin ninguna referencia al gran objetivo estratégico. Bien pueden inscribir como su divisa que las reformas u objetivos inmediatos lo son todo y el fin nada. Hay grupos que carecen de un programa, pero no por esto dejan de perseguir determinadas finalidades políticas, que no pueden menos que desembocar en las líneas maestras señaladas por la burguesía, esto sucede por encima de todas las buenas intenciones, porque las ideas dominantes en determinado momento son las ideas de la clase que domina a la sociedad. En resumen: concluyen como reformistas. Embriagados en la búsqueda de los objetivos inmediatos pierden la perspectiva de la revolución; olvidan que la consumación de ésta es la toma del poder por el proletariado actuando como caudillo nacional, creen que todo se reduce a la lucha por los objetivos inmediatos. De manera consciente o no, esa tremenda desorientación y chatura políticas concluyen modelando un tipo de organización' que nada tiene que ver con la estructura bolchevique y que no puede hacer posible la victoria de la lucha revolucionaria: un grupo de activistas que buscan ganar elecciones o lograr únicamente aumentos salariales; núcleos de activistas totalmente aislados de las masas, preocupados del activismo propio de los mártires predestinados a la gloria, pero no a la organización y educación política de los explotados. La actividad por la actividad no precisa de un programa claramente delineado, sería una traba para su materialización, le bastan algunas ideas cornunes a las gentes más dispares. El partido revolucionario educa y organiza a las masas y mal podría llenar tareas tan importantes si no tuviera un programa claramente elaborado y delimitado, si esperase que las ideas políticas (teoría) broten mecánicamente, por generación espontánea, de la acción ejemplarizadora.

Programa y organización son dos aspectos inseparables y que se penetran entre sí, de un mismo fenómeno: la estructuración del proletariado en clase para sí, vale decir, consciente no sólo de su explotación, sino también de los caminos que debe recorrer para libertarse a sí mismo y a la sociedad; consciente de su misión histórica, que emerge del lugar que ocupa en el proceso de la producción y del propio desarrollo de la sociedad capitalista. La actividad consciente de la clase obrera, la expresión programática (teórica) de su lucha como clase contra la burguesía como clase (representada por el Estado) y en relación con las otras clases sociales, eso es la política revolucionaria, inexcusablemente expresada por el partido marxleninista-trotskyista.



La evolución de la conciencia de clase, cuya expresión más acabada es el programa del partido revolucionario, constituye el prerequisite imprescindible para la organización del proletariado como partido político. Estos conceptos elementales, olvidados por reformistas, revisionistas, nacionalistas y foquistas ultraizquierdistas, se encuentran ya en el "Manifiesto Comunista" (1848), vale decir, en el fundamento mismo del programa del Partido Obrero Revolucionario y en el de la Cuarta Internacional.

"Esta organización del proletariado en clase -dice el 'Manifiesto' después de pasar revista a las vicisitudes recorridas por el proletariado en el camino de su estructuración, en su paso de clase en sí a clase para sí y, por tanto, en partido político..." Aquí se está indicando que el partido es la expresión concentrada de la conciencia de clase, cosa que olvidan no pocos supuestos "marxistas" e izquierdistas radicales.

Hablar de la cuestión organizativa al margen del programa o por encima de éste (no debiendo olvidarse que el programa, expresión genuina de la conciencia de clase, es nada menos que una de las manifestaciones más propias de la estructuración del proletariado como clase y que hará posible la transformación revolucionaria de la sociedad) equivale a proclamar que se tiene decidido convertir al partido revolucionario (organización de la vanguardia de la clase, según el concepto más elemental) en un grupo de activistas, altamente entrenado y organizado, pero aislado de la clase y de las masas, actuando a sus espaldas; concebido no como el resultado de la evolución de la conciencia de clase, sino como un factor incentivador, que utiliza con esmero su actuación ejemplarizadora y heroica para despertar a las mayorías adormecidas. Bueno, por este sendero se llega directamente al foquismo de nuestros días o al vetusto terrorismo individual, que nada tienen que ver con el marxismo ni con la lucha revolucionaria de los explotados por su liberación.

Los que se empeñan en materializar la receta de la estructuración de la organización por la organización misma, al margen de la estrategia del proletariado, acaban degenerándose como revolucionarios, transformándose en una especie de condotieros al servicio de no importa qué causa, con tal de actuar y de alcanzar éxitos (recuérdese la tragedia de los miristas ultras convertidos en nacionalistas burgueses). No estructuran un partido para materializar el programa revolucionario, para acaudillar a los explotados en la revolución social, sino que ajustan con precisión los mecanismos de funcionamiento de un aparato, generalmente de características militares, capaz de consumir con eficacia pequeñas operaciones, independientemente del objetivo de la dictadura del proletariado. El contenido de la finalidad política es llenado desde fuera por alguien extraño al grupo de activistas, por la potencia financiadora de las operaciones. Esta concepción pequeño burguesa en materia organizativa constituye una degeneración del bolchevismo y es consecuencia de la separación arbitraria de los problemas políticos y organizativos. Cuando aflora tal tendencia en un partido obrero es prueba de que está actuando la

presión e influencia de la clase dominante, muchas veces por medio de los canales pequeñoburgueses.

En nuestro país tenemos un ejemplo clásico de a dónde conduce una concepción organizativa no bolchevique, que considera las discusiones sobre el programa como puro bizantinismo distraccionista y contrario a la acción revolucionaria; nos referimos a la ultraizquierda foquista que se proyectó en la estructuración del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (fundado en septiembre de 1971). Se buscó formar una vanguardia revolucionaria de la noche a la mañana y al margen del programa, hecho que se prueba porque en sus momentos de mayor auge y de su atomización no poseía un conjunto coherente de ideas programáticas que hubiesen podido fisonomizarlo con nitidez. A eso condujo la desesperación individualista de los pequeñoburgueses. El desprecio de la teoría y de las discusiones políticas, que a los foquistas se les antoja desperdicio de energías y un pretexto para justificar la poltronería de los partidos tradicionales, no es otra cosa que subalternización del programa e ilimitada confianza en las explosiones espontáneas del descontento social. Por eso el MIR proclamó, como uno de sus cardinales descubrimientos y como la tesis que le diferenciaba de la izquierda, calificada por los ultras como tradicional, la especie de que la doctrina revolucionaria no tardaría en brotar de la acción, razón por la que era imprescindible centrar los esfuerzos organizativos en el entrenamiento para las acciones inmediatas o para ganar elecciones, sin preguntarse a qué clase social llegarían a fortalecer estas acciones. No es necesario insistir que en Bolivia los ultraizquierdistas han demostrado superabundantemente no tener la necesaria capacidad para poner en pie una organización altamente calificada desde el punto de vista organizativo, eficiencia que no debe identificarse necesariamente con la naturaleza revolucionaria de una organización. La piedra de toque para nuestros foquistas no ha sido otra que la lucha por su supervivencia y contra la represión policial y en este terreno, como todos saben, han fracasado estrepitosamente. En otras latitudes los foquistas y terroristas presentan organizaciones altamente calificadas, pero éstas y la violencia que tan generosamente desparraman no están al servicio de la revolución y, en ciertas circunstancias, como sucede en el caso del ERP argentino, la acción armada convertida en práctica gimnástica no hace otra cosa que obstaculizar, momentáneamente, la construcción del partido obrero, cuando de lo que se trata ahora es de esto, precisamente, y no de arrojar bombas y secuestrar a individualidades o gobernantes como actividades centrales.

En Bolivia, la situación para la ultraizquierda es por demás sombría, la simple espectacularidad ya no puede salvarla frente a masas altamente politizadas y preocupadas de encontrar los canales partidistas para expresarse. Cuando el MIR se vio obligado a dar respuesta a los problemas políticos en el campo de las previsiones (indispensable para fijar la línea política con algunas perspectivas) se convenció que no le era posible actuar satisfactoriamente en este terreno por carecer de un programa; los intentos apresurados que hizo por subsanar tan tremenda falla demostraron que no era en realidad una verdadera organización partidista con alguna homogeneidad, sino un

conglomerado de las tendencias más diversas y contrapuestas: foquistas nacionalistas burguesas, trotskystas, stalinistas y hasta puramente putchistas. El primer choque serio con la realidad pulverizó a los miristas, que en su momento ofrecieron, con la irresponsabilidad que les caracteriza, poner en pie a la vanguardia revolucionaria perfecta y en tiempo record.

No deja de ser aleccionador que los foquistas puros (a tiempo de organizarse el MIR recibió los detritus de muchas organizaciones políticas, pero su eje central consistió en la convenida infiltración del ELN que actuó como su centro director y fue éste el que se opuso a la adopción de principios revolucionarios) se hubiesen transformado rápidamente en nacionalistas (han declarado que el M.N.R. y los gobiernos movimientistas interpretaron debidamente los intereses populares y antiimperialistas, lo que equivale a reconocer que los objetivos movimientistas son objetivos revolucionarios y aún válidos) y que hubiesen concluido conspirando junto a un grupo de oficiales cuyo programa no pasa de una liberal y vaga declaración de defensa de campesinos, obreros y otros sectores; foquismo y nacionalismo son manifestaciones simétricas de la intelectualidad pequeño-burguesa que capitula ante la clase dominante. La organización por la organización y la acción por la acción pueden servir a clases sociales contrapuestas en sus intereses, pero no al proletariado.

La ultraizquierda en todos sus matices no puede comprender que el programa es probado por las masas en su propia acción y que su identificación con los explotados y su perfeccionamiento se da en la actividad diaria en el seno del proletariado. Los ultras actúan deliberadamente como fuerza externa a la clase y no conciben que pueda darse el caso de la elevación de las masas hasta el nivel del programa revolucionario partiendo de su práctica diaria y concluyen por sustituir todo el proceso con una receta pedagógica: la concientización de no importa qué sector social (mejor cuanto más numeroso y más explotado, que es el rasgo común del populismo) para convertirlo nada menos que en socialista. Como se ve, no se trata de que las masas se apropien del programa y al hacerlo, gracias a su experiencia diaria acumulada, contribuyan a su propia superación, sino de enseñar simplemente una verdad acuñada para siempre, lo que permite descubrir que los ultras consideran a los explotados iguales entre sí en todos los aspectos y como elementos puramente pasivos y receptivos. No es necesario recalcar que esta postura se distingue por ser antidialéctica y antimarxista.

Cuando decimos que el programa (la teoría política) modela a la organización partidista, nos estamos refiriendo a sus características y formas fundamentales y no a los pequeños detalles organizativos, a las minucias, es evidente que no todos éstos pueden reflejar de manera directa las concepciones políticas capitales; los ajustes organizativos tienen lugar en un marco de cierta libertad, pero siempre dentro de los límites señalados por el basamento programático. Sería infantil, por ejemplo, que alguien quisiese justificar con el programa en mano que una célula debe estar constituida por tres elementos y no por cinco, etc., estas variaciones están determinadas por las modificaciones de la

situación política que se vive, por el grado de represión, etc. Pero, la estructura celular, el carácter centralizado del Partido revolucionario, el centralismo democrático, corresponden a los objetivos estratégicos fijados en el programa marxleninista y son irremplazables en el trabajo encaminado a ligar a la vanguardia con el grueso de las masas, de organizar a éstas y de dirigir las en la lucha por el poder. La existencia misma del partido revolucionario es inseparable de la naturaleza del proletariado.

Para ilustrar lo dicho tomemos como ejemplo la discusión habida en el seno del marxismo ruso alrededor de lo que debe entenderse por militante. Para los mencheviques, que en esto seguían a la socialdemocracia internacional y particularmente a la alemana, era suficiente que un elemento se proclamase socialdemócrata (identificación con el programa) y apoyase la actividad partidista, para que fuese considerado militante; los bolcheviques, a su turno, exigían, además, su pertenencia a una organización del partido, es decir, a lo que nosotros llamamos célula. No se trata de ninguna formalidad, sino de educar y controlar los movimientos de la militancia, de encontrar la mejor forma de ligazón del Partido con las masas, desde el momento que aquel tiene que forjarse en el seno de la clase. Esta concepción es totalmente extraña al ultraizquierdismo, que no tiene necesidad de células, de penetración orgánica en el seno de los explotados, de organizarlos, esto porque es él quien hará la revolución para luego ofrecerla a los oprimidos y lo más que espera es que éstos despierten de su modorra gracias a los aguijonazos de la conducta ejemplar y heroica de los foquistas. Para todo esto están demás las células y son suficientes los grupos especializados, altamente entrenados y armados. Hay que recalcar que el Partido revolucionario busca organizar, educar y movilizar a las masas obreras hacia la conquista del poder.

La célula, que vive y se desarrolla en el seno de las masas, es un elemento activo, en la medida en que es parte de la organización de la vanguardia y que participa directamente en la evolución de la conciencia de clase, no se limita simplemente a vincular a la vanguardia con el grueso de la clase, sino que acciona sobre el conjunto del Partido, reflejando así la actividad de las masas. La célula incorpora el programa partidista a la lucha de la clase y al asimilar la experiencia de ésta impulsa el ajuste y desarrollo de las proposiciones programáticas. El ultraizquierdismo no precisa de células, en el sentido que les damos nosotros, porque para él la revolución es un fenómeno extraño y externo al proletariado. El trabajo cotidiano permite que el Partido se convierta en vanguardia de la clase, es decir, que el programa se enseñoree de ésta, que es entonces cuando la idea deviene fuerza material. El grupo ultraizquierdista, por muy incipiente que sea, se considera ya dirección y protagonista de la revolución, no tiene porque perder el tiempo esperando la evolución política de las masas, pues está seguro de sustituirlas y con ventaja.

El instinto de la clase obrera (tiene su raíz en el lugar que ocupa el proletariado en el proceso de la producción) es el germen de su conciencia y ambos son procesos en constante transformación e inter-relación. A lo largo de la lucha

de clases no dejan de aparecer brotes de actitudes instintivas o espontáneas. La experiencia acumulada por el proletariado en su lucha elemental o sindical (tradeunionista), va a permitir, en cierto nivel, el salto cualitativo de la actividad instintiva y su transformación en conciencia. El salto no se produce de manera mecánica, por sí mismo, sino que se logra gracias a la mediación imprescindible del partido político, que es el portador de la ciencia social (marxismo) al seno de las masas. En cierto grado de desarrollo del proletariado se plantea como una necesidad histórica (impostergable) la estructuración del partido político, pues constituye el elemento decisivo para su formación como clase. La política revolucionaria no brota de manera natural de la actividad espontánea de los obreros, sino que viene de fuera como programa partidista.

El Partido es, de esta manera, el resultado de la evolución del asalariado, expresa, concentra y potencia la conciencia clasista, que se está transformando sin cesar. Se forma como programa (expresión consciente y exterior a las masas por encarnar la teoría y, sin embargo, parte vital de ésta porque actúa sobre ella y concluye enseñoreándose) fuera de la clase obrera, pero su destino es fundirse con ésta para transformarla cualitativamente. Esa es su práctica revolucionaria: conocer al proletariado y actuar sobre él para transformarlo y, simultáneamente, para transformarse a sí mismo, para devenir poderosa organización, dirección política.

Hay inter-relación y conflicto entre partido y masa. Cuando la vanguardia revolucionaria (fusiona al obrero con la ciencia) penetra en la clase, y sólo lo hace en determinadas condiciones de madurez de ésta, pues con anterioridad es repudiada o apenas tolerada, la impulsa hacia adelante, motoriza el desarrollo de su conciencia, lo que plantea una serie de problemas políticos inéditos que obligan a ajustar, complementar o modificar el programa; si el Partido no cumple esta tarea, imprescindible e impostergable, de manera adecuada y oportunamente, se convierte en freno que impide un mayor desarrollo de la conciencia de clase. Partido y masa se condicionan recíprocamente, a veces se impulsan entre sí, pero en otras oportunidades actúan como muros que impiden la marcha de su oponente.

Producto de la conciencia de clase, el Partido, mientras no se degenera o cambia su contenido de clase, actúa como la organización insustituible que puede impulsar la evolución de aquella. Su tarea central consiste en asimilar críticamente las conquistas logradas por las masas, que en los momentos de mayor tensión de la lucha de clase dan pruebas de su enorme capacidad creadora, y en generalizarlas. Así esas conquistas se convierten en patrimonio de toda la clase, se incorporan al arsenal de los explotados y se perpetúan.

Portador de la ciencia social (marxismo) de fuera hacia la clase oprimida y desprovista de los medios culturales, en cierto momento el Partido da expresión teórica a lo hecho por las masas, se nutre de ellas para superarse programáticamente, es entonces que lleva la ciencia desde el seno de las multitudes hacia el campo teórico general. El Partido está cumpliendo la tarea

trascendental de elaborar teoría; él y la militancia actúan como expresiones del trabajo colectivo y sordo del conjunto de la clase. La política revolucionaria encuentra su más elevada expresión en la creación teórica.

Es fácil comprender que los elementos no totalmente emancipados de los resabios foquistas o que son correa de transmisión de la influencia pequeñoburguesa en materia política y organizativa, se empeñen en reemplazar a las células partidistas (para nosotros irremplazables) por otros organismos que pueden ser fácilmente estructurados e inclusive importados, pero que no pueden jugar el papel de las primeras: comandos, departamentos funcionales, brigadas o cualquier otra cosa. Aparentemente este problema puede presentarse como meramente organizativo o sin implicaciones políticas y, sin embargo, constituye un intento serio por echar por la borda todo el programa del Partido, en fin, su finalidad estratégica, para reemplazarlos por las concepciones caóticas y heterogéneas de la ultraizquierda. Al declarar la inoperancia y caducidad de la organización celular se está declarando que el proletariado no hará la revolución y que bien puede ser sustituido por un puñado de valientes y bien entrenados pequeñoburgueses.

Las diferencias supuestamente organizativas "puras" ocultan, en definitiva, diferencias políticas y programáticas, es decir, de clase. Casi siempre las ideas extrañas al proletariado se encubren en aparentes divergencias organizativas. De lo que llevamos dicho se puede deducir que no debe haber una escisión del Partido por puras cuestiones organizativas (ya hemos señalado que las pequeñeces no pueden justificar una ruptura), sólo puede darse cuando se formulan planteamientos políticos contrapuestos, que, repetimos, expresan, en último término, intereses de clases sociales diferentes. Los nacionalistas y ultras pueden provocar una ruptura enarbolando pretextos organizativos, en este caso corresponde poner al desnudo las verdaderas finalidades políticas del fraccionalismo.

El estudio a fondo de toda desviación organizativa nos lleva, indefectiblemente, a planteamientos políticos. En este plano tenemos el ejemplo clásico de la escisión de la socialdemocracia rusa entre bolcheviques y mencheviques, que comenzó como una disputa alrededor de una formulación típicamente organizativa y estatutaria. Bien pronto se evidenció que detrás se escondían dos concepciones opuestas acerca de la naturaleza de la revolución rusa y del papel de la burguesía y del proletariado en ella (ver de Lenin "Un paso adelante, dos atrás" y el "¿Qué hacer?").

En el marco nacional tenemos ejemplos que demuestran que las formulaciones políticas son el fundamento de la cuestión organizativa. Mientras el Partido Obrero Revolucionario no pasó de ser un estrecho círculo propagandístico no existía para él la cuestión de emprender un trabajo celular inmediato; al mismo tiempo en las numerosas tesis programáticas tampoco se habían concretizado el carácter de la revolución boliviana y la mecánica y relaciones entre el proletariado, campesinado, clase media y sectores burgueses. Nadie



se preguntaba cómo aplicar la experiencia bolchevique en un país de notables particularidades en su estructura económico-social. Tampoco era posible que entonces se plantease la necesidad de rasolver la forma de ligazón entre el Partido y el grueso de las masas, etc. El rudimentarismo organizativo denunciaba una extrema incipiencia programática. Los documentos poristas daban a entender que no sería el proletariado boliviano, poco numeroso y azotado por el analfabetismo, el llamado a consumir la revolución obrera, como expresión de los intereses impostergables de la nación oprimida, que el socialismo vendría hasta nosotros desde otros países más avanzados, culturalmente hablando. No es pues casual que se comiencen a discutir apasionadamente los problemas organizativos sólo cuando el Partido Obrero Revolucionario resuelve penetrar en el seno de las masas. La Tesis de Pulacayo fue el primer documento que caracterizó con alguna claridad la naturaleza de la revolución en nuestro país y, simultáneamente, los jóvenes organizadores hicieron serios esfuerzos por poner en pie una estructura celular partidista. Lo dicho no significa que en el período de elaboración del programa no se hubiesen planteado los lineamientos generales a los que debía encuadrarse la organización; tales planteamientos forman parte del programa.

Mucho más tarde, la aparición de corrientes federalistas dentro del Partido Obrero Revolucionario, de reminiscencias al foquismo, etc., volvió a demostrar que las diferenciaciones organizativas ocultaban profundas discrepancias políticas.

En materia organizativa el POR posee una rica experiencia. Hemos luchado apasionadamente por estructurar un partido bolchevique en un país atrasado y por materializar las normas del centralismo democrático frente a la degeneración stalinista de los partidos comunistas. Hemos luchado contra las tendencias pequeñoburguesas que pretendieron sustituir el partido obrero por otras organizaciones.

La naturaleza organizativa del Partido Obrero Revolucionario tiene que corresponder a su finalidad estratégica (la dictadura del proletariado apoyada por los campesinos y la mayoría de la clase media de las ciudades), que se alcanzará utilizando los métodos de la revolución proletaria. Solamente desde el momento en que se formula de manera tan clara el programa partidista se plantea y se discute la forma de cómo organizar un partido capaz de colocarse a la cabeza de las masas y tomar el poder.

Durante el largo período en el que el Partido se radica y limita a Cochabamba, su programa originario y redactado por Aguirre, fue echado al olvido y sustituido por un catálogo de enunciados abstractos y bastante manoseados. La dirección de ese entonces (una parte de ella se fue más tarde a militar en el MNR) estaba segura que una revolución dirigida por el proletariado era una cuestión tan hipotética y tan lejana que no merecía ser colocada en el primer plano de las discusiones. Este círculo propagandístico se limitó a memorizar (memorizar no es lo mismo que asimilar) algunos textos clásicos y

a repetir mecánicamente las instrucciones de la Cuarta Internacional, entonces dirigida desde Nueva York. En esta etapa el problema organizativo (problema subestimado por los "teóricos") no podía dejar de ser más que un catálogo de citas librescas y estaba muy lejos de poder transformarse en la búsqueda de métodos emergentes de la propia lucha diaria.

La forma organizativa de nuestro Partido es tan diferente de la de los otros partidos como substancialmente diferente es su programa; se tratan de diferentes posiciones clasistas. El stalinismo -para citar a una organización que también se reclama de la clase obrera- está seriamente preocupado de garantizar su legalidad (a cambio de acallar su crítica a los desgobiernos nacionalistas y gorilas, en un país en el que no existen posibilidades para el pleno desarrollo de la democracia burguesa) y en inflar su militancia por medio de la captura de simples firmantes, para lo que utiliza los recursos más desdorosos. La concepción menchevique de la militancia es explicable en un partido que no se plantea el gobierno de la clase obrera ni la toma del poder por métodos revolucionarios. Los esfuerzos del PCB se encaminan a convertirse en un factor importante del parlamentarismo, a pesar de que la experiencia enseña que este camino es uno de los más escabrosos en Bolivia. En resumen, los métodos organizativos del Partido Comunista de Bolivia son la expresión de su orientación política contrarrevolucionaria.

Citamos otro ejemplo ya clásico: la estructura organizativa de Falange Socialista Boliviana se ajusta a su carácter golpista.

El Partido Obrero Revolucionario solamente puede estructurarse eficazmente teniendo como eje la célula de empresa.

### La idea organizativa de José Aguirre G.

Corresponde a José Aguirre Gainsborg -fundador del Partido Obrero Revolucionario- el enorme mérito de haber planteado en Bolivia, por primera vez, la necesidad de organizar un partido de tipo bolchevique, como condición ineludible para materializar la emancipación del proletariado y la transformación radical del país. Se puede decir que para cumplir tal tarea se hicieron todos los esfuerzos encaminados para poner en pie al POR en el exilio. Más tarde la idea quedó totalmente fisonomizada en la polémica que sostuvieron los marxistas bolcheviques con los discípulos del centrista y aventurero Marof, que pugnó por estructurar un movimiento populachero, ampliando y aflojando todo lo posible el concepto de la militancia y olvidándose de los principios programáticos revolucionarios (el tristemente célebre Tristán abandonó uno a uno los basamentos marxistas y concluyó como un intelectual reaccionario). La escisión de 1938 salvó al Partido Obrero Revolucionario y le abrió la perspectiva de convertirse en un partido bolchevique -entiéndase bien que decimos solamente la perspectiva- y en este sentido fue una escisión provechosísima, aunque determinó su extremo y momentáneo debilitamiento



numérico.

Aguirre enfatizó acerca de la necesidad histórica de un partido de estructura bolchevique (aunque no adquiriese inmediata notoriedad, decía él), esto porque su análisis político del país concluía sosteniendo que, en definitiva, el proletariado se colocaría a la cabeza del proceso revolucionario y llegaría, tarde o temprano, a estructurar su propio gobierno. Estas ideas fueron lanzadas en una época en la que la "inteligencia" pequeñoburguesa reivindicaba para sí el derecho y el deber de encabezar la transformación social, tesis que caracteriza al "socialismo universitario" o pequeño-burgués. Al enunciado de Aguirre le faltaba la concretización que ha alcanzado a la fecha el programa del Partido Obrero Revolucionario y no podía ser de otra manera, desde el momento en que las clases sociales y sus exponentes políticos no habían puesto en evidencia todavía su capacidad y posibilidades revolucionarias. El empirismo -entonces dominante en el campo de la política y de la cultura en, general- gustaba enfrascarse en discusiones sobre el particularismo y excepcionalidad bolivianos dentro del proceso histórico: se decía que partiendo del antecedente de la comunidad indígena se podía llegar, por caminos propios, a un socialismo sui generis; planteamiento que recapitulaba las conclusiones a las que llegó la escuela indigenista que venía desarrollándose en el Perú, particularmente en la región Sur, acerca del comunismo incásico, etc.

El planteamiento organizativo de José Aguirre Gainsborg (un enunciado meramente general) correspondía al estado larvario del programa y a la incipiente del propio movimiento obrero y revolucionario nacionales. El Partido debía ser -dijo- un partido de clase, un partido obrero y no una amalgama de clases sociales explotadas (el stalinismo contra-revolucionario del período pirista retornó al policlasismo tan pregonado por los nacionalistas de todas las latitudes). Fue el primero en subrayar la urgencia de captar y educar para la militancia a lo más granado de la clase obrera, particularmente de los mineros, esto frente a la tendencia (reencarnada en el stalinismo y en otras corrientes políticas) que buscaba convertir al Partido en un círculo de pequeño-burgueses arribistas. No todo se redujo al enunciado teórico, Aguirre dedicó mucho tiempo de su actividad a aglutinar y educar a lo más atrevido de la vanguardia obrera de su época, como hemos podido comprobar con posterioridad.

El fundador del POR había acumulado una gran experiencia organizativa en el exilio, pero comprendía que no podía ser inmediatamente aplicada en su integridad en Bolivia, debido al tremendo atraso político imperante. La cuestión era descubrir en el terreno los métodos apropiados que permitiesen poner en pie una organización de vanguardia, inevitablemente pequeña, pero disciplinada alrededor de un programa claramente elaborado y con capacidad para nadar contra la corriente, todo esto a fin de neutralizar la influencia enervadora y anarquizante de las capas pequeño burguesas. Esos métodos organizativos no podían menos que tomar en cuenta las características bolivianas.

Una de las preocupaciones centrales de José Aguirre consistió en llevar a conocimiento de las masas el programa y las ideas del Partido Obrero Revolucionario y, en cierto momento, pensó que algunas organizaciones de intelectuales podían servirle de canales en este propósito, lo que explica su "entrismo" en Beta Gama.

El POR tuvo que pagar muy caro el que la muerte detuviese prematuramente el talento y la voluntad acerada de José Aguirre Gainsborg. La primera consecuencia fue la caída, en el plano organizativo, en un tremendo rudimentarismo, que costó mucho tiempo y trabajo superarlo. Todavía ahora se pueden notar sus huellas dentro del Partido. Esos resabios obstaculizan la marcha y crecimiento de la organización. Constituye, pues, una necesidad impostergable derrotar políticamente a los representantes del rudimentarismo organizativo y político y ayudar al Partido en su conjunto a asimilar críticamente la experiencia organizativa acumulada tanto en el plano nacional como internacional.

## Experiencia del bolchevismo

Los clásicos del marxismo (Marx y Engels) no descuidaron, como muchos creen, la organización del partido revolucionario. Suficiente recordar sus trabajos en el seno de la Liga de los Comunistas y de otras organizaciones, particularmente los esfuerzos que hicieron alrededor de la estructuración de la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional, 1864-1874). La pugna interna constante dentro de la AIT, que, en realidad, fue toda su historia, giró teniendo como eje la asimilación y marginamiento, según los casos, de las numerosas corrientes no adictas al marxismo que la integraban en un principio.

A no pocos se les antoja que la intransigencia demostrada por Marx y Engels en estas luchas, era puro sectarismo, una arbitrariedad contraria a los intereses revolucionarios, etc.; sin embargo, fue una conducta necesaria en la tarea de aglutinar cuadros alrededor del programa expuesto en el "Manifiesto Comunista". En este histórico documento se encuentra una de las ideas centrales de nuestros principios organizativos: la plena estructuración de la clase obrera (clase para sí o consciente) supone su organización como partido político. De aquí se desprende que un partido se convierte en organización de masas cuando éstas, al evolucionar su conciencia de clase, se elevan hasta la altura del programa socialista. Es erróneo sostener que el programa debe desvirtuarse o disminuirse hasta alcanzar el bajo nivel de las capas atrasadas de obreros. Con todo, lo hecho por Marx y Engels en materia organizativa fue sumamente limitado, como consecuencia de la época en la que actuaron.

Los bolcheviques, bajo la dirección de Lenin, forjaron un partido fuertemente centralizado y cerrado en lo que se refiere a la concepción de la militancia y capaz de actuar exitosamente en la clandestinidad, de cumplir la función de estado mayor altamente tecnificado y entroncado en el grueso de la

clase, con una gran capacidad de maniobra realista y audaz. Este partido fue organizado para tomar el poder utilizando métodos revolucionarios, a la cabeza de las masas y en la Rusia autocrática. El partido bolchevique tenía como columna vertebral a la célula de empresa, funcionaba dentro de las normas del centralismo democrático y bajo una dirección única y centralizada. No se trataba, desde luego, de un organismo burocratizado (como ha llegado a ser en la etapa de la degeneración stalinista) o de la dictadura del secretario general y del Comité Central, como infundadamente temieron Rosa Luxemburgo y Trotsky en 1904 (este último ha reconocido reiteradamente sus errores en materia organizativa). Se trataba de una organización de revolucionarios profesionales, agrupados alrededor de ideas políticas, por esto se insistió tanto en un órgano periodístico central para toda Rusia, el mismo que fue definido como un organizador colectivo. La naturaleza misma del bolchevismo determinó la inevitabilidad de la escisión de la socialdemocracia rusa. Con Lenin la teoría del partido revolucionario dio un colosal salto hacia adelante.

La concepción del partido como organización de revolucionarios profesionales fue enunciada únicamente por el bolchevismo y le imprimió la característica de partido de vanguardia, cerrado y extraño a la influencia disociadora de los simples aficionados y que aun en el momento de la toma del poder siguió siendo una minoría de la clase obrera. A pesar de todo, en un partido de este tipo no impera -como algunos sostienen- la disciplina de corte militar, porque la militancia está unida por una idea política, elaborada colectivamente por aquella y así su unidad en la acción y su subordinación a la mayoría devienen conscientes.

El stalinismo, cuya teoría y práctica no son más que la prostitución del leninismo, ha contribuido a que se pierda el verdadero concepto del revolucionario profesional. Para Lenin y sus compañeros, no era, precisamente, el elemento rentado, éste puede ser un funcionario o un burócrata, que cuando se perpetúa como tal tiende a separarse más y más de la línea revolucionaria y de la voluntad de las bases. A nadie se le podía ocurrir que el Partido se convirtiese en un feudo de los funcionarios: los únicos con derecho a pensar conforme a los deseos del secretario general, dueño del aparato y de los dineros de la organización. La existencia de la burocracia supone que la militancia ha sido convertida en una masa inerte y que no tiene más tarea que la de obedecer las decisiones de los burócratas. Para los bolcheviques, el revolucionario profesional es el militante que entrega sus energías y su misma vida a la causa del proletariado y se encuentra altamente tecnificado para cumplir su misión; tal el concepto fundamental para la estructuración de un verdadero partido obrero. De aquí se desprende la definición leninista del militante como aquel que pertenece a una de las organizaciones partidistas (es decir, a una célula) y no simplemente el que pueda reclamarse del programa. Como se ve, lo central radica en que el revolucionario profesional viva para la revolución y añade muy poco a este concepto el que ese revolucionario perciba o no una remuneración por su trabajo.

La degeneración burocrática del Partido de la URSS tiene su raíz última en el largo aislamiento de la revolución rusa y constituye el polo opuesto del leninismo y no puede ser considerado, como creen algunos, su producto natural, legítimo y necesario. El stalinismo sustituye el centralismo democrático por el centralismo burocrático, o sea, la dictadura arbitraria de la alta dirección sobre la militancia, resultado del cercenamiento de la democracia interna, de la hipertrofia del centralismo y de la imposición del monolitismo organizativo, que no permite el derecho a la discrepancia y a la formación de fracciones. En estos moldes antileninistas está vaciado el Partido Comunista de Bolivia, por ejemplo.

### Experiencia boliviana: Círculo de propaganda y partido de masas

El período de elaboración del programa, período ineludible, está lleno de discusiones teóricas, que no a pocos se les antoja puramente académicas, y de fusiones y escisiones alrededor de principios teóricos. Estas discusiones que comprenden y alcanzan a grupos pequeños y cerrados, pueden concluir aislando momentáneamente al Partido de las masas y convertirlo en un círculo minúsculo. Dentro de estas circunstancias, la organización limita su actividad a una simple labor de propaganda, se empeña en poner en conocimiento de amplios sectores su programa.

Según Plejanov, la propaganda consiste en transmitir muchas ideas (explicar las raíces y consecuencias de la crisis económica, por ejemplo) a algunas personas y la agitación en transmitir una sola idea a las masas, buscando impulsarlas a la acción (llamado a imponer la escala móvil de salarios o a declarar una huelga, por ejemplo).

Este proceso ha durado para el Partido Obrero Revolucionario boliviano mucho tiempo y su consecuencia inmediata fue la separación total del Partido de las masas. Ahora podemos constatar que en esa época se habían perdido las nociones más elementales en materia organizativa. Muchos desearían eliminar tal período de la historia del trotskismo, mas esto no es posible.

La existencia de una agrupación dedicada exclusivamente a la propaganda (puede limitarse a ser un círculo de discusión y el editor de una publicación periódica u ocasional, de carácter teórico, etc.) no es por si misma un error organizativo y puede responder a una realidad concreta: necesidad de reclutar un mínimo de militancia que permita realizar una determinada actividad partidista (el reclutamiento no puede menos que ser individual). Es indispensable que responda a las particularidades del momento que se vive y deliberadamente (no arbitrariamente) se considere como período indispensable. En esta etapa se forman los primeros cuadros alrededor de las ideas programáticas.

El error comienza cuando el círculo de propaganda se considera como la fase definitiva de la evolución del Partido, independientemente de la situación política, de las transformaciones que se operan en la conciencia de las masas, de la estructuración del programa y de la misma experiencia partidista acumulada. Si tal es el criterio dominante se puede decir que ese partido no tiene porvenir alguno y hasta la captación individual de militantes es progresivamente abandonada. El círculo de propaganda deja de hacer propaganda, en lugar de discutir los problemas políticos conversa, concluye como un raquítico círculo de amigos, que ya no obedece a una idea política sino a simples vínculos de amistad personal. El programa y los trabajos organizativos están demás y se los abandona. Semejante agrupación y la pertenencia a ella no ofrecen el menor peligro y aquella se convierte en el refugio de la cobardía física y del bizantinismo. Es claro que para ese organismo degenerado no pueden existir los problemas organizativos y los políticos concluyen en el academismo absurdo: se ignora la existencia del país, de las masas y de sus problemas. Esta vida parasitaria puede prolongarse por tiempo indefinido, si no se procede a reajustar el programa, la dirección y a dar la voz de orden de la penetración sistemática en el seno de las masas, rectificación que inmediatamente pondrá en primer plano la cuestión organizativa. En política, las agonías son demasiado largas y los fantasmas influyen y obstaculizan la marcha de los organismos vivos. El pasado se proyecta indefectiblemente sobre el presente. No debe olvidarse que los círculos de discusión enquistados conducen a la desmoralización y a la dispersión de la militancia.

El Partido que está obligado a comenzar su existencia como un círculo de propaganda tiene que mantener, si no quiere degenerar, contacto permanente con las masas, actuar hacia ellas, para poder en el momento oportuno rectificar su orientación y buscar convertirse en una organización de masas, finalidad de los revolucionarios. Desde el momento en que se plantea la superación del círculo de propaganda surge el problema de encontrar los medios organizativos adecuados que permitan dar semejante salto en óptimas condiciones.

El POR durante muchos años no ha sido más que un círculo de propaganda, inclusive comenzó a mostrar rasgos de degeneración (se llegó a prohibir la difusión de las ideas partidistas con el argumento absurdo de que podían aprovecharse de ellas los enemigos políticos) El círculo de amigos se empeñó tercamente en ignorar los problemas nacionales y en emanciparse de toda influencia de las masas. ¡Qué dramático contraste con los afanes de Aguirre por permanecer en el seno de los explotados (asistía puntualmente a las reuniones de la Federación Obrera de La Paz y en sus años universitarios ejerció la cartera de Vinculación Obrera de la Federación de Estudiantes de La Paz, etc.), por estudiar y resolver los problemas de las masas y del mismo país! Nos estamos refiriendo al período de los años cuarenta durante el cual el Partido se concentró en Cochabamba. El programa elaborado por Aguirre y que sirvió de basamento para la formación del POR existía, pero las masas, que vivían en un plano político superior al de 1934-38, lo ignoraban totalmente y nadie se preocupaba de popularizarlo. Para superar este calamitoso estado

de cosas fue preciso un profundo sacudimiento interno, tanto organizativo como político, que concluyó en la escisión. Cuando se trató de materializar la tesis de ir al encuentro de las masas se chocó con el obstáculo serio de la carencia casi total de militantes capaces para tal tarea. En el período anterior se había descuidado totalmente la formación de cuadros partidistas. En la práctica, los nuevos cuadros (sobre los cuales se ha formado el verdadero POR) aprendieron y se templaron en el calor de la lucha.

Muchos han olvidado que cuando la organización porista degeneró hizo abandono del programa; cuando éste fue evitalizado mediante el trabajo en el seno de los explotados se impuso la necesidad de transformar radicalmente la organización partidista. Programa y organización son partes inseparables de un mismo proceso. Trotsky en su lucha contra la burocracia stalinista llegó a la misma conclusión:

“En tiempos de Lenin (con un Comité Central leninista) el aparato organizativo del partido hallábase subordinado a una política revolucionaria de alcance internacional...

“La violencia puede desempeñar un papel revolucionario enorme; pero únicamente bajo una condición: que se halle subordinada a una verdadera política de clase.

“Pero un régimen organizativo no puede llevar una vida independiente. En el régimen organizativo halla su expresión todo el rumbo político del partido.

“El régimen de represión dentro del partido es una consecuencia inevitable de toda la política de los dirigentes... Cuanto más se aparta la política del Comité Central del cauce proletario de clase más necesario resulta imponer esta política a la vanguardia proletaria con métodos de coerción aplicados desde arriba. Esta es la causa última del actual régimen intolerable que impera en el partido.

“Las victorias de la fracción Stalin son las victorias de fuerzas extrañas sobre la vanguardia proletaria. Las derrotas del partido son derrotas de la dictadura proletaria”. (Discurso ante el CC del PC ruso, 28 de octubre de 1927).

La Oposición de Izquierda planteó, al mismo tiempo, la rectificación de la política seguida en Rusia y de la desarrollada por la Internacional Comunista y la reorientación del régimen partidista (retorno a la democracia interna).

El círculo de amigos aflojó completamente el concepto bolchevique de militante, al extremo de que se llegó a borrar totalmente la línea divisoria que lo separa de los simpatizantes. En cierto momento es casi imposible determinar quienes son militantes y por qué. Este rudimentarismo volvió a aparecer más tarde con algunas variantes. Se lo puede descubrir en la precipitada incorporación de elementos que desconocen el programa y la naturaleza organizativa del



Partido, hecho que puede tener desastrosas consecuencias. Esos "militantes" pueden, con su voto inconsciente, desvirtuar el programa y aprobar una línea contra-revolucionaria. Una severa responsabilidad en la captación de militantes no debe confundirse con el deseo de no crecer, de permanecer indefinidamente como una insignificante minoría. La sustitución de la vida celular por los ampliados es otra expresión del rudimentarismo organizativo.

La disciplina degenera en tal grado que nadie se cree obligado a nada y la dirección, si bien físicamente existe, deja de ser tal. El resultado de este estado de cosas no puede ser otro que la paralización de toda actividad partidista. ¿Qué otra cosa puede esperarse de un organismo que no se plantea tarea práctica alguna que cumplir?

Es claro que dentro de tal realidad no puede concebirse la existencia y funcionamiento de las células partidistas (de empresa o de calle).

Un partido reducido a la actividad propagandística, pero que no ha perdido su naturaleza bolchevique, no tiene por qué modificar la concepción ya clásica del militante y menos abandonar su educación dentro de una férrea disciplina. La propaganda (hecha por medio de revistas, folletos, etc., por ejemplo) debe servir, además de educar a los cuadros ya existentes, para la captación sistemática de nuevos militantes y par a ampliar la influencia política. Debe lucharse enérgicamente contra toda tendencia aislacionista, contraria a la ampliación de la militancia. La propaganda hecha por simple rutina o para satisfacer la vanidad de tal o cual presunto teórico, resulta pernicioso para el Partido.

En esta etapa se trata de encontrar los medios propagandísticos que permitan popularizar el programa del Partido y crecer numéricamente. Debe evitarse la simple exposición académica de los principios básicos del movimiento, como si se tratara de un mensaje dirigido exclusivamente a los iniciados. Las tendencias aislacionistas se empeñan en limitarse a tal tipo de propaganda. La popularización del programa debe hacerse por medio de la respuesta dada a los problemas que surgen diariamente en la lucha.

La labor propagandística es la más propicia para la captación de las capas intelectuales y para la formación de los teóricos. Este período debe utilizarse para la formación de propagandistas y agitadores que solamente pueden actuar en base del trabajo de los teóricos.

Una justa orientación del Partido es la lucha tenaz contra su enquistamiento, que puede concluir por convertirlo en extraño al país y a las masas. En esta etapa el crecimiento del Partido no está tan directamente subordinado a las modificaciones de la conciencia de la clase como en el período de trabajo masivo, pero no deja de sufrir su influencia.

Se supone que las masas están viviendo, de un modo necesario e inevitable, su experiencia en el seno de otros partidos que le son extraños, mientras que el Partido Obrero Revolucionario está empeñado en elaborar o hacer conocer su programa. Esta actividad puede obligarnos en los sindicatos a tomar contacto y trabajar junto a alguna tendencia de izquierda. El resultado de todo esto no es otra cosa que el confusionismo en los medios obreros acerca de las finalidades del POR y de las organizaciones a las que se encuentran apoyando. La propaganda debe poner mucho énfasis en liquidar tal confusión. Lo que no tiene que olvidarse es que esta propaganda no puede de manera alguna reemplazar a la experiencia que necesariamente tienen que vivir las masas. La confusión se liquidará cuando los obreros sufran en carne propia las nefastas consecuencias de la política del partido al que favorecieron con su apoyo. La propaganda partidista sólo puede ayudar a acelerar tal experiencia. La política frentista involucra el derecho a la crítica pública al aliado ocasional.

Constituye un error confundir al Partido que está atravesando momentáneamente el período de círculo de propaganda con una organización que se empeña en mantenerse alejada de las masas y que pretende justificar teóricamente esta perniciosa tendencia. El periódico de propaganda debe servir, si se actúa revolucionariamente, para que el Partido Obrero Revolucionario adquiera la suficiente preparación que le permita penetrar en las masas. En ningún momento -repetimos- el Partido puede aislarse deliberadamente de los obreros y dejar de difundir su programa entre ellos. El período propagandístico se explica porque, por razones determinadas e independientes de la voluntad de la militancia, el Partido todavía no se encuentra en posibilidades de realizar un trabajo masivo. El contacto vivo con las masas debe permitir al Partido Obrero Revolucionario auscultar permanentemente las transformaciones que se operan en el seno de las masas y que pueden permitirle modificar y superar su forma de trabajo.

El Partido es de masas cuando efectivamente se convierte en dirección de éstas, cuando controla a sus organizaciones fundamentales, lo que supone un gran volumen de militantes debidamente formados.



## II

## Partido y militante

## El partido de clase

El Partido Obrero Revolucionario trotskysta es la vanguardia del proletariado políticamente organizada, alrededor de un programa que expresa los intereses históricos o estratégicos (no únicamente los momentáneos) de esta clase revolucionaria por excelencia también en nuestro país capitalista atrasado, de economía combinada.

Es pues un partido de una sola clase social y no policlasista, vale decir un conglomerado de varias clases diferentes, con intereses también diferentes y a veces contrapuestos. Otra cosa es que el partido obrero se convierta, en cierto momento de la lucha, en caudillo de toda la nación oprinida (de varias clases sociales). Entre nosotros el stalinismo pirista desarrolló, o repitió, la tesis equivocada de que en un país rezagado, donde el proletariado es minoritario - erróneamente dijo incipiente- y existen otros sectores sociales más explotados y numerosos, se impone la estructuración de un partido de cuatro clases (obreros, oampesinos, pequeñaburguesía y sectores progresistas de la propia burguesía), concepción que expresa el supuesto de que en Bolivia, debido al poco desarrollo de las fuerzas productivas consideradas como dimensiones nacionales), solamente puede darse la revolución democrático-burguesa.

Tratándose del partido revolucionario su programa traduce a política del proletariado. En un bloque de cuatro clases es necesario establecer quién lo dirige políticamente. Si se toma en cuenta el esquema de la revolución democrática, como, etapa previa y separada de la hipotética revolución socialista, es claro que la clase dirigente será la burguesía nacional o, en su defecto, la pequeñaburguesía expresando los intereses generales de aquella, pero en ningún caso el proletariado. La izquierda y juventud piristas, más tarde agrupadas en el Partido Comunista de Bolivia, hablaron y hablan de partido obrero, pero como puntal de los movimientos antiimperialistas de contenido burgués y de ninguna manera como dirección de la revolución políticamente acaudillada por el proletariado y que resolverá a su modo las tareas democráticas. Los movimientos nacionalistas comparten tales concepciones organizativa y política.

El Partido Obrero Revolucionario es un partido de clase como consecuencia de su programa que sostiene que también en la atrasada Bolivia aunque capitalista, donde la burguesía se ha desplazado al campo de la contra-revolución y del pro-imperialismo, el proletariado, erigido en caudillo nacional (a la cabeza de los campesinos y de la mayoría empobrecida de la clase media de las ciudades,

es decir, de la nación oprimida), llegará al poder, desde donde no podrá menos que cumplir a plenitud las tareas burguesas pendientes, para transformarlas en socialistas y asestar continuos y siempre más profundos cortes al régimen de la propiedad privada burguesa. Si el proletariado es la clase revolucionaria por excelencia y si su destino histórico es el de consumir la revolución bajo su mando político, es evidente que tiene que comenzar emancipándose, política y organizativamente, de la influencia de las otras clases sociales, tiene que organizarse como partido político con su propia estrategia, que de ninguna manera puede confundirse con los objetivos de la burguesía, de los campesinos o de la pequeña-burguesía. Cuando decimos que el proletariado, a través de su partido político, acaudilla a las otras clases explotadas, queremos significar que arranca a las masas del control de los partidos políticos de esas otras clases y las gana para sus posiciones. El partido revolucionario tiene como eje fundamental la efectivización de la independencia política del proletariado.

La naturaleza de clase de un partido se determina no exclusivamente por el origen social de su militancia (que ciertamente tiene su importancia), sino, y básicamente, por su programa, es decir, por los intereses históricos que encarna. En determinadas circunstancias, el partido obrero puede contar en sus filas con mayorías estudiantiles o campesinas; sin embargo, no pierde su naturaleza de clase en la medida en que permanece fiel al programa de la revolución y dictadura proletarias.

El partido obrero no engloba en los límites de su organización celular a toda la clase (esto no será posible ni siquiera en el momento de la conquista del poder político o después), sino únicamente a lo mejor de su minoritaria vanguardia. El proletariado, pese a ser una de las clases sociales más homogéneas, presenta en su seno diversas capas que, con frecuencia, chocan entre sí. En la base tenemos a la masa semiproletaria (no ofrece una plena diferenciación social) y a los sectores muy atrasados, que no se interesan ni siquiera por los problemas puramente sindicales, sólo tienen el afán de vivir en paz y ganar su salario con normalidad. La práctica diaria enseña que constituye el peso muerto en las luchas sindicales, que no pocas veces puede inmovilizar a los movimientos reivindicacionistas.

La capa media, que es la más vasta, está formada por los sindicalistas de oficio, por los que consideran que todo debe concluir con el logro de aumentos salariales periódicos. En este sector pululan los que creen que el sindicato es en sí mismo un partido y que puede conquistar el poder y consumir la liberación de la clase. También prosperan las tendencias "apolíticas", tan gratas a la burguesía porque le permiten influenciar decisivamente sobre la clase obrera.

La vanguardia minoritaria comprende cuáles son los intereses históricos de la clase y sintetiza la conciencia del proletariado. Sólo en los momentos de agudización de la lucha de clases, en los períodos de ascenso de masas y en los momentos de insurrección, el grueso de la clase marcha detrás de su vanguardia y da la impresión de que, toda la clase obrera se hubiera

soldado en un solo bloque. Cuando venga el cansancio, el aflojamiento de la tensión social o el período contrarrevolucionario, la vanguardia volverá al aislamiento y a ser hostilizada por las grandes capas que reniegan de la política revolucionaria, considerada como demasiado violenta y maximalista. El trabajo partidista consiste en agrupar a las estratas más avanzadas de la capa media sindicalista, a fin de incorporarlas a la vanguardia revolucionaria.

Es claro que no todos pueden ser militantes del Partido Obrero Revolucionario, ni siquiera todos los que comprenden la justeza de su programa, pues se precisan algunas condiciones personales para dedicar todo a la militancia y a la revolución: la lucha revolucionaria sería inconcebible sin cierta dosis de pasión, de valor físico, de inteligencia, de desprendimiento y de iniciativa. El partido obrero engloba en sus filas a los mejores elementos de la clase, a los más inteligentes, a los más osados.

Hemos dicho que la clase debe elevarse hasta la comprensión del programa revolucionario, al decirlo nos referimos a su vanguardia y no a la masa obrera en su integridad, mucho menos a sus sectores atrasados. Hay que delimitar el problema con bastante claridad. Una cosa es que la vanguardia se eleve hasta la militancia y otra distinta, que las masas lleguen a movilizarse detrás del partido obrero marxleninista-trotskyista, sin que esto signifique que hubiesen ingresado a la militancia o comprendido el programa revolucionario en su integridad. En los momentos más agudos de la lucha de clases, desconcierta a muchos el entusiasmo de los explotados por el Partido Obrero Revolucionario y equivocadamente concluyen que todos ellos se han convertido automáticamente en militantes (inmediatamente después de 1952, el POR recibió la solicitud de carnets de militantes de cientos de campesinos), se trata simplemente de uno de los efectos de la profunda movilización de las masas, que poco después, en su retroceso, pueden condenar al ostracismo a la vanguardia del proletariado.

El Partido es la dirección política de la clase y entre ambos existe, como dice Trotsky, una profunda interpenetración dialéctica. Sería erróneo concluir que la dirección se limita a reflejar de modo inmediato a la clase, tiene vida propia y se desarrolla conforme a sus leyes propias, llegando, en cierto momento a influenciar decisivamente en la marcha de la clase. "En realidad, la dirección de ningún modo es un simple 'reflejo' de una clase, o el producto de su propia creación libre. La dirección se forja en el proceso de los choques entre las distintas clases y de las fricciones entre las diferentes capas dentro una clase dada. Una vez asumido su rol, la dirección se eleva invariablemente por encima de su clase, con lo que queda expuesta a la presión e influencia de otras clases" ("Clase, Partido y dirección").

El Partido es el estado mayor de la clase por esto precisa poseer una férrea estrategia (que no a pocos se les antoja sinónimo de sectarismo) y una extrema flexibilidad en la maniobra táctica, siempre referida a la finalidad última. Esto sólo puede lograrse ejercitando debidamente el centralismo democrático.

Centralismo en la actuación exterior y amplia democracia interna, cuya expresión más elevada radica en que la línea política debe ser fijada por la militancia.

La severa disciplina constituye una de las condiciones para la exitosa actuación partidista, pero no se trata, como se tiene indicado, de la disciplina militar, sino de una consciente que parte de una profunda convicción política.

Son las características del proletariado (clase desposeída de poder económico, de los beneficios de la cultura y de los mandos del poder político) las que condicionan las características y la necesidad de su partido, concebido como instrumento adecuado para consumir la revolución.

El partido se forja en el seno de las masas, ganará la confianza de éstas demostrando, en la lucha diaria, su inquebrantable fidelidad a su clase y a su programa.

El objetivo del partido obrero es la conquista del poder y la instauración de la dictadura del proletariado, lo que supone que debe ser capaz de colocarse a la cabeza de los explotados en los momentos de la crisis revolucionaria; para que esto sea posible es indispensable que en los períodos anteriores de relativa calma, estructure debidamente sus cuadros. La historia ha demostrado que la clase no es capaz de forjar a su dirección en pleno combate; ésta ya existe con anterioridad en sus grandes lineamientos.

## El militante

Militante del Partido Obrero Revolucionario es aquel que está de acuerdo con su programa, que pertenece a una célula y que cotiza regularmente y de acuerdo a sus ingresos económicos. Este tipo de militante, que es tal por trabajar cotidianamente y de manera sistemática en un organismo básico del Partido, puede contribuir a la elaboración colectiva de su línea política, a ligarlo vitalmente con la clase y permitir que la organización partidista controle y oriente cotidianamente su conducta. Es esta concepción la que nos define como bolcheviques. A partir de 1903 -como se ha señalado-, sobre este problema se formaron las fracciones menchevique y bolchevique dentro del Partido Socialdemócrata Ruso.

Lo anterior supone que las vinculaciones, diferencias y disciplina partidistas se basan en las ideas programáticas, que éstas determinan las modalidades organizativas. El compadrerío, la simple amistad o las prebendas no tienen cabida en el partido revolucionario y menos pueden sustituir al programa como elementos determinantes de la organización partidista.

Nadie puede ingresar al Partido Obrero Revolucionario si no conoce su programa y sus estatutos, si no los ha estudiado y asimilado; en el período de prueba no sólo se observa la conducta de los aspirantes, su honestidad, etc., sino que se los capacita política y doctrinalmente. La lucha revolucionaria importa una serie de sacrificios y para afrontarla el militante debe saber perfectamente por qué objetivos se entrega íntegramente a una causa política. El elemento fundamental para lograr una férrea y capaz organización constituye el programa revolucionario; el militante se forma asimilándolo debidamente.

El militante se forja íntegramente en el caldero de la célula, aquí logra desarrollar todas sus aptitudes, aprende a utilizar debidamente el método marxista, a dirigir a su clase; en la célula se eleva política, teórica y organizativamente y aprende a superar sus limitaciones clasistas pequeño-burguesas, a arrojar por la borda sus prejuicios y taras. El obrero aprende a generalizar, a vincular sus problemas con los de su clase y con los del país. El proletario y el pequeño-burgués se transforman en revolucionarios. El Partido Obrero Revolucionario está conformado por revolucionarios profesionales, bolcheviques, que son algo más que los estudiantes y los obreros del montón.

No es suficiente que conozca los objetivos partidistas y que los lea en el periódico "Masas" que debe difundir, ese es el caso de una enorme cantidad de personas (una parte de ellas se reclaman del POR) y que, sin embargo, se encuentran ubicadas más allá de las fronteras partidistas. Es en el seno de esta masa donde se reclutan los simpatizantes y aspirantes. Para que puedan transformarse en militantes es imprescindible que ingresen a las células, que son las organizaciones básicas del Partido Obrero Revolucionario. La gente que está situada más allá de las células se encuentra prácticamente fuera del control partidista y de toda posibilidad de que sus movimientos y actitudes sean orientados políticamente. El militante en una célula no se limita a capacitarse teóricamente (que está muy lejos de ser una academia o un club de discusiones), sino que interviene activamente en la vida diaria del Partido y planifica la mejor forma de llevar al seno de las masas la línea partidista, en esta medida es un elemento activo en el proceso de formación del Partido, de su fortalecimiento en medio de la ase trabajadora y de asimilación de la experiencia de la clase.

Los estatutos del Partido dicen que los militantes que hubiesen dejado de pagar cuatro cuotas pierden el derecho a voto en las reuniones partidistas. El sostenimiento económico de la organización forma parte de las obligaciones insoslayables del militante; si éste se entrega íntegro a la organización revolucionaria, es claro que tiene que contribuir, en la medida de sus posibilidades, a solventar sus necesidades materiales. La experiencia nos enseña que la elevación política de las células se traduce en cotizaciones normales y en el manejo escrupuloso de los dineros de la organización. Según normas estatutarias, la apropiación indebida de los dineros del Partido se equipara a la delación y es castigada con la expulsión, sin derecho de apelar ante el congreso o las reuniones nacionales.

Cuando el Partido se plantea la necesidad de penetrar en el seno de las masas surge con toda nitidez el concepto bolchevique de la militancia.

El primer problema que se plantea en la práctica es el de cómo controlar la actividad de los que se reclaman militantes del Partido y que participan en los sindicatos y en otras organizaciones de masas. El Partido, además de controlar, tiene que orientar políticamente a sus militantes y supervigilar su vida pública y privada. Los militantes actúan en el seno de las masas a través de sus células.

Cuando se trabaja en los sindicatos y en las organizaciones de masas, la vida privada de los militantes adquiere significación política, pues un traspié en su conducta puede ocasionar serios perjuicios en el trabajo partidista. Este control sería imposible si el militante no trabajase en una célula, donde se planifica la labor diaria, se educa al militante y se somete a una severa autocrítica toda la labor realizada. El Partido puede responder únicamente de quienes se encuentran bajo su control y dirección y esto sólo se puede lograr por medio de la célula. Para el bolchevismo es, pues, inconcebible el militante fuera de la célula y así el límite entre los militantes y los simpatizantes queda fijado con toda nitidez. El Partido comienza y concluye en la célula de militantes. Sin células resultaría imposible la actividad partidista y menos la dirección y control de la militancia, ya que no puede darse el extremo de que se destaque un vigilante detrás de cada porista. El Partido organiza también a los simpatizantes para educarlos y orientarlos con miras a la militancia.

Las dificultades se agravan cuando el núcleo más valioso de los cuadros partidistas ha sido reclutado en el seno de la pequeña-burguesía. El aflojamiento de la actividad celular da rienda suelta a las tendencias individualistas y las vinculaciones sociales y económicas de estos militantes con las clases no proletarias se fortalecen lejos de romperse. El Partido no vive en las nubes, sino en medio de la lucha de clases; el acrecentamiento de la influencia de fuerzas extrañas y antagónicas crea el clima favorable para el florecimiento del oportunismo y del revisionismo.

Existe la tendencia acentuada, incluso entre los camaradas obreros, a considerar la vida privada como exclusiva pertenencia del militante y totalmente extraña al Partido. Esta errada concepción pone en evidencia una deficiente educación revolucionaria. De la misma manera que el militante entrega las veinticuatro horas de su existencia a la causa, igualmente entrega todas sus manifestaciones, incluyendo su vida privada. El Partido tiene derecho a controlar todos los pasos que dé el militante y a discutir sobre su conducta considerada como estrictamente personal. No se puede permitir que un error en la vida del militante (planteamos el extremo de las cuestiones pasionales) comprometa todo el trabajo partidista. La vigilancia sobre todas las facetas de la vida se hace más imperiosa cuando se trata de cuadros valiosos o de remarcable importancia política. Lo anterior no quiere decir que el militante carezca de vida privada o pasional, lo que significaría que ha dejado de ser



humano, pero esa vida privada debe subordinarse y armonizarse con la actividad política, es decir, partidista. Es discutible que el militante tiene que vivir su vida, pero tiene que hacerlo de acuerdo con sus principios.

El Partido capta militantes para que vivan la vida partidista en sus células y sean miembros de un ejército combatiente, que necesita que sus efectivos se encuentren siempre prestos para la lucha. Pertenecer al Partido Obrero Revolucionario -uno de los más grandes honores para el revolucionario- quiere decir trabajar disciplinadamente en una de sus células, no existe ninguna otra forma para ingresar a sus filas y las ceremonias de admisión, que pueden o no efectuarse, no alteran el significado de este hecho fundamental. El Partido sabe que sus cuadros constituyen para él un capital invaluable y por eso los cultiva, los cuida, les enseña a burlar la vigilancia policial, etc. No se llevan libros de inscripción y el que deja de trabajar en una célula ya no es considerado militante.

Los otros partidos políticos de "izquierda", consecuentes con su orientación política y clasista, recurren a verdaderas artimañas y trampas para inflar su militancia (arrancar juramentos por medios equívocos, obsequios de viajes, becas, campañas para la captura de firmas, bailes, etc; los stalinistas se ha super especializado en estas artimañas).

Muchos olvidan que en un país en el que la arbitrariedad policial es la norma, lo más aconsejable es tener mucho cuidado con los reglamentos de militantes, cotizantes y con toda la documentación que pueda contribuir a quemar ante la policía a la nueva militancia.

Bien sabemos que un verdadero militante vale más que toda una legión de simpatizantes, de aficionados a la política y de compañeros de ruta.

El Partido forma militantes que trabajan no sólo en los períodos de ascenso (cuando la corriente favorable permite continuos éxitos), sino que también siguen ocupando sus puestos de combate en los momentos más difíciles, cuando las derrotas lo aíslan de las masas, cuando la tarea básica consiste en salvar el programa y mantenerlo alto.

Los cuadros medios, a los que el Partido les dedica una educación especial, constituyen el esqueleto de la organización y son los organizadores, propagandistas y agitadores por excelencia.

### Deberes del militante:

a) Acatar los acuerdos de las reuniones nacionales, del Comité Central, de los Regionales y de la célula del Partido. Debe cumplir esas determinaciones aun en el caso en que esté en desacuerdo con ellas, teniendo el derecho de hacer constar este hecho y de representarlas internamente para su modificación por

los canales normales a las instancias partidistas superiores.

b) Observar una severa disciplina, que es la expresión más acabada del centralismo democrático. La disciplina se basa en una profunda compenetración del programa del Partido y no únicamente en el temor a las sanciones.

c) Cotizar con puntualidad. Estudiar y difundir la prensa partidista.

d) El militante en sus actividades fuera de los límites partidistas debe desarrollar y defender la línea política oficial de la organización, aunque esté en desacuerdo con ella en el marco interno.

e) El militante debe observar las reglas de la clandestinidad. Acerca del funcionamiento de la organización, de la constitución de las direcciones, etc., sólo debe conocer los datos que competen a su actividad inmediata: Está prohibido inquirir referencias sobre la ubicación y desplazamientos de la dirección, de las células, de los equipos especializados, etc. La regla es: cuanto menos conozca un militante detalles sobre la marcha de la organización mucho mejor. Esta prohibición no se refiere a los problemas políticos o teóricos, sobre los que puede demandar toda la información que crea necesaria.

f) Los militantes están terminantemente prohibidos de difundir rumores o de comentar las actividades partidistas fuera de sus células, esta perniciosa costumbre es equiparada con la delación.

### Derechos del militante:

a) Todo militante, después del tiempo de antigüedad establecido por los estatutos, puede aspirar a cargos de dirección, incluidos los más elevados, con la sola condición de que demuestre devoción por el trabajo partidista y poseer la capacidad necesaria. El Partido está vivamente interesado en la rápida formación de cuadros medios de dirección, porque esto le facilitará su trabajo.

b) Puede expresar libremente sus ideas opuestas a la dirección o sus discrepancias con la táctica partidista de cierto momento, a condición de que no importe una ruptura con el programa. La dirección rodeará de todas las garantías necesarias a estos militantes, que pueden propagar internamente (en los boletines internos) sus ideas opositoras -pero en ningún caso en el exterior- y formar agrupaciones alrededor de ellas. Les asiste el derecho de trabajar en favor de su fracción y de buscar que gane a la mayoría de la militancia.

c) El militante que cumple las disposiciones estatutarias tiene el derecho de participar en todas las reuniones de célula, en las regionales y nacionales, ante las cuales fuese designado delegado.



d) Los militantes que discrepan con la dirección tendrán cabida en los boletines internos para exponer sus ideas, pero no así en el periódico central que está destinado a las masas, pues éste debe reflejar la línea partidista oficial ante los explotados y oprimidos.

Los militantes que provienen de la pequeña-burguesía se proletarizan al identificarse ideológicamente con el programa político de la clase obrera. El Partido Obrero y revolucionario, obedeciendo a necesidades de los trabajos organizativo y político, puede enviar a algunos de sus militantes a las fábricas.

### “Teoría” contraria a la intervención en los sindicatos

El extremismo infantilista, magistral y caústicamente analizado por Lenin, dice que no quiere mancharse las manos interviniendo en las organizaciones en las que existan elementos no marxistas puros. En el Partido Obrero Revolucionario boliviano se dio una expresión infantilista por demás curiosa, una vez más protagonizada por la dirección del período cochabambino.

La línea oficial era aislacionista y los que se empeñaban en que el Partido se encaminase al encuentro de las masas se vieron obligados a colocarse en la oposición. La dirección calificaba de aventurerismo todo intento de intervenir en los sindicatos, con el argumento de que las masas bolivianas, particularmente el proletariado, eran tan incipientes que no podía esperarse que pudiesen luchar en defensa de sus propios intereses o de comprender el programa trotskysta. El infantilismo criollo se presentó con una chatura inconfundible, al extremo de que no alcanzó a calar teóricamente en el problema. La mediocridad llegó a sostener que la teoría revolucionaria debía ser celosamente guardada, para uso exclusivo de los iniciados, a fin de evitar que se aprovecharan de ella los adversarios, particularmente los stalinistas. Todos los documentos que tenían alguna relación con la doctrina trotskysta fueron retirados de la circulación.

Se trata de un ejemplo clásico de cómo una organización meramente propagandística se transforma en una capilla inoperante. El Partido al cerrar sus puertas a las tempestuosas corrientes que estremecían al país, se negó también a abrirlas ante toda posible afluencia de nuevos militantes y voluntariamente se autoeliminó del escenario político. La dirección de esa época predicó un puritanismo a ultranza y dijo que era preciso evitar todo contacto con los militantes de otros partidos políticos para evitar así el riesgo de contaminación con doctrinas heréticas o de que nos robasen nuestras verdades trascendentales.

La lucha ideológica contra esa degeneración infantilista fue de todo exitosa, pues en el Partido no se encuentra ahora huella alguna de la misma. Sin embargo, será provechoso puntualizar las principales enseñanzas que se

desprenden de esa experiencia.

El Partido si pretende -cual es su misión central- colocarse a la cabeza de las masas para educarlas, no tiene más remedio que tomarlas tales como son ellas, con todas sus limitaciones, defectos y prejuicios. Es pues un deber elemental e irrenunciable de los militantes, por tanto del Partido, intervenir en las organizaciones masivas en general y no solamente obreras, aun en el caso de que el núcleo trotskysta se limite exclusivamente a una labor propagandística. Lo único que ocurre en este último caso es que las actividades partidistas se ven limitadas.

El programa de la Cuarta Internacional trotskysta señala acertadamente que la pertenencia a esta organización es incompatible con el aislamiento voluntario frente a las masas (sindicatos, etc). Poco importa que esas organizaciones se encuentren dominadas por tendencias no marxistas, el revolucionario tiene el deber de penetrar en ellas y de trabajar en favor de su programa.

La intervención en los sindicatos y en toda otra organización masiva coloca a los militantes poristas ante la necesidad de entrar en contacto con elementos de otros partidos y también con quienes se presentan como apolíticos, de concluir pactos temporales que obligan a la acción común. Es esto lo que más irrita a los infantilistas que tan tercamente pregonan un falso puritanismo. Cuando entramos en relación con los lechinistas de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, en los años cuarenta, y logramos que trabajaran con nosotros y conforme a la línea de nuestro programa (no podían pedirse condiciones más auspiciosas para el crecimiento de la influencia política del Partido y el trabajo organizativo en el seno de las masas, hasta ese momento casi inexistentes), los infantilistas, los mismos que después reptaron a los pies del señor Lechín, reprocharon tal conducta, porque, según ellos, significaba nada menos que la conclusión de un pacto político con el nazifascismo.

Para ganar y educar a las masas, para poder ampliar el marco de la militancia partidista, lo primero que tiene que hacerse es abandonar toda postura sectaria o ultimata. No puede darse el mismo trato a los dirigentes (que deben observar una estricta disciplina y autoeducarse sin descanso) ya los elementos nuevos que se aproximan al Partido, frente a éstos debe actuarse con el máximo de tolerancia y paciencia. No puede esperarse que los obreros aparezcan por milagro con una formación trotskysta cien por cien pura y es natural que hubiesen hecho sus primeras armas políticas en otras tiendas. Inclusive se debe suponer que en estos obreros dominan prejuicios contra nuestro Partido. Teniendo en cuenta estas condiciones normales en la vida diaria y desfavorables en cierta medida para nuestro trabajo, la misión básica radica en ganar pacientemente a esos obreros atrasados para nuestro programa y convertirlos en militantes.

Los obreros se nos pueden aproximar (y esto supone la posibilidad de que nos lean, nos escuchen y lleguen a actuar conforme a nuestra prédica) sólo si tienen confianza en nosotros, es decir, si se convencen de nuestra honestidad, de nuestra capacidad y de nuestro valor en la lucha. Los obreros de base adquieren este conocimiento en la vida diaria y no en la literatura partidista. El militante porista, si quiere ganar obreros para su Partido, tiene que comenzar por vivir la vida de ellos y trabajar seriamente en el seno de las masas en todo conflicto y en todo problema que aparezcan, por muy pequeños que éstos sean. El Partido tiene el deber de educar debidamente a sus militantes para que esta actividad culmine en el éxito.

Los militantes al sentirse aislados (aislamiento explicable en la iniciación del trabajo) suelen recurrir al ultimatismo. Esta conducta antipartidista, es en realidad consecuencia casi siempre de la desesperación. El ultimatismo puede concluir por enquistar a los militantes y por aislarlos totalmente de las masas. El ultimatista razona en sentido de que los obreros que no aceptan de inmediato la integridad del programa trotskysta no merecen aproximarse al Partido, que éste no debe desperdiciar sus energías preocupándose de ellos y que están definitivamente perdidos. En los momentos de radicalización los obreros atrasados dan un salto adelante y pueden reclamarse del programa revolucionario. La actitud justa es diametralmente opuesta, debe tenerse una ilimitada paciencia para tratar con esos elementos y explicarles la justeza de nuestras posiciones al calor de su propia experiencia.

El Partido no sólo debe capacitar teóricamente a los militantes obreros, sino que -y esto es lo más importante- debe educarlos para que sean los mejores dirigentes sindicales y los mejores propagandistas del programa trotskysta. El militante que comienza a politizarse se eleva por encima del nivel medio de los trabajadores y tiende naturalmente a aislarse de ellos. Utiliza un lenguaje incomprensible para sus compañeros y a veces adquiere hábitos totalmente extraños a los medios obreros. El lenguaje oscuro y lleno de citas librescas, casi siempre no oportunas, es el resultado de una deficiente capacitación acerca del verdadero rol del Partido y de sus militantes. Las organizaciones partidistas, sobre todo las encargadas del trabajo sindical, tienen que combatir estos defectos en la formación del militante. El buen revolucionario es aquel que expone sus ideas, sin ocultarlas ni deformarlas, en un lenguaje asequible para sus compañeros de trabajo. Esta sencillez y claridad en la exposición se adquiere, por extraño que parezca, por medio de la profundización de la teoría. Al mismo tiempo, ese revolucionario politizado debe vivir la vida propia de sus compañeros, de manera que el grueso de la masa se llegue a convencer que el que los dirige ha salido de su propio seno y que en ningún caso se apartará de la clase obrera.

La experiencia nos ha enseñado que en el plano sindical el Partido frecuentemente tiene que recurrir a la formación de fracciones sindicales con elementos extraños, pero que coinciden con él en el planteamiento y solución de ciertos problemas laborales. Para los sectarios y ultimatistas la táctica de

las fracciones sindicales es por demás pernicioso.

El sectarismo y el ultimatismo dominaron, para desgracia del movimiento revolucionario, la vida del Partido Obrero Revolucionario después de la trágica desaparición de José Aguirre. El total aislamiento parecía lo ideal para una organización que creía que la perspectiva de la toma del poder estaba totalmente perdida para ella.

### III

## La célula como organización básica del partido

### Antecedentes

El cimiento político y teórico de la organización del Partido Obrero Revolucionario se encuentra ya en el "Manifiesto Comunista" como hemos indicado más arriba. En dicho documento se lee: "toda lucha de clases es una acción política". Este concepto sólo puede entenderse si se considera que la "organización de los proletarios como clase" supone su organización "como partido político". Clase para sí (consciente) quiere decir organizada en partido político.

Corresponde al bolchevismo el mérito indiscutible de la organización celular. El Tercero Congreso de la Internacional Comunista (fundado en 1921) puntualizó la importancia de la célula como elemento básico del Partido:

"Todo miembro del Partido debe, de una manera general y de acuerdo a su trabajo político cotidiano, ser incorporado a un pequeño grupo de trabajo: un comité, una comisión, una fracción o un núcleo (célula). Solamente de esta manera el trabajo político puede ser repartido, dirigido y cumplido regularmente.

"Deben organizarse núcleos comunistas para el trabajo diario en los diferentes dominios de la actividad política del Partido, para la agitación a domicilio, para los estudios del Partido, para el servicio de la prensa, para la distribución de la literatura, para el establecimiento de ligazones, etc.

"Los núcleos son los grupos para el trabajo comunista cotidiano en las empresas y en los talleres, en los sindicatos, en las asociaciones proletarias, en las unidades militares, etc., allí donde hay algunos militantes o simpatizantes del Partido. Si hay muchos en la misma empresa o en el mismo sindicato, el núcleo se convierte en fracción y su trabajo es dirigido por el núcleo.

"Si hace falta organizar inmediatamente una vasta fracción de oposición, o si es necesario simplemente formar parte de una organización ya existente, los comunistas deben esforzarse por obtener la dirección para sus núcleos" ("Tesis sobre la estructura, métodos y acción de los Partidos Comunistas").

La Tercera Internacional tuvo que desarrollar una enérgica campaña para desterrar de los partidos comunistas los prejuicios organizativos socialdemócratas y bolchevizarlos. Las dos primeras conferencias de organización (1925 y 1926) son fundamentales en la materia. Fue preciso vencer una serie de objeciones

de los Partidos Comunistas europeos y después de innumerables batallas se llegó a la conclusión de que la célula de empresa es también la unidad de base igualmente apropiada para los partidos comunistas de los países capitalistas; que sirven para la acción en la empresa y para amplias campañas políticas de masas (elecciones, etc); que la célula de calle se ha demostrado en la práctica como una organización necesaria, debiendo permanecer mañana como ayer siendo la base principal del Partido" ("Resolución de la Segunda Conferencia de Organización de la Internacional Comunista").

Los estatutos del Partido Obrero Revolucionario boliviano, que parten del reconocimiento de que la célula es el elemento básico de la organización, copian las resoluciones del Tercer Congreso de la Internacional Comunista sobre el tema. Su aplicación sólo ha sido posible después de innumerables batallas libradas contra los que se resistían a considerar al Partido como una organización de revolucionarios profesionales.

La célula está constituida por los militantes que trabajan, estudian o viven en una fábrica, mina, colegio, universidad (curso), pueblo o barrio. Los militantes campesinos forman células por comarcas, haciendas, comunidades y los que pertenecen al ejército por regimientos, compañías, secciones, etc. Los miembros de la juventud del Partido que prestan el servicio militar obligatorio deben constituirse en células e igualmente los que se encuentran presos. Se constituye una célula allí donde hay tres o más militantes.

Un vicio frecuente consiste en incorporar directamente a las células a los simpatizantes y también en reunir a los militantes para capacitarlos e inclusive para realizar ciertos trabajos prácticos, en especie de ampliados o en las llamadas escuelas de cuadros de toda una gran parte de la militancia. La primera deformación infla artificialmente a las células, pero concluye esterilizando su trabajo. Los simpatizantes no están debidamente informados de la vida diaria de la organización ni se interesan en ella; su poca formación política y teórica, la incipiencia de sus conocimientos programáticos, pueden contribuir a que, con su voto, apuntalen posiciones y tendencias contrarias a la línea partidaria. La realización de ampliados y de las supuestas escuelas de cuadros requiere menor esfuerzo y ofrece menos obstáculos que el normal funcionamiento de las células; la concurrencia de numerosa militancia disimula -no supera- las fallas en el funcionamiento celular. Por este camino se concluye sustituyendo a la célula por el ampliado, convirtiendo a aquella en una simple formalidad.

La célula, por el lugar que ocupa en el mecanismo del Partido y por las funciones que cumple, es irremplazable como organismo primario y básico de la organización. No debe confundirse, menos sustituirse, con los equipos especiales (militar, seguridad, propaganda y agitación, socorro, etc); éstos son, generalmente, organismos que se forman con elementos seleccionados de varias células por su especialización.

Como se tiene indicado, por nuestra condición de partido bolchevique partimos de la célula, damos primordial importancia a su estructuración y funcionamiento. El militante se convierte en tal cuando ingrese a la célula, que es el organismo en cuyo seno puede efectivamente ser educado y participar de manera activa en el trabajo cotidiano y en la elaboración colectiva de la línea política. El leninismo sentó el principio de que es militante aquel que pertenece a una célula y no el que simplemente se reclama del programa del Partido o que lee y difunde su prensa. El Partido comienza y concluye en la célula, los que quedan al margen de ella no son militantes y el POR no se responsabiliza de sus conductas y no tiene por qué rendirles cuenta de sus actos. No deja de constatarse una especie de vicio oportunista en algunos camaradas que en todos los momentos difíciles abandonan el trabajo diario y vuelven a aparecer cuando soplan vientos favorables. Hay que cortar con este oportunismo: el militante verdadero es aquel que trabaja sistemática e incansablemente en todas las etapas políticas.

El Partido es responsable de la conducta de sus militantes, por lo que es indispensable que éstos se organicen y trabajen dentro de las células; sólo así puede formarlos, orientarlos y vigilar su conducta. El trabajo partidista es esencialmente colectivo y es la célula la que permite materializarlo. El carácter colectivo del trabajo se refiere tanto a la actividad militante cotidiana (trabajos prácticos) como a la elaboración y ejecución de la línea política. La asimilación crítica de la experiencia de la militancia y de la clase es, sobre todas las cosas, un trabajo colectivo y dentro de él la célula juega un papel primordial, esto porque es el núcleo donde los protagonistas de esa experiencia la someten al más severo análisis; la célula actúa como una antena en el seno de la clase, pero no es sólo antena receptora de experiencias o ansiedades, sino que igualmente cumple la función importante de difundir las lecciones emergentes de la actividad práctica, convirtiéndolas así en patrimonio de toda la clase y de su partido político. Debe subrayarse que la experiencia lograda en las luchas diarias por los explotados no pasa simplemente por el canal de la célula, sino que se reelabora en ella, para decirlo así, y es asimilada críticamente, mostrando los aspectos negativos y positivos de lo hecho por las masas y fijando las pautas para evitar que los errores se repitan en el futuro. La crítica tiene que ser radical, es decir, poner al desnudo la verdadera causa de los hechos. La asimilación de la experiencia de los trabajadores y su generalización constituye uno de los elementos valiosos dentro del proceso de formación de la conciencia de clase. El Partido cumple esta tarea gracias del trabajo centralizado de sus células.

No se trata sólo de que el Partido controla la actividad y conducta de los militantes, sino de que éstos determinan la orientación del organismo partidista y controlan el cumplimiento de la línea política y de, la conducta de los cuadros dirigentes, todo esto puede llevarse a la práctica debidamente gracias a la existencia de las células. Sin una estructura celular sería inconcebible el centralismo democrático. Se ha comprobado que quienes propiciaron sustituir las células por otro tipo de organismos propugnaban riada menos que el



abandono del programa revolucionario, es éste el que determina la necesidad ineludible de la estructuración de las células.

La organización celular y las funciones de los organismos básicos son consecuencia de la finalidad que busca el Partido Obrero Revolucionario: lograr la dirección política del proletariado para que, convertido en caudillo nacional, conquiste el poder político.

La dirección política de las masas no se logra a través de órdenes burocráticas, del asalto a las organizaciones obreras o del arribo, por cualquier medio, a las direcciones sindicales, sino logrando que los explotados reconozcan como valedera la línea partidista y se orienten de acuerdo con ella. Tal es la verdadera vinculación del Partido con las masas y con los sindicatos, ese es el sentido que tiene el principio de que el partido obrero debe dirigir políticamente a las otras organizaciones laborales. Son, pues, los militantes, trabajando colectiva y centralizadamente en las células de empresa y en las otras, los que llevan la línea política y las soluciones que propone el POR a los problemas que tienen relación con las necesidades de los explotados de esta manera ganan la confianza de sus compañeros y concluyen dirigiéndolos.

No sólo buscamos colocarnos a la cabeza de las masas, sino llevarlas hasta la revolución y la conquista del poder, por eso el Partido debe entroncarse firme y vitalmente en el seno de los obreros, debe vivir en los lugares mismos de trabajo e incorporarse junto a las masas que gradualmente pasan de la lucha puramente instintiva y económica a la política. Si fuéramos un partido electoralista o foquista no precisaríamos de este tipo de células, que tendrían simplemente un papel accesorio.

El Partido, el sindicato y las organizaciones de tipo soviético son propios del proletariado. El sindicato aparece en la etapa de la lucha espontánea y el Partido cuándo se va transformando en consciente.

El Partido precisa, para poder dirigir efectivamente a los explotados, de una serie de correas de transmisión de su poder e influencia (sindicatos, soviets, todo tipo de organizaciones populares). La debida utilización de estas correas de transmisión, auxiliares indispensables de la actividad política, sólo puede efectivizarse gracias a las células partidistas.

La célula se constituye desde el momento en el que existen tres militantes en un determinado lugar. Sin embargo cuando son sólo dos deben ya coordinar entre ellos su trabajo y si es uno solo debe conectarse inmediatamente con la dirección de sector o regional. El tamaño de la célula está determinado por las condiciones política imperantes. En etapas de legalidad puede ser numerosa; en los períodos de clandestinidad es preferible constituir células de tres miembros. La célula es una organización en crecimiento y no estática tiende a dar nacimiento a otra célula conforme vaya incorporando más militantes, de manera que se convierte en célula madre, pues debe organizarse una



dirección sectorial no bien existan varias células en una fábrica, un barrio, una universidad, etc.

Toda célula conforma a su propia dirección (responsable, secretario de hacienda, etc.) y tratándose de una de tres miembros, el responsable puede asumir las funciones que ordinariamente corresponden a varios militantes. Lo normal es que la dirección sea elegida; sin embargo, la dirección superior puede designar al militante encargado de organizar una célula, que por su antigüedad y méritos comienza siendo el primer responsable; también puede, en condiciones de clandestinidad, persecución, crisis interna, designarse al responsable desde arriba.

Es el responsable el único elemento que toma contacto con el organismo superior y que participa en la estructuración de la dirección del mismo. Los militantes están prohibidos de informarse sobre las condiciones y circunstancias en las que se realiza este trabajo, se trata de un secreto partidista. A su vez, el responsable de este organismo se conectará con la dirección regional, local, etc.

Los militantes utilizan obligatoriamente seudónimos y sólo ellos deben ser conocidos dentro de todo el Partido.

Únicamente el responsable de la célula puede conocer los domicilios de los militantes.

No se tomará conocimiento de los nombres y direcciones de los militantes de las otras células. El intercambio de documentos partidistas se hará utilizando el canal de los responsables.

Una célula viviente es aquella que participa, al mismo tiempo, en los trabajos partidistas (análisis político, educación de militantes, etc.) y en las actividades propias de un centro de trabajo, universidad, barrio, etc.

Lo anterior quiere decir que en las reuniones de célula se capacitará política y teóricamente a los militantes, se discutirán las cuestiones que interesan al Partido, se planificará cuidadosamente su trabajo (difusión de la propaganda, captación de nuevos militantes o simpatizantes, recolección de dinero, cumplimiento de trabajos especiales, etc), se analizarán las cuestiones políticas (discusión y lectura documentos, periódicos, confección de artículos, crítica de propaganda); al mismo tiempo, se discutirán los problemas de la fábrica, barrio, etc., y se planificará la actuación de los militantes (trabajo colectivo, preparación de los portavoces en las asambleas, redacción colectiva de las proposiciones a presentarse, etc).

Como en todo el Partido, el trabajo de la célula se prepara colectivamente (tanto las cuestiones políticas como prácticas), a través de la más amplia discusión, respetando todas las opiniones divergentes, que debe concluir

con el voto. Este acuerdo es la norma de la actuación en el exterior, los que discrepen con él no pueden, bajo ningún pretexto, sacar fuera de la organización sus opiniones fraccionales, si lo hacen deben ser castigados inclusive con la expulsión. La célula no debe olvidar un solo instante que apenas si es un pequeño engranaje (pieza indispensable y de vital importancia, ni duda cabe) de un organismo mucho más grande que es el Partido. El trabajo centralizado, uno de los rasgos fundamentales de nuestra organización, exige que la actividad de la célula forme parte de la actividad general, se coordine con ella. Los organismos superiores planifican el trabajo partidista general y deben conocer los particulares pronunciamientos que da una célula determinada, como consecuencia del trabajo diario de los militantes u otras consideraciones. Sólo a los anarquistas se les puede ocurrir reclamar completa autonomía para las células y el derecho de darse su propia línea y marchar por donde mejor se les ocurra, de esta manera desaparecería el Partido como organización centralizada. La célula no es un territorio libre o herméticamente cerrado, vive y se mueve bajo el control de la dirección. Es parte integrante de un todo y no un organismo federado juntamente con otros.

La célula está en conexión con todo el Partido a través del organismo inmediatamente superior y no le está permitido conectarse, pasando por alto a este último, con las direcciones nacionales, salvo que éstas así lo decidan para la realización de un determinado trabajo. Los problemas que tenga la célula deberá resolverlos en su organismo de dirección respectivo. Debe tenerse en cuenta como regla la imprescindible observancia que la célula no es la dirección nacional sino que depende no sólo de ella, sino también de las direcciones locales, regionales, sectoriales, etc.; que su obligación ineludible es acatar y ejecutar las resoluciones emanadas de esos organismos de dirección y no pretender imponer sus caprichos al Partido o a los otros niveles de dirección.

La célula tiene la obligación de preparar a los militantes para el trabajo diario, no sólo tratándose de la fábrica, de los colegios, etc., sino también con referencia a la represión policial. Los militantes deben aprender que la policía tiene fijados sus ojos sobre nuestros pasos y que, por esto mismo, estamos obligados a actuar sin dejar rastros, sin ser individualizados. Algunos confunden estas precauciones con la inactividad o el ocultamiento de las ideas partidistas, éstas deben llegar hasta las masas, venciendo todos los obstáculos todas las medidas policiales; pero, esta labor debe realizarse sin sacrificar alegremente a la militancia, sin quemarla. La experiencia nos enseña que un militante no identificado por la policía es todo un capital para el Partido, pues le facilita grandemente su actividad diaria.

Así como el trabajo del Partido está compuesto de tareas, muchas de ellas rutinarias y grises, igualmente la actividad clandestina requiere de pequeñas precauciones y de mucho ingenio, que deben observarse en todos los momentos. Estas aparentes puerilidades están destinadas a borrar toda huella de nuestros pasos, a preparar coartadas para todos los casos, a desorientar las pesquisas y el gancho y a cortar las ramificaciones de un trabajo. La

célula debe entrenar permanentemente a los militantes en esta conducta.

Los militantes no deben llevar papeles comprometedores en los bolsillos, no deben inútilmente aparecer mezclados en alborotos callejeros; deben ejercitarse en el uso de coartadas antes de empezar una reunión, un encuentro fugaz o un trabajo cualquiera; debe prohibirse llevar o hacer listas de adherentes, simpatizantes o cotizantes, deben memorizarse las direcciones y números telefónicos (no escribir nada de esto); destruir las cartas y notas, guardar en depósitos seguros e insospechados el material teórico y de propaganda; tener lugares de relevo para el ocultamiento de materiales peligrosos o de militantes clandestinos (para utilizarlos en caso de caída de los encargados o de los que conocían los depósitos); no caminar en parejas o grupos, trasladarse individualmente; negar a la policía pertenencia al Partido (excepto para quienes su militancia es por demás evidente) o conocimiento y relaciones con otros militantes. La regla en caso de enfrentarse con la policía: no dar ningún indicio, no pretender engañarla, el que muestre una hebra será obligado a desenredar todo el ovillo, debe tenerse presente que todo debe acabar en uno, no mostrar otras ramificaciones o complicaciones. Esta enumeración no agota la cuestión de la seguridad en el trabajo diario y seguramente se presentarán una serie de hechos y problemas nuevos. El militante debe actuar pensando dos y tres veces y con la certeza de que debe utilizar la cabeza; muchos camaradas pueden quedar comprometidos si cometen un desliz. La policía presiona por todos los medios (amenazas, torturas, toma de rehenes, etc.), la respuesta tiene que ser una sola: no hablar. El que pretende engañar a la policía y da con tal finalidad una serie de datos falsos y algunos verdaderos está perdido, porque aquella siempre tiene posibilidades de probar la veracidad de las declaraciones. No impresionarse cuando el interrogador dice que ya sabe todo o que otro camarada lo ha delatado y con tal finalidad enumera algunos hechos fidedignos, seguro que solamente sabe eso.

Es preferible utilizar buzones para la entrega de material de propaganda y de correspondencia. Las personas y lugares de contacto deben ser cambiados con mucha frecuencia. Enseñar a los militantes a guardar total reserva sobre todos sus trabajos y cuestiones partidistas. Debe prohibirse toda murmuración y ese interés pernicioso de informarse de todos los detalles.

Para la captación y capacitación de los simpatizantes (a la vez para controlar su lealtad y capacidad de trabajo) se deben parar organizaciones especiales y grupos paralelos, teniendo mucho cuidado de que éstos, por las facilidades que ofrecen para el trabajo, no sustituyan a las células de militantes.

### Células de empresa, de calle, etc.

El Partido Obrero Revolucionario es la vanguardia revolucionaria del proletariado, su programa expresa la conciencia de éste; el concepto de vanguardia supone que ésta debe vincularse estrechamente con la clase, desde el momento en

que no es más que su estado mayor.

La célula (principalmente la de empresa) es la que permite establecer, de un modo viviente, la ligazón entre el Partido y las masas. Desde luego que debe rechazarse el absurdo de que se busca la subordinación burocrática de las organizaciones de masas (sindicatos y otras) al Partido, de su transformación en sus simples agencias o de la imposición tramposa de los cuadros directivos. Esa relación -y esto no debe olvidar ningún revolucionario- la establecen únicamente los militantes (miembros de una célula, que planifica y controla su trabajo) que pertenecen a esa organización de masas.

El militante no lleva una orden o un ultimátum al sindicato, lleva soluciones políticas a los problemas planteados y un ejemplo de sacrificio y de honestidad. Tiene que comenzar explicando pacientemente las razones de la solución que propone y demostrar, en el terreno de los hechos, que su planteamiento es el más correcto. Sólo esta conducta puede permitirle al Partido desarrollarse adecuadamente y respetando las normas de la democracia sindical, que supone la coexistencia de todas las tendencias obreras dentro de la organización laboral. Los partidos que buscan dominar a los sindicatos por medios burocráticos no tienen más camino que combatir y estrangular la democracia propia de las entidades sindicales.

La relación con las masas y la penetración en su seno se efectivizan y consolidan a través de la célula de empresa, universidad, etc. Es fácil explicarse por qué decimos que el Partido se basa en estas células y que tienen que organizadas, venciendo todas las dificultades, en los lugares de trabajo. La estrategia del gobierno obrero y campesino (dictadura del proletariado) y la necesidad de utilizar los métodos de la revolución proletaria, constituyen el basamento político de la estructura celular.

La célula de empresa está conformada por todos los militantes que trabajan en ésta, debidamente organizados y que cuentan con su propia dirección. La tarea básica de la célula de empresa, además de capacitar, educar y controlar a los militantes, es la de estudiar los problemas propios de la fábrica y del sindicato, darles una respuesta revolucionaria y planificar en detalle el trabajo de la militancia. El Partido forma a los cuadros para que éstos puedan por sí solos desenvolverse en todas las situaciones, sin esperar que previamente la dirección les envíe órdenes. Lo importante es recalcar que la célula de empresa es un engranaje indispensable dentro del Partido y que debe ser capaz de moverse sola y eficientemente. Si esta organización se limitase exclusivamente a las cuestiones puramente sindicales importaría una desviación sindicalera y la célula concluiría por colocarse al margen del Partido. Es éste un peligro que se presenta a diario y a muchos se les antoja una especie de enfermedad de crecimiento. La célula debe, necesariamente, vivir la vida del Partido, discutir sus problemas y pronunciarse sobre la línea política. Sólo dentro de estas condiciones puede funcionar el centralismo democrático.

En las instrucciones sobre las células de la Segunda Conferencia de Organización de la Internacional Comunista (julio de 1926) se lee al respecto lo siguiente:

“En todas las fábricas y empresas, en todas las administraciones comunales y públicas, en las oficinas, los establecimientos, etc., en todos los lugares donde trabajan al menos tres comunistas, son organizadas células de empresa. A las células deben pertenecer: a) todos los comunistas que trabajan en las empresas; b) los camaradas despedidos de las fábricas, hasta que encuentren una nueva ocupación y sean incorporados en nuevas células. Además, pueden pertenecer algunos camaradas que habitan en los alrededores de la célula y no trabajan en ninguna empresa, o que trabajan en una pequeña empresa donde no puede crearse células. Sería también conveniente incorporar a las células de empresa a los camaradas que trabajan aisladamente en las grandes empresas de los alrededores, donde sería necesario, por consecuencia, esforzarse en crear una célula con el apoyo de la célula a la cual ellos están incorporados. Esos camaradas serán empleados especialmente para los trabajos por los cuales los miembros de las células que trabajan en la empresa arriesgarían ser despedidos en razón del terror patronal; por ejemplo, participarán en la confección y en la distribución del periódico de fábrica, distribución de volantes, etc”.

La organización de células de empresa es una tarea insoslayable, aunque en determinado momento no sea posible estructurarlas y el Partido se vea obligado a iniciar su actividad organizando únicamente células de barrio, de universidad, etc., todo este trabajo debe ser volcado, tarde o temprano, hacia las fábricas. Es evidente que un tipo de duda diferente al de fábrica no puede constituir el objetivo central de nuestra actividad, porque si esto fuera así significaría el renunciamiento al objetivo de penetrar en el seno de las masas asalariadas y, por tanto, de llevarlas al poder. Los partidos políticos que desconfían de la capacidad revolucionaria del proletariado, necesariamente tienen que apoyarse, de manera exclusiva o preferente, en las organizaciones barriales o distritales, que en nuestros centros urbanos, dominados por la pequeña-burguesía, resultan insustituibles para la actividad electoralista. Para estos partidos las organizaciones de obreros, si existen, no son más que un complemento de las barriales. Para nosotros las cosas se presentan de modo diferente: cuando nos vemos obligados a estructurar únicamente células barriales, por ejemplo, lo hacemos con la intención de que se proyecten, en cierto momento, hacia la penetración en las fábricas. Las células de empresa ocupan un lugar de preeminencia dentro de los objetivos organizativos del Partido.

Es claro que el Partido no tiene intención de prescindir de las células de barrio, etc., pues éstas engloban a los militantes que no trabajan en las fábricas. “Todos los comunistas que habitan en una calle, en una fracción de calle, en un grupo de casas, forman una célula de calle cuando no trabajan en una empresa o no están incorporados a una célula de empresa” (resolución citada).

Las comisiones política, de organización y sindical del Comité Central del Partido, establecen la ligazón entre la dirección y las células, ligazón que permite coordinar la actividad del Partido (es decir, de las células) en las empresas y en todo el país.

Merece párrafo especial la organización celular en las grandes empresas:

Normalmente el trabajo comienza por la captación individual de militantes que trabajan en diferentes secciones de la empresa. Estos elementos son agrupados en una célula central, encargada de formar a un determinado número de cuadros que permita extender la organización partidista por toda la fábrica. Esta tarea de formación puede realizarse fuera de la empresa y se contará, casi siempre, con la ayuda del exterior, en el caso de bloqueo de la fábrica con propaganda, por ejemplo. En una empresa grande es necesario determinar las secciones fundamentales, para llegar hasta ellas de manera directa o indirecta, lo que supone una cuidadosa planificación del trabajo. El establecimiento de una o varias células en cada sección (sólo así el Partido logrará un efectivo control político sobre la empresa) exige un numeroso e idóneo equipo de cuadros medios y, generalmente, el rápido crecimiento de la influencia partidista (crecimiento que se traduce en la fácil captación de nuevos simpatizantes), choca con este obstáculo que puede detener temporalmente los procesos organizativos.

El número de miembros de las células depende de la mayor o menor vigencia de las garantías democráticas, de la mayor o menor persecución dentro de la misma fábrica. Muchas veces hemos tenido que conformarnos con una sola célula central en cada empresa, en espera del surgimiento de una nueva camada de organizadores y propagandistas. Esta célula debe ser considerada madre, en la medida en que debe dar nacimiento a otras muchas. Cada miembro de la célula madre debe formarse dentro de la perspectiva de dar luego nacimiento a otras.

En las empresas pequeñas será suficiente organizar una célula. El trabajo de penetración en los medios obreros (hay que definir cuáles son los fundamentales por su importancia económica y política y cuáles ofrecen más facilidades para el trabajo de captación) comenzará seguramente por ganar individualmente a obreros simpatizantes de diferentes empresas. Estos obreros si fueran abandonados a su suerte correrían el riesgo de quedar aislados y de no poder realizar propaganda partidista alguna en los lugares en que trabajan. El miedo a actuar políticamente se debe, casi siempre, a la falta de educación de los militantes y a la ninguna comprensión del rol que deben jugar. La generalización de estos defectos puede motivar que los trabajos partidistas no prosperen en los medios obreros. Es aconsejable reunir a estos elementos aislados en una célula especial, que puede estar colocada por encima de las fábricas y que tendría la misión de convertir a sus miembros en cuadros capaces de captar nuevos militantes y de organizar células de fábrica. También se los puede adherir a células de fábricas próximas ya en funcionamiento.



Los trabajos anárquicos e impulsados por la desesperación, pueden obligar a los elementos aislados y nuevos a realizar trabajos suicidas (declararse inoportunamente poristas, casi siempre cediendo a provocaciones; comprometerse por distribuir propaganda; delatar al aparato, todo esto puede ocasionar el despido de los militantes de la fábrica). Es aconsejable que, previamente a la iniciación de su trabajo público, el militante forme su grupo en la fábrica, por lo menos de simpatizantes, que le puede servir de eje y cobertura para su actuación exitosa. La regla debe ser que el militante, bajo ninguna circunstancia, permanezca aislado. Deben observarse las reglas del trabajo clandestino toda vez que sea necesario burlar el terror patronal o policial. La célula tiene que encargarse de motorizar la formación de piquetes de autodefensa entre los obreros y como parte de los sindicatos más diversos.

### Células campesinas y del ejército

El trabajo del Partido en el campo, amplio en unas oportunidades y limitadísimo en otras, según las circunstancias políticas imperantes, nos permite subrayar que no debe perderse de vista que el objetivo central consiste en asimilar a la militancia a los elementos campesinos más avanzados. Solamente estos cuadros pueden permitir que la influencia partidista en el agro se convierta en permanente. Un trabajo de simple contacto con las masas (consecuencia de que a veces existe extrema facilidad de penetración en el campo), que a muchos les da la sensación de dominio partidista total de una determinada zona del agro, puede quedar reducido a cero en etapas difíciles, cuando, por ejemplo, el oficialismo prácticamente elimina toda posibilidad de acceso a él. En el trabajo campesino hay que tener presente las características que le son propias: la masa del agro no es socialista, sino predominantemente pequeñoburguesa; está acostumbrada a las descomunales asambleas (los llamados sindicatos agrarios tienen características soviéticas); es frecuente el predominio secante de los caciques que concluyen entregándose a los dueños del poder político.

En el agro es imperioso poner en pie células del Partido de funcionamiento clandestino. La educación marxista de una minoría cuidadosamente seleccionada no quiere decir que se renuncie al trabajo masivo en el agro, a la edición de propaganda en las lenguas autóctonas, etc. Lo que se busca es que una amplia movilización de las mayorías tenga como núcleo central a la militancia porista.

La divisa organizativa debe ser, pues, "una célula porista en cada comarca".

Ni duda cabe que en el seno de las milicias obreras y campesinas (en el país existe una rica tradición al respecto) deben funcionar células de militantes.



El trabajo dentro del ejército es mucho más delicado, desde el momento en que la jerarquía funciona como chaleco de fuerza que impide la libre expresión de soldados, suboficiales y clases, elementos sobre los cuales debe el Partido trabajar con preferencia. Los militantes que prestan el servicio militar deben, en coordinación con las direcciones regionales, realizar un trabajo político entre sus compañeros. Esta labor sólo fructificará si se organizan células dentro del propio ejército y que necesariamente deben funcionar en forma clandestina.

Las células en general pondrán especial cuidado en no incurrir en el error de incluir en sus filas a elementos que no pasan de la categoría de simpatizantes, que no conocen el programa, los estatutos, o que no han dado pruebas de sus condiciones personales y de su fidelidad a la causa revolucionaria.

## IV

## El centralismo democrático

## Fundamento organizativo

El centralismo democrático es la norma organizativa básica del Partido Obrero Revolucionario y explica, además de la convicción política, el por qué de la severa disciplina que debe imperar en sus filas. Ya la Liga de los Comunistas (ver sus estatutos) de los primeros tiempos de Marx y Engels partió del centralismo democrático, pero su sistematización y elevación conceptual la debemos al bolchevismo.

Si la debida comprensión del centralismo democrático ofrece ya dificultades, su aplicación no siempre es fácil. Esta norma básica ayuda a la estructuración organizativa y los avances en este terreno se miden por el funcionamiento de aquella.

Se ha dicho hasta el cansancio que el centralismo democrático constituye el eje central de la organización del partido de la vanguardia del proletariado. Esto importa que el funcionamiento y actividad cotidianos deben tender a desarrollarse dentro de este marco.

El centralismo democrático no debe plantearse de una manera abstracta o aislada, sólo se explica a cabalidad si se toma en cuenta la estrategia del Partido y su funcionamiento debe perfeccionarse con referencia a la política global que realiza.

La finalidad estratégica del Partido es -repetimos- la conquista del poder político por el proletariado (actuando como caudillo de la mayoría nacional: campesinado y sectores mayoritarios de la clase media), de aquí se desprende que debe actuar como el verdadero estado mayor de las masas, capaz de unir la acción firme y unitaria con una alta comprensión de la situación política cambiante, complementada con una sagaz ductilidad para adaptarse a los cambios políticos sin abandonar el objetivo estratégico (toda táctica que nos aleje de éste es mala). La práctica correcta del centralismo democrático nos puede permitir forjar un tal partido (forjarlo en el transcurso de la lucha diaria, criticando y superando constantemente los errores cometidos, sin caer en la tontería de que se lo puede extraer totalmente formado y perfeccionado de las páginas de los libros clásicos), considerando a éste como un complejo de procesos en constante transformación y no como algo ya dado definitiva y apriorísticamente, según el concepto de los metafísicos, que ante cualquier dificultad organizativa, ante el aislamiento partidista frente a las masas,

exclaman muy convencidos que el Partido no existe. Pero, ¿qué son los cuadros básicos, que, el programa, qué las nociones cardinales de organización, que la tradición, que la influencia política en el seno de las masas?

Si a alguien se le ocurriese sostener que debe dejarse de hablar de la conquista del poder y del socialismo para no ofender el rezagamiento y los prejuicios de las capas no politizadas de las masas, para no alejarlas del Partido, para no mellar la popularidad de algún dirigente sindical, que en sus momentos de ocio oficia de militante porista, estaría planteando nada menos que el abandono de la estrategia partidista, que supone la necesidad de agrupar y educar a los explotados dentro de la perspectiva de la conquista del poder, todo para que la organización se limite a seguir a las masas, inclusive en sus errores y luche cómodamente por los objetivos inmediatos (esta desviación sindicalera de la peor especie concluiría convirtiéndose a un partido revolucionario en conservador); en este caso el centralismo democrático estaría demás, podría convertirse en un simple adorno, desde el momento que tal partido puede muy bien limitarse a ser una simple montonera de tendencias y grupos heterogéneos y cada uno de ellos marchando por su lado y agotándose en los innumerables pleitos de los sindicatos, o bien un grupo que sigue ciegamente las órdenes de un caudillo. El centralismo democrático es la base organizativa imprescindible únicamente tratándose del partido revolucionario de la clase obrera.

Ciertamente que no poseemos un manual de recetas de centralismo democrático para aplicarlas mecánicamente en cada nueva situación que se presente. El Partido Obrero Revolucionario al constituirse ha declarado que el centralismo democrático forma parte de su base organizativa (ver estatutos), que es parte de la esencia del bolchevismo y de la Cuarta Internacional. No se trata, ciertamente, de declamar acerca del centralismo democrático, sino de lograr su aplicación y su perfeccionamiento en la práctica diaria. Practicarlo sin tregua y discutir acerca de lo logrado en esa práctica (en esto radica la verdadera asimilación de la experiencia), constituye una forma de organizar el Partido, que no es el producto de una receta, de un esquema o de la mecánica repetición de lo que dicen los textos (quienes recurren a este expediente tan barato intentan sustituir la realidad por una ficción), sino del esfuerzo constante por encontrar, con ahorro de energía y tiempo, los medios que nos permitan superar los obstáculos con los que chocamos en la lucha diaria, que supone un permanente perfeccionamiento organizativo, vale decir, la superación de los errores cometidos a través de la crítica y de la autocrítica, que al margen del centralismo democrático puede concluir en pura charlatanería o en la máscara de la dictadura de la burocracia.

El centralismo democrático debe considerarse como una verdadera fusión (uno de los elementos sólo puede existir en función del otro) del centralismo y de la democracia interna y no como la simple yuxtaposición de ambos o la hipertrofia de uno de ellos a costa del otro. Aquí centralismo y democracia conforman una unidad dialéctica.

“La centralización democrática en la organización del Partido Comunista debe ser una verdadera síntesis; una fusión, de la centralización y de la democracia proletaria. Esta fusión sólo puede obtenerse por una actividad común, permanente, por una lucha igualmente permanente del conjunto del Partido”. (Tercer Congreso de la Internacional Comunista).

A los simplistas, el centralismo democrático se les antoja ser la yuxtaposición del centralismo y de la democracia, como dos categorías que actúan cada en su ámbito y sin la menor relación entre sí. Este planteamiento importa la negación misma del centralismo democrático y la destrucción del Partido como organización bolchevique. Cada uno invoca el derecho de la autonomía para su actuación y nadie tiene derecho a inmiscuirse en sus decisiones, como complemento “democrático” a esta negación del centralismo se discurre muy libremente en materia teórica: el marxismo puede ser llenado con cualquier dislate o conclusión. Esta monstruosidad organizativa es consecuencia del abandono del programa revolucionario, pues desde este momento ya no se plantea la necesidad de poner en pie una organización bolchevique centralizada.

Hay que subrayar que el centralismo democrático es algo más que la simple suma de democracia y centralismo, es una fusión que supone el mutuo condicionamiento de ambos elementos y que da nacimiento a una realidad nueva y superior. Sería una arbitrariedad considerar aisladamente a cualesquiera de ellos, pues esta unilateralidad concluiría destruyendo el centralismo democrático, que existe en función de la finalidad estratégica del Partido.

La más amplia democracia interna (debe entenderse como la democracia en el ámbito limitado del Partido y no como una abstracción ilimitada a cuyo amparo se pueda acabar con la existencia misma de la organización partidista) es necesaria en la medida en que prepara las mejores condiciones para la actuación y vida partidistas centralizadas (altamente centralizadas, si se quiere). Los revolucionarios no hacemos las cosas por capricho, o simple pasatiempo. A su turno, la centralización, como exponente de una actuación consciente de toda la militancia en el marco de una homogénea concepción doctrinal, es el resultado de esa amplia democracia interna. Uno y otra se condicionan mutuamente. La democracia debe permitirnos una actuación elevadamente unitaria en el exterior, en el seno de las masas (tal es el verdadero ámbito del centralismo), y éste no puede lograr su punto más elevado de desarrollo si no se apoya en la primera.

Se repite como un principio de nuestra organización el rechazo a la absurda división del trabajo entre un grupo selecto e infalible de dirigentes destinado a las elevadas tareas de pensar y resolver los problemas políticos (esta es una de las normas organizativas del stalinismo, lo que le ha permitido hipertrofiar el centralismo en perjuicio de la democracia) y la gran masa de la militancia que no debe hacer más que obedecer ciegamente las órdenes emanadas de

la alta dirección. De esta manera, la línea política no sería otra cosa que una imposición vertical venida desde las cumbres dirigentes hasta la base de militantes. No, esta monstruosidad, que concluiría castrando al Partido Obrero Revolucionario y haciéndole perder todo su vigor revolucionario, no es otra cosa que el centralismo burocrático, rasgo diferencial del stalinismo.

Contrariamente, el centralismo democrático, para no perder su esencia revolucionaria, precisa que sea el Partido en su conjunto, es decir, su militancia organizada celularmente (lo que significa que se ha superado la absurda separación entre los predestinados al mando, a imponer todo, y la ciega obediencia de la mayoría), el que a través de la discusión interna y de la asimilación crítica de la experiencia diaria, defina la línea política y vaya rectificando y afinándola autocríticamente en el trabajo diario. Esta es la única manera de dar consistencia férrea a la organización y de educar de manera real a la militancia. Las ideas programáticas constituyen la argamasa indispensable para levantar la estructura partidista. Sólo como consecuencia de este proceso puede efectivamente funcionar el centralismo democrático. No puede hablarse de manera exclusiva y aislada del centralismo y de la democracia.

### ¿En que consiste la democracia y en que el centralismo?

Una de las desviaciones más frecuentes del centralismo democrático consiste en plantear o justificar la preeminencia de uno de los elementos (centralismo o democracia) a costa del otro.

Los partidarios del democratismo (hipertrofia de la democracia y desconocimiento del centralismo, que es considerado antidemocrático) convierten al Partido en un club de interminables discusiones y donde nadie está obligado a nada. Estos elementos, que a nombre de la democracia abstracta violan la disciplina, son, pues, unos liquidadores. Los otros (es decir, los stalinistas) consideran que lo único valioso es el centralismo, expresión de la voluntad del jefe de más alta categoría, y que la democracia no hace más que desvirtuarla. El centralismo democrático concluye -repetimos- por convertirse en centralismo burocrático. La voluntad omnímoda del dirigente no permite que nadie discuta sus decisiones o ponga en duda su pretendida infalibilidad. Desde el momento en que se destruye la vida interna del Partido se sienta la premisa del monolitismo organizativo.

La "Plataforma de la Oposición" rusa (trotskyismo) dice: "La democracia obrera significa libertad de juicio para todos los miembros del Partido sobre las cuestiones importantes de la vida de éste, su libre discusión y la elección del personal dirigente responsable, desde la cúspide hasta la base". El monolitismo no tolera las discusiones porque las considera inútiles y margina toda lucha fraccional. Aparentemente este Partido sin fisuras es más fuerte que ningún otro. La verdad es que se va debilitando porque destruye el

pensamiento revolucionario de la militancia y porque ya no podrá cumplir su misión histórica de llevar al poder al proletariado; la dictadura burocrática no elimina las divergencias, sino que obliga a éstas a tornarse clandestinas.

La democracia interna no se limite sólo a la elaboración colectiva de la línea política, sino que comprende el derecho a la discrepancia que tiene el militante, tanto con referencia a las determinaciones de la dirección o de la táctica adoptada en determinadas circunstancias (siempre dentro de la estrategia programática), a difundir sus ideas libremente dentro del marco organizativo del Partido (en las células) y a formar tendencias o fracciones alrededor de ellas. Hay que volver a repetir que la democracia (en ella están involucrados los derechos elementales de la militancia) es interna, se desarrolla y se garantiza dentro de los límites partidistas (no debe salir de las células), si se la proyecta al exterior concluye atentando y destruyendo al centralismo, es decir, desorganizando al Partido.

Las ideas discrepantes sirven de base a la discusión, que se desarrolla por escrito y a través de los boletines internos (su nombre está ya indicando que su contenido no debe salir al exterior) o bien oralmente en las discusiones dentro de las células. Mas, el Partido no puede dedicar todo su tiempo y energías a las discusiones interminables, su finalidad es la acción; la polémica teórica y política tiene el objetivo de prepararlo debidamente para la acción. La discusión interna concluye con el voto sobre las cuestiones en disputa en los organismos y planos adecuados. Una vez votada la cuestión se adopta como línea oficial del Partido la que cuenta con el respaldo mayoritario. Esto no supone que se cancela para siempre la discusión o que los opositores tengan que abandonar sus ideas, importa únicamente que la minoría esté totalmente supeditada a la mayoría en el trabajo centralizado hacia el exterior, donde el Partido debe aparecer proyectando una sola línea. Posteriormente, la minoría tiene el derecho de pedir que se confronte con los acontecimientos la línea oficial partidista. Cuando se abre una discusión interna se debe prestar mucha atención en adoptar las medidas organizativas encaminadas a garantizar el trabajo centralizado en el exterior, lo contrario significaría que la discusión paraliza la verdadera actividad partidista. Debe observarse como norma invariable el disciplinado sometimiento de la minoría a la mayoría, que representa al programa tradicional partidista, mientras no se demuestre lo contrario en una reunión nacional.

Hay una cuestión que es preciso aclarar debidamente. La discusión interna se desarrolla exclusivamente en los boletines internos y no en el periódico central o en las publicaciones destinadas al exterior, esto para salvaguardar el centralismo, que obliga a llevar hasta las masas una línea política unitaria y no dos, lo que prácticamente convertirla en inútil toda actividad en el seno de la clase.

El centralismo importa la acción unitaria del Partido en su actuación exterior, donde sólo debe aparecer y aplicarse la línea oficial, el reconocimiento y subordinación a las direcciones regionales y nacionales; no puede darse el caso de dos direcciones paralelas, pues esto supondría ya la escisión. Una de las razones de la fortaleza del Partido radica en su unidad inquebrantable en la acción en el seno de las masas.

El centralismo supone la subordinación de la minoría a la mayoría, lo que no quiere decir que ésta pierda su derecho a la discrepancia. La carencia de centralismo no le permitiría al Partido Obrero Revolucionario cumplir su rol de vanguardia del proletariado. Si el Partido permitiese a sus fracciones actuar en el exterior de manera independiente y conforme a sus ideas, dejaría de existir como tal. Esta actuación anárquica es considerada antipartido y debe ser sancionada, Sólo a un elemento mentalmente anormal se le podría ocurrir salir al exterior para atacar públicamente al Partido, en lugar de exponer sus reparos en un boletín interno. La oposición tiene que trabajar en el exterior bajo el control de la dirección, esto para que la línea partidista sea cumplida fiel y abnegadamente. Las decisiones de la dirección tienen que ser ejecutadas por el Partido en su conjunto y la discrepancia con ellas por parte de algunos militantes no supone que se suspenda su ejecución.

Trotsky ha fijado claramente las normas organizativas de la IV Internacional: "El régimen interno de la Cuarta Internacional está determinado por los principios y prácticas del centralismo democrático, es decir, de la más amplia y grande democracia posible en la discusión interior para la elaboración de una línea política y la más firme disciplina en la aplicación de esa línea una vez que ha sido establecida... Elección de todos los organismos superiores por la asamblea, conferencia y congreso... Una disciplina obediente de las minorías y respeto de las decisiones emanadas por las mayorías" (Programa de la IV I.).

## Las fracciones

El Partido garantiza la existencia de fracciones, aun sabiendo que constituyen gérmenes de escisión. Su aparición no puede ser saludada como una felicidad, sino que se trata de un mal necesario. Lo primero que tiene que cuidarse es a no jugar al fraccionalismo, razón por la que se exige que las fracciones presenten por escrito las ideas alrededor de las cuales se estructuran.

Desde este momento la discusión alrededor de las ideas queda abierta para todo el Partido y es obligación de las células pronunciarse acerca de los puntos en conflicto, lo que supone que las organizaciones básicas deben obligadamente estudiar las discrepancias. Ninguna célula puede rechazar el estudio de todas las posiciones y lo normal es que en su seno existan elementos de la mayoría y de la minoría. Todas las células están sometidas a la dirección y control de los organismos superiores. Si un organismo de base cerrase sus puertas a la



dirección o a la discusión (que supone conocimiento) de las ideas opuestas o proclamase que reconoce únicamente a la dirección de su fracción, estaría dando un paso muy peligroso hacia la escisión.

Así como las fracciones tienen garantías para su existencia y difusión de sus ideas, tienen también obligaciones que deben cumplir indefectiblemente y ellas se refieren a acatar disciplinadamente las resoluciones de los congresos, de las reuniones nacionales, del Comité Central, de los Comités Regionales y de las direcciones celulares (se supone que en una célula coexisten militantes de diferentes fracciones), aunque estén en discrepancia con ellas; desarrollar y defender en el exterior la línea oficial partidista, si no lo hacen y, contrariamente, proponen otra línea, estén incurriendo en divisionismo; difundir y estudiar el órgano central del Partido y demás propaganda (se supone que esa propaganda no coincide con todas sus posiciones, por algo son fracción).

El centralismo democrático impone limitaciones a las fracciones: constituye una minoría que rechaza la línea adoptada por la mayoría, en caso contrario ya serían dirección; claro que la fracción tiene el legítimo derecho de aspirar a ser mayoría y dirección. Su actividad fraccional se circunscribe al ámbito interior del Partido, en ningún caso puede editar sus propios órganos de difusión o sueltos destinados al exterior, ni puede reclamar que sus ideas revisionistas de la línea oficial sean acogidas en el órgano central o en las publicaciones partidistas dedicadas a las masas, pues esto contribuiría a sentar las bases del caos y a reconocer públicamente la existencia de dos líneas. De aquí se deduce la imposibilidad de la participación de las fracciones en la redacción de los órganos periodísticos de circulación pública.

Por todo lo expuesto, es evidente que los organismos de dirección deben controlar la actividad de los grupos fraccionales y conocer los planes de sus actividades.

## La disciplina

Debemos partir de la definición dada por Lenin acerca de la disciplina partidista: "Disciplina significa la unidad en los actos, con la libertad de discusión y crítica... El proletariado no admite unidad de acción allí donde no existe libertad de discusión y de crítica". El programa de la Cuarta Internacional recalca que debe observarse la más firme disciplina en la aplicación (absoluta unidad partidista) de la línea política elaborada a través de la más amplia democracia interna (las proposiciones se votan sólo después de que ha sido agotado el debate).

La disciplina partidista, que asume características muy particulares en un partido de estructura bolchevique, es una de las consecuencias del centralismo democrático: elaborada la línea política con la activa y polémica participación

de toda la militancia (democracia interna) se precisa la acción centralizada del Partido para cumplirla. La disciplina, además de unidad en la acción, importa un sometimiento de la militancia en general, incluidos los opositores, a la dirección centralizada, que expresa la línea oficial. No se trata de un sometimiento a determinadas personas y a sus caprichos, sino a una línea política. Sin disciplina no habría unidad en la acción y no podría llevarse a la práctica lo elaborado colectivamente por todo el Partido.

Acertadamente se dice que la disciplina dentro del Partido no tiene más fundamento y justificación que la adhesión al programa revolucionario. Es explicable que cuando algunos militantes se rebelan contra el programa y la estrategia partidistas dejan de actuar disciplinadamente, pues lo contrario significaría que se ven obligados a violentar sus convicciones políticas. Si las discrepancias internas (que pueden comenzar como diferencias organizativas o puramente tácticas) llegan a atentar contra la esencia del programa, es decir, cuando uno o más militantes persiguen objetivos diversos a los del Partido, sobran razones para que los opositores rompan la disciplina y desobedezcan a la dirección; un grupo de enemigos políticos está todavía actuando dentro de las filas partidistas, atentando contra su integridad política y organizativa. Cuando se llega a este extremo la escisión se impone como una necesidad vital, como el único medio para lograr el fortalecimiento y progreso de la tendencia revolucionaria. Entonces la ruptura es saludable, fortalecerá al Partido en definitiva esto si se observa el problema en perspectiva histórica, le permitirá adquirir la necesaria homogeneidad programática. Hay que tener en cuenta que, según las circunstancias, tanto las fusiones como las escisiones pueden jugar un rol importante en la construcción partidista.

La férrea disciplina -inseparable del concepto de partido altamente centralizado- es uno de los requisitos para que sea posible el trabajo colectivo de la organización, cuyo norte es la materialización de su finalidad estratégica. No puede permitirse que la negligencia e irresponsabilidad de algunos militantes comprometan la actividad de todo el Partido. Los estatutos establecen las sanciones que deben aplicarse a los casos de violación de la disciplina.

A algunos militantes se les antoja que la disciplina dentro del Partido es de tipo militar (de arriba hacia abajo e irreflexiva), este es un concepto equivocado que debe rechazarse. Entre las disciplinas trotskysta y la de cuartel existen las mismas diferencias que las que hay entre el ejército y el partido revolucionario. En las fuerzas armadas la disciplina despótica busca mantener, utilizando la violencia, la cohesión de sus filas y el estrangulamiento de la voluntad e ideas de la mayoría de la tropa. La disciplina revolucionaria es, sobre todo, voluntaria y consciente, pues tiene como punto de partida la adhesión política al programa, a la finalidad estratégica. La disciplina trotskysta (unidad en la ejecución de la línea política) es inseparable, como hemos señalado, de la más amplia democracia interna.

La disciplina así concebida se compone, en la actividad práctica, de pequeñas acciones ejecutadas del modo más perfecto posible y siempre como parte de un trabajo colectivo. El peor enemigo de la disciplina es el trabajo individual y anárquico; ningún militante debe olvidar que constituye el diente de numerosos engranajes y que sus defectos, sus ,alias y su trabajo negligente, pueden concluir paralizando todo el complejo mecanismo partidista. La puntualidad, el trabajo bien realizado, concretizan la disciplina. El ejemplo de los dirigentes y de los militantes antiguos forma parte de la enseñanza y formación de los cuadros nuevos.

La disciplina, en gran medida, importa una total identificación con los postulados políticos del Partido y su aplicación está a cargo de los organismos de dirección, necesariamente conformados por militantes que son personas con defectos, pasiones, etc. Puede darse en la aplicación de las medidas disciplinarias errores y excesos, aunque esa aplicación es, necesariamente, el resultado de discusiones colectivas. Los militantes perjudicados tienen en su favor el derecho de apelación a las instancias superiores, salvo en los casos de delación y de apropiación de dineros partidistas.

## V

### Crítica y autocrítica

La práctica diaria (se sintetiza en la experiencia adquirida por la militancia) es la piedra de toque para probar la validez o no tanto de la línea política como de la organización partidistas. De la misma manera que es preciso ir ajustando la línea política, al calor de la experiencia, el trabajo organizativo es una lucha constante por superar las dificultades y las situaciones nuevas que se presentan. La actividad cotidiana genera continuamente errores, que es preciso ir rectificándolos sobre la marcha, pues sólo así se evitará que el Partido concluya convirtiéndose en una organización extraña a la revolución o que se paralice.

Hemos dicho que la elaboración del programa es un proceso vivo, no existe un programa que caiga del cielo totalmente elaborado. De la misma manera, la evolución política de los militantes es también un proceso en mutación, cosa que es mucho más visible cuando aparecen fracciones internas, hay que crear las condiciones adecuadas que hagan posible esta evolución y que permitan que se cumpla en el menor tiempo y con poco desgaste de energías.

La política es ya una actitud polémica con relación a los enemigos de clase y lo es también cuando se refiere a la confrontación de ideas y de experiencias dentro de la organización partidista. Sería erróneo considerar la discusión como algo pernicioso para la vida del Partido; contrariamente permite la elevación ideológica y organizativa.

El Partido se fortalece y estructura a través de la asimilación crítica de todo lo logrado por él mismo y por la clase obrera. No se trata de una simple catalogación de sucesos, sino de una asimilación crítica y autocrítica, es decir, del balance de todo lo positivo y negativo de la experiencia diaria.

Un partido revolucionario tiene en sus manos dos valiosos instrumentos para fortalecerse internamente, para enriquecer su experiencia, para elevar su nivel político e ideológico, y para formar debidamente a sus cuadros militantes: la crítica y la autocrítica.

No nos referimos aquí a la importancia que tiene la crítica como medio de educación de las masas y de confrontación de la conducta trotskysta leal con la actitud traidora de otras tendencias políticas (el nacionalismo pequeñoburgués, el stalinismo contra-revolucionario, etc); sin crítica en este terreno no podríamos ganar a las masas para nuestras posiciones. Nos interesa tratar con alguna precisión el problema de la crítica y de la autocrítica dentro

de nuestra propia organización.

La actividad de todo el Partido, no sólo de su dirección o de sus militantes, debe estar sometida a una continua y descarnada crítica y autocrítica. Esta es la única manera de buscar la raíz de los errores y, por tanto, de sentar la premisa indispensable para su superación efectiva. De este modo se despierta la mutua vigilancia entre dirección y militancia, se abre la posibilidad de que la construcción del Partido y la fijación de su línea política sean actividades colectivas, es decir, obra de toda la militancia. La crítica y autocrítica, además de la discusión, suponen la existencia de discrepancias de criterios que se solucionan conforme a los principios del centralismo democrático.

Lo que tiene que tomarse muy en cuenta es que la crítica a la actuación de la dirección o de la militancia es una actividad estrictamente interna, forma parte de la democracia partidista, que, como se ha indicado, está orientada hacia el interior de la organización. Salir al exterior del Partido para criticar a dirigentes o militantes importa prácticamente la escisión y asumir una actitud infidente, que debe ser castigada conforme a los estatutos. En este caso, la crítica, de elemento tonificante de la organización se transforma en un error antipartidista. La crítica para ser saludable tiene que adecuarse a las normas del centralismo democrático.

En nuestro Partido, conforme se ha indicado, se ha conocido un período de total identificación entre la dirección y los pocos militantes, eran los mismos en dos funciones, la primera gozó necesariamente de ilimitada confianza. En tales condiciones la crítica se vio seriamente debilitada, hecho que, a la larga, resultó contraproducente, perjudicó la elevación del nivel ideológico de la organización.

El afán de analizar los errores, de descubrir sus causas y de superarlos, eleva a primer plano y le da enorme importancia a la autocrítica, que consiste en que los propios organismos de dirección o los militantes critiquen sus actos e ideas, señalen con precisión las razones que motivaron sus equívocos y así se superen constantemente. La autocrítica puede ser, ni duda cabe, el resultado de una actitud espontánea, pero también puede deberse a la exigencia partidista de que después de una discusión interna, los que incurrieron en errores expliquen las motivaciones de ellos y así eviten su repetición futura, que podría ser nefasta para el Partido. En cierto caso, son militantes ajenos a la dirección o a los que los cometieron los que señalan la urgencia de proceder a la autocrítica. Se podría argumentar de que es suficiente la crítica; pero, se trata de extirpar, de raíz los gérmenes de las equivocaciones, de las desviaciones ideológicas, a fin de consolidar políticamente a todo el Partido y, a veces también, de devolver la confianza a quienes han tenido actuaciones no siempre acertadas. La autocrítica es una palanca que permite la constante superación de los militantes y del Partido mismo y no debe confundirse con una sanción.

La cuestión aparece muy clara tratándose de la existencia de fracciones internas en el Partido. Hemos indicado que el pensamiento político de los militantes está sometido a todo un proceso de cambio y es de esperarse que los que sustentan ideas desviacionistas abandonen éstas y retornen a la línea partidista, a la luz de las razones expuestas en la crítica y en la polémica, pues se supone (a veces en la realidad esto no se da) que entre los camaradas impera la honestidad y la valentía. La única manera revolucionaria, bolchevique, de superar las desviaciones políticas e ideológicas consiste en una severa autocrítica por parte de los camaradas equivocados, lo que permitirá que expongan ante el Partido por qué razones incurrieron en esas desviaciones y por qué cambian de postura política (la lucha tiene que ser honestísima, lo que obliga a rechazar las maniobras arteras, destinadas a engañar a la militancia). El Partido, colocado ante un problema tan agudo, no puede contentarse con que esos camaradas abandonen simplemente sus viejas posiciones o se conformen con decir que las sustituyen por otras, sino que tiene que ayudar a que se dé la crítica radical para evitar la futura repetición de los errores.

En el pasado se ha incurrido en el error de creer que las desviaciones nacionalistas y ultraizquierdistas estaban superadas porque sus sustentadores las abandonaron silenciosamente, esto sin haber dado explicación alguna de su conducta.

El hecho de que esas posturas antiporistas y antitrotskyistas hubiesen vuelto a aflorar no bien les fue propicia la oportunidad, está demostrando que no debe incurrirse nuevamente en ese descomunal equívoco, que estuvo muy lejos de ser una simple ligereza.

Nadie puede dudar que es mejor que todos los militantes rectifiquen sus equívocos y retornen al programa partidista de manera franca y limpia, pues este acto tiene que realizarse de manera que signifique una verdadera superación política y que garantice que esas desviaciones no volverán a ganar el primer plano.

Por estas razones debemos recalcar hasta el cansancio que hay que saber utilizar debidamente, la autocrítica, es decir, colocarla de manera categórica al servicio del fortalecimiento del Partido.

El resultado de la crítica y autocrítica, que constituye parte de la experiencia partidista, debe acumularse en el arsenal teórico del Partido Obrero Revolucionario, por lo que es indispensable que se registre por escrito, única manera de garantizar que lo sucedido sea asimilado debidamente por la militancia. La discusión (por tanto, la crítica y autocrítica) aparecen, casi siempre, cargadas de una fuerte dosis de pasión y de personalismo, lo que corresponde es descubrir, detrás de las apariencias, las ideas políticas que se agitan.

## VI

### La dirección partidista

#### La dirección: síntesis del partido

El largo y accidentado trabajo del Partido Obrero Revolucionario se traduce en la formación de las direcciones nacional y media, que son el resultado de una permanente selección en los planos de la capacidad, del trabajo sistemático dentro de la organización y de la indiscutible fidelidad al programa y al Partido. La dirección es, pues, la expresión más elevada del Partido.

El dirigente, sobre todo el nacional, es el militante que, de manera necesaria, tiene alguna antigüedad dentro de la organización, pues el trabajo diario es el yunque en el que se forja.

Los militantes, sin excepción, tienen la posibilidad de llegar hasta los más altos puestos de dirección, con el único requisito de demostrar voluntad de trabajo sistemático en el seno de las organizaciones de base, lealtad partidista y capacidad probada en la actividad cotidiana. Una sana práctica dentro del Partido considera al margen de la organización a los elementos que dejan de trabajar dentro de las células; sería anormal -por no decir inmoral- que un elemento automarginado invocase derechos ajenos a nuestras prácticas organizativas para trepar hasta la dirección, pese a su inactividad y aislamiento del Partido. Hay que dejar sentado que debe combatirse con energía la formación de camarillas sin ideas y alrededor de elementos que busquen asaltar las direcciones. La lucha por la dirección debe entenderse como una lucha política, que obligadamente tiene que traducirse en las proposiciones novedosas hechas en materia programática.

La estructura partidista, normada por el centralismo democrático, no permite que entre nosotros se den golpes de Estado para permitir a elementos recién llegados a la organización o a aventureros (cuyo ingreso demostraría un deficiente funcionamiento de las células), capturar por sorpresa la dirección, que es, sobre todo, el resultado de una larga actividad diaria, de apasionadas y honestas discusiones internas en las que se confrontan posiciones políticas y programáticas.

Las direcciones nacional y regional, aseguran tanto la unidad en la actuación del Partido hacia el exterior como garantizan la vigencia de la democracia interna. La dirección tiene el deber primordial de orientar y controlar la actividad del Partido en su conjunto, no pueden existir para ella sectores, grupos o áreas ignorados y no le puede estar vedado el conocimiento de lo que hagan o digan



los militantes y las células en general.

La primera misión del equipo dirigente consiste en aplicar consecuentemente la línea política, el programa en vigencia y los estatutos; sus movimientos deben realizarse dentro de este marco y no le está permitido violarlo. La dirección no puede actuar contra el programa o los estatutos, no puede modificarlos por su propia voluntad, lo más que puede hacer es proponer enmiendas para que discuta el Partido y decida el próximo congreso nacional. La dirección es la indiscutible autoridad por su origen, por ser la expresión de lo mejor de la militancia, por su enorme ascendiente moral y la inobjetable honestidad en su actuación.

Esta síntesis del Partido, refleja perfectamente el nivel alcanzado por la organización, no puede ignorar la existencia de fracciones divergentes, es por esto que debe incorporar a su seno representaciones necesariamente minoritarias de éstas, minoritarias aunque tuvieran mucho peso numérico. No se debe olvidar que la dirección expresa la línea programática oficial y no los puntos de vista divergentes con ella. Le experiencia enseña que no debe cometerse el error de constituir una dirección paritaria, conformada con igual cantidad de representantes de la tendencia oficial (que obligadamente hay que considerarla mayoritaria con relación a la oposición, esto hasta tanto no se modifique el programa) y de la fracción opositora, no hay mejor forma de condenar a total inoperancia a la dirección: las tendencias opositoras se anulan mutuamente. En vísperas de la gran escisión de 1954, se constituyó un Comité Central paritario que tenía dos cabezas: dos secretarios generales que representaban a las dos fracciones. Este curioso Comité Central no pudo dar un solo paso, su actividad fue igual a cero y precipitó la ruptura del Partido.

La dirección partidista porista es difícil y lentamente reemplazada por otra de orientación diferente, porque esto supondría un cambio programático radical, que el POR se ha trocado en un otro partido político.

Los cuadros medios forman el basamento de las direcciones intermedias (desde el responsable de las células hasta los Comités Regionales) y por ellas pasa necesariamente el militante que llegará hasta la dirección nacional. Se puede decir que los cuadros medios constituyen el esqueleto partidista, sin ellos será sumamente difícil el trabajo organizativo, la propaganda y la agitación. Lo anterior explica por qué el Partido tiene tanto interés en la formación de cuadros medios.

Los cuadros medios reciben una educación especial, deben comprender debidamente el programa, los elementos del marxismo y manejar los aspectos fundamentales de la teoría, simultáneamente se entrenarán en trabajos de organización y otros especializados.

## Congreso nacional

Los estatutos disponen la reunión anual del congreso partidista (hasta el presente se han realizado XXIII reuniones nacionales), pero, importantes acontecimientos políticos pueden justificar la realización de congresos extraordinarios y una aguda represión (impone la actividad clandestinidad) la postergación de la fecha de su verificativo.

Deben agotarse todos los recursos para asegurar que el congreso tenga una adecuada preparación y una representación real de la fuerza numérica alcanzada por el Partido. La clandestinidad puede introducir obligadas modificaciones a este esquema ideal, sobre todo en materia de representación.

### a) tribuciones

El congreso conoce y discute las actividades del Comité Central; analiza la situación política y fija la línea que seguirá el Partido hasta la próxima reunión nacional; puede introducir modificaciones en el programa y estatutos; designa al Comité Central y al encargado de la dirección del periódico central del Partido. Estas son atribuciones privativas del congreso, lo que hace que sea la autoridad máxima del Partido. Los Comités Regionales, las células y los militantes que hubiesen sido castigados por el Comité Central tienen el derecho de recurrir ante el congreso en grado de apelación (el que juzga en última instancia) salvo los casos de traición, delación o apropiación de dineros partidistas, en los que se niega este derecho.

### b) Preparación

El Comité Central abrirá oportunamente un período de preparación del congreso en escala nacional, durante el cual se discutirán en los Comités Regionales y en las células, los documentos presentados por las direcciones nacional y el regionales y por los militantes. El Comité Central fija la agenda de la discusión del congreso y presenta los documentos básicos, así como su informe de labores y político, que son remitidos a los boletines internos, a fin de que sean conocidos por las células y éstas puedan pronunciarse. Es obligatoria la edición de boletines internos en los que se consignan los documentos, proposiciones, enmiendas y votos de las células y de los militantes. De esta manera se asegura la democracia interna y se efectiviza la elaboración colectiva por la militancia de la línea política partidista. En el congreso no se permite la discusión y votación de documentos o problemas que no hubiesen sido conocidos o discutidos previamente por la militancia, desde el momento que esto significaría actuar a espaldas de ella (flagrante caso de violación de la democracia interna).

### c) Representación

Asisten como miembros natos del congreso los componentes del Comité Central cesante, aunque sin, derecho a voto, salvo el caso de los que hubiesen sido designados como delegados y los delegados de los diferentes Comité Regionales, designados por la militancia agrupada en células (no tienen representación los organismos especiales: impresión, trabajo militar, etc). Los delegados se designan en proporción al número de militantes (un delegado por tantos militantes). Los delegados deben ser producto de la elección directa por parte de la militancia y no se permite que sean digitados desde arriba. Constituye un vicio que violenta la democracia interna la especie de dividir al país en regiones política y económicamente importantes y dar cupos de delegados conforme a este criterio. Para nosotros los Comités Regionales más importantes son aquellos que realizan un buen trabajo político y tienen mayor número de militantes, esto por encima de que tal o cual zona sea políticamente más o menos importante con referencia al conjunto nacional.

Pueden asistir como invitados algunos elementos El Partido y su organización pertenecientes a otras organizaciones (en condiciones de amplia vigencia de las garantías democráticas, también se harán presentes numerosos militantes y simpatizantes, para quienes el congreso puede ser una fuente de aprendizaje), estos elementos tienen derecho a hacer uso de la palabra, pero en ningún caso a votar. El derecho de voto es exclusivo de delegados que representan a la militancia.

En la práctica del Partido sólo se conoce el derecho de un voto por delegado, conforme a la tradición internacional, puede darse el caso de un delegado que asuma representación doble, triple (esto por razones excepcionales, sobre todo en caso de represión), nos parece que en esta eventualidad se les debe reconocer dos o tres votos.

Las fracciones dentro del Partido tienen derecho a enviar a sus delegados, dentro de las normas que señale el Comité Central; esta representación será, en todos los casos, minoritaria. Las fracciones enviarán delegados a través de los Comités Regionales, porque ese es el ámbito normal de su actividad.

En el Partido no se admite el mandato imperativo. Los delegados tienen la obligación de informar acerca de los acuerdos de su Comité Regional o de su célula, pero gozan de amplia libertad para emitir su voto como crean conveniente, debiendo respetarse las modificaciones de criterio que en ellos se hubiese operado; este cambio de opinión no es causal suficiente para que una célula o un Comité Regional cambien a su delegado. Esto se explica porque el Partido es una unidad y realidad por encima de las células y de los Comités Regionales, que forman parte integrante de aquel.

### c) Obligatoriedad de los acuerdos

Los acuerdos que adopta el congreso son obligatorios para todos los comités, células y militantes en general (las comisiones especiales no están excluidas de esta obligatoriedad). Los Comités Regionales y los militantes organizados en células pueden hacer conocer sus reparos a las decisiones del congreso, disconformidad que no impide su cumplimiento estricto y disciplinado.

La discusión interna, que puede dividir a la militancia en fracciones opuestas, cesa, con la votación a la que son sometidos en el congreso los diversos problemas. Los acuerdos sancionados por el voto mayoritario se convierten en la línea oficial partidista y debe ser rigurosamente aplicada en la actuación exterior, incluyendo a la realizada por las fracciones.

## Comité central

### a) Su estructura

Los siete miembros del Comité Central son designados, por derecho privativo, por el congreso nacional; sin embargo, en casos de emergencia y a fin de mantener el buen funcionamiento de la dirección, pueden ser copiados algunos miembros que faltasen, atribución que también pueden ejercitarla los Comités Regionales y las células, dentro de sus propias direcciones, o bien el Comité Central con referencia a los estadios inferiores.

Los miembros del Comité Central designarán, de su seno, al Buró Político (o comisión política), presidido por el Secretario General, y a la comisión organizativa.

El Secretario General, representante del Comité Central y del Partido, es designado por el voto directo del congreso y tiene mayores atribuciones y autoridad que el resto de los miembros de la dirección nacional. Es el único que, en determinadas circunstancias, puede hablar a nombre del Partido y adoptar determinadas decisiones, siempre dentro de la línea programática, sin previa consulta al Comité Central, pero siendo responsable de todo lo que diga o haga ante este organismo y el congreso.

Anexo a la comisión política funciona el comité que edita el periódico central.

Entre congreso y congreso pueden haber reuniones ampliadas del Comité Central con representantes de los Comités Regionales o de las comisiones especiales; a fin de asegurar un mejor funcionamiento del Partido.

## b) Atribuciones

El Comité Central tiene la obligación ineludible de orientar cotidianamente a los Comités Regionales y, a través de éstos, a toda la militancia acerca de las constantes modificaciones que sufre la situación política; puede emitir circulares o boletines especiales con tal finalidad.

Para su propia orientación, concentrará información de las actividades partidistas y políticas de todo el país. El diálogo permanente con las organizaciones de base, irá señalando todos los defectos en el funcionamiento del Partido y en la aplicación de la línea política partidista.

Lo que no puede hacer el Comité Central es guardar silencio ante los acontecimientos políticos, las fallas que cometen los Comités Regionales y las células. Si esto ocurriese significaría que el Partido Obrero Revolucionario ha quedado sin dirección y la consecuencia inmediata podría ser que cada Comité Regional actúe por su cuenta y riesgo y de acuerdo a una línea diferente a la del Partido. De este lamentable estado de cosas a la disolución de la organización no queda más que un paso.

Entre sus atribuciones más importantes se tienen las siguientes:

Aplicar la línea política del Partido, es decir, señalar en todos los terrenos cuál debe ser la conducta partidista y la de los militantes; hacer cumplir las resoluciones del congreso, de los ampliados nacionales y de las suyas propias (los militantes, incluyendo a los que se agrupan en fracciones, no pueden ignorarlas); interpretar (con cargo de aprobación del próximo congreso) la línea política en vigencia en relación con los cambios sufridos por la situación política; controlar el funcionamiento de los Comités Regionales; vigilar la aplicación de los estatutos, etc. Una dirección nacional que no dialoga permanentemente con los organismos inferiores, que no orienta en todo momento la actividad política, que no explica qué ocurre en el país y en el mundo, ha dejado de dirigir al Partido y puede contribuir a su disgregamiento, pues cada organismo inferior actuará como mejor crea conveniente.

El órgano periodístico central del Partido refleja la línea oficial, es un poderoso instrumento cohesionador de la actividad diaria y le permite al Comité Central dictar sus normas orientadoras.

## Comités regionales y células

Los cinco miembros de los Comités Regionales (en etapas excepcionales pueden ser menos) son elegidos por congresos regionales. Estas reuniones designarán también a un Secretario General. El Comité Regional se desdobra en las comisiones política y de organización.

El Partido en las diferentes regiones del país está dirigido por los Comités Regionales. Hay que recalcar nuevamente que el POR es una organización centralizada que tiene una dirección nacional única (el mismo criterio se aplica para cada región) y rechaza la teoría de la federación de los Comités Regionales y de las células autónomas.

El Comité Regional tiene la finalidad de organizar y hacer funcionar debidamente a las células y en un determinado distrito cumple las mismas funciones del Comité Central. Está también a su cargo la orientación política de las actividades regionales.

La célula designará un responsable y un encargado de hacienda. Los responsables tienen a su cargo el establecimiento de relaciones con el Comité Regional, Cuando en un determinado sector hay muchas células (fábricas, barrios, universidad, etc) se pueden constituir direcciones sectoriales, dependientes del Comité Regional.

La dirección -sea nacional o regional- no es el conjunto de elementos superdotados que realizan un trabajo individual y anárquico, semejante dirección sería un peligro para el Partido. La dirección realiza su trabajo bajo la vigilancia y crítica de toda la militancia organizada. Entendemos la dirección como un equipo de militantes experimentados y capaces que efectúan un trabajo colectivo y que por este medio pueden superar sus limitaciones individuales.

## VII

### La prensa partidista

Bajo la responsabilidad y dirección del Comité Central se editan un órgano periodístico central, una revista teórica, libros y sueltos ocasionales. La revista tiene la finalidad de analizar los problemas de la teoría con relación al país y sentar la orientación partidista en este terreno.

#### Naturaleza del periódico

El Partido tiene un órgano central, "Masas", y hojas publicadas por los Comités Regionales e inclusive por las células (fabriles, mineras, universitarias, docentes, etc). En medio de esta multitud de publicaciones, el que da la línea oficial es el órgano central y está a cargo de un equipo designado por el Comité Central. "Masas", expresa esa línea y no ninguna otra cosa, es pues su voz autorizada. Los militantes, simpatizantes y trabajadores en general saben lo que piensa el Partido Obrero Revolucionario leyendo su órgano central. Por estas consideraciones su elaboración es un trabajo partidista fundamental colectivo y debe ponerse sumo cuidado en ella.

La línea política del periódico está determinada por el programa del Partido y por los acuerdos adoptados por sus instancias superiores, aunque es cierto que en la parte formal tiene que ver mucho la naturaleza del equipo que lo redacta. "Masas" está llegando al medio millar de números y aparece ininterrumpidamente, desafiando las dificultades organizativas del Partido y los obstáculos que arrancan de los frecuentes períodos de represión, desde hace veinte años: es parte de la historia misma del Partido, cumple la misión de crisol en el que se funde el programa y se hace el balance de la actividad diaria (tanto de la positiva como de la negativa), en esta medida su rol es importante e insustituible.

Como no puede ser de otra manera, la línea política de "Masas" es unitaria y sin fisuras, en esta medida no refleja las discusiones internas que tiene en los boletines internos su propio canal de expresión. Siendo el programa del Partido el marco que delimita la línea del órgano central, es claro que éste no puede dar cabida a las tendencias fraccionalistas, que son tales en la medida en que discrepan con la dirección y política centrales. Sería erróneo buscar para el periódico una línea intermedia entre el programa en vigencia y las posiciones divisionistas o propugnar que el periódico no trate cuestiones conflictivas, con las fracciones y se limite a registrar informaciones inocuas. Si el periódico traduce la línea programática en vigencia, resulta inevitable que entre en fricción con las tesis fraccionalistas. Lo que urge es que la militancia



y los trabajadores sepan con toda claridad cuál es el pensamiento oficial del Partido sobre los problemas que se plantean.

El carácter y forma del periódico varían conforme a la situación política que se vive. En los grandes ascensos de masas, cuando éstas son dueñas de las calles, el objetivo central es la agitación y a esta tarea estará dedicado preferentemente el periódico. Se escribe para las grandes masas y el Partido organiza la llegada de su periódico hasta ellas. Sus artículos serán breves y asequibles para los sectores mayoritarios, incluso para aquellos que recién despiertan a la actividad política.

En los períodos que siguen a las derrotas, en las etapas de depresión del movimiento de masas, la finalidad central es la propaganda paciente y el balance teórico y político de todo lo hecho y el análisis de las perspectivas. Se escribe para sectores minoritarios, para los que están próximos al Partido y para la misma militancia de éste. Los análisis teóricos y necesariamente amplios le dan cierta aridez al periódico.

Cuando se trata de presentar ideas políticas, teóricas y nuestro programa, se debe procurar utilizar lenguaje sencillo y terso, pero de ninguna manera es permitido amputarlos o rebajarlos hasta el nivel de inconsciencia de los sectores más bajos de la clase. El objetivo del trabajo consiste en coadyuvar a la clase a elevarse hasta el nivel del programa trotskysta.

## Trabajo colectivo

El trabajo del periódico está encomendado directamente a un equipo de camaradas especializados y políticamente identificados con el programa.

Este es uno de los aspectos del trabajo colectivo, pero hay algo más en este aspecto. La elaboración de "Masas" entronca en la actividad organizativa, pues estamos colocados frente al problema de orientar a todo el Partido para que modele y elabore su periódico.

No se trata, ciertamente, de que escriba toda la militancia, aunque las puertas están abiertas para que puedan hacerlo los que lo deseen, con la única condición de no apartarse de la línea partidista y de observar las normas elementales de la forma y del idioma, a fin de que notas y artículos sean comprensibles.

No utilizamos, por ejemplo, las pretendidas formas revolucionarias de redacción (la falta de puntuación es un caso), porque tenemos la pretensión de que nos entienda el común de los lectores.

El trabajo colectivo tiene otras implicaciones: los obreros poristas cumplen la función de corresponsables de su periódico en los lugares mismos de trabajo (el periódico debe incluir denuncias de las fábricas sobre todos los aspectos); son

ellos los que envían noticias y traducen las protestas, denuncias y reclamos de sus compañeros, comenzando por entregarlos a su célula, que actúa como un verdadero buzón, donde son redactados. La célula es el lugar donde se elabora colectivamente el periódico, porque ésta tiene, entre sus tareas, la misión de discutir el periódico, asimilar su contenido y criticar abiertamente sus errores y deficiencias, es aquí donde la militancia da respuesta a su periódico y con su crítica y su colaboración activa contribuye a su incesante superación. Hace falta que constantemente se diga qué material debe incluirse, qué secciones fijas deben crearse, cuál debe ser el lenguaje a emplearse, etc. Finalmente no debe olvidarse que es un trabajo colectivo de todos los militantes el financiamiento y venta del periódico.

## El periódico como organizador

El trabajo de elaboración colectiva del periódico define ya a éste como a un organizador por excelencia, es un eje que permite marchar a todo el Partido.

El periódico es, sobre todo, un guía para el militante, le lleva criterios y datos para que pueda orientarse en todas las situaciones políticas (a su vez, el periódico tiene la obligación de pronunciarse oportunamente frente a toda novedad política, ante el cambio de la situación, por muy pequeña que sea ésta); por otro lado, es un poderoso instrumento en manos del militante para que pueda penetrar en todos los sectores y ampliar la organización (aumentando la influencia política, captando nuevos simpatizantes y militantes). Para su debida utilización, es indispensable que "Masas" sea estudiado por los poristas, con preferencia en forma colectiva, en el seno de la célula (la dirección de la célula, a veces el Comité Regional, deben indicar los artículos claves, cuyo conocimiento es imprescindible, la dirección tiene la obligación de organizar el estudio y asimilación de la propaganda) este conocimiento del periódico es también necesario para difundirlo, para discutir su contenido con la gente que se aproxima.

En la medida en que se amplía la influencia del Partido (como resultado del trabajo cotidiano de los militantes, trabajo planificado en la célula), se amplía también la difusión del periódico y mejora su contenido (los avances de organización y del trabajo diario se traducen en la ampliación del reparto de "Masas", ampliación que, con preferencia, debe realizarse en forma gradual y progresiva y no mediante saltos epilépticos). De esta manera el periódico se convierte en el eje alrededor del cual se realiza la ampliación de la organización partidista.

## Características de nuestra propaganda

Bolivia es un país que presenta serias dificultades para la labor publicitaria, consecuencia en gran medida de su tremendo atraso cultural (más de la mitad de la población es analfabeta). Los propios intelectuales burgueses sostienen que en nuestro país no se escribe ni se lee.

El POR (partido de proletarios que perciben salarios miserables) realiza tradicionalmente una admirable labor de propaganda impresa, relativamente más grande que cualquier otra organización política e inclusive el conjunto de todos los partidos y grupos existentes. Los poristas más destacados se han convertido en publicistas, venciendo enormes dificultades y llegando a revivir la gran tradición de los revolucionarios bolcheviques. Es explicable este hecho si se tiene en cuenta que nuestro Partido está estructurado exclusivamente alrededor de ideas políticas. Después de un incansable trabajo, como redactores y editores de las publicaciones partidistas, hemos adquirido un estilo propio, inconfundible y acomodado a nuestra finalidad política.

Como se tiene dicho, la forma de presentación del periódico depende de la situación política que se vive, de si está dirigido a las capas más vastas de las masas o a una élite próxima al Partido. En el último caso será esencialmente teórico y los artículos largos dominarán la publicación.

Tratándose de una publicación destinada a las masas deberá procurarse que su formato sea manual, económico y atrayente. El hombre de la calle, a diferencia del militante o del simpatizante, no está obligado a leer y, por esto mismo, es preciso esforzarse en presentar un periódico atractivo debe descuidarse el menor detalle sobre composición, titulares, impresión, etc. El número de páginas debe acomodarse a las posibilidades de lectura de los obreros y los caracteres empleados deben ser grandes. Se utilizará lenguaje sencillo.

Por ahí se dice que a las masas sólo se les puede dar parte de las ideas de nuestro programa y que el resto debe destinarse al uso exclusivo de los círculos de iniciados. Esta especie de esoterismo ha animado, en el pasado, al marofismo, y es moneda corriente entre los stalinistas. Otras personas se orientan a presentar las ideas revolucionarias de manera que aparezcan inofensivas e inocuas. Estos casos de ocultamiento y degeneración de las ideas partidistas presuponen una íntima desconfianza acerca de la capacidad revolucionaria de las masas. Por esta senda se concluye engañando a los trabajadores y obligándoles a formarse una idea equivocada acerca de los objetivos del Partido.

La posición justa -demostrada por la experiencia de los partidos revolucionarios y más tarde expuesta por Trotsky en su polémica con los redactores de la francesa "Comunne"- radica en exponer fielmente el programa del Partido, sin ocultar nada y sin incurrir en adulteraciones, pero en forma sencilla y

asequible para el grueso de las masas. La sencillez y claridad en la exposición es atributo de quienes han profundizado en el conocimiento de la teoría. Se puede decir que cuando se habla del periódico de masas se están discutiendo problemas de forma y no de contenido. Los poristas no tenemos por qué ocultar nuestro programa y, contrariamente, nuestro interés es llevarlo hasta el grueso de los explotados.

## Algunas recomendaciones

El periódico destinado a las masas no debe abordar los problemas en forma de folletines y tampoco incluir textos muy largos que obliguen al lector a pasar de una página a otra, por la sencilla razón de que los obreros bolivianos no están acostumbrados a seguir este tipo de lectura. Todas las cuestiones tienen que ser abordadas en una sola página y también, con la misma finalidad, puede emplearse la técnica de dividir los problemas en varios capítulos.

La composición de las páginas debe evitar la monotonía y pesadez, procurando dar movimiento al conjunto. Se recomienda dividir las páginas en columnas y utilizar los recuadros y las columnas sangradas. Tratándose de una publicación multicopiada, deberá ponerse cuidado en los titulares: emplear caracteres llamativos y legibles.

El periódico debe ser oportuno y registrar noticias del día. Se incluirán secciones sobre la vida obrera, campesina, estudiantil, etc, sobre problemas internacionales. Las citas de los clásicos deben guardar relación con los artículos que se registran y con el momento político, esto para facilitar su comprensión y aplicabilidad. Hay que esmerarse en utilizar ilustraciones y caricaturas.

La finalidad del periodismo revolucionario no es simplemente dar noticias (esto lo hacen también los periódicos burgueses), sino comentarlas políticamente. A los problemas deben darse soluciones de acuerdo con nuestras ideas.

Una de las claves del éxito del periódico radica en que aparezca invariablemente y venciendo todas las dificultades, en las fechas señaladas. Solamente así se puede lograr que las masas piensen conforme a una idea política.

## Hojas sindicales

Las comisiones sindicales y las células de empresa tienen la tarea de realizar una sistemática campaña en los sindicatos, con la finalidad de ampliar el radio de influencia del Partido y captar nuevos militantes. La hoja sindical puede ayudar a cumplir este objetivo y arrastrar a las masas detrás de nuestro programa. Estas publicaciones periodísticas tienen también la misión de preparar el terreno para la difusión del órgano nacional de Partido.

La hoja sindical debe ser discutida, en su contenido y forma, por el organismo respectivo. Los artículos deben ser el resultado de esta discusión.

La hoja sindical tiene la finalidad de dar respuesta a los problemas de la empresa, dentro de la línea señalada por el Partido. Pondrá énfasis en la tarea de generalizar la experiencia sindical adquirida a lo largo del país y ayudará a los obreros a familiarizarse con el pensamiento político.

Esta y las otras publicaciones partidistas deben ser sometidas a una rigurosa autocrítica después de la aparición de cada número. Se aplican a la hoja sindical las recomendaciones hechas más arriba.

## Capacitación

### Escuela de cuadros

Las publicaciones partidistas tienen como finalidad principal capacitar políticamente a los militantes. El Partido Obrero Revolucionario, a diferencia de los otros partidos políticos, se preocupa de dar una debida educación a sus militantes, tanto en los aspectos teórico como práctico. En cada región deben funcionar cursos de capacitación, sobre todo con miras a preparar las escuelas de cuadros. El aprendizaje teórico debe estar estrechamente ligado al entrenamiento práctico.

La educación de los cuadros medios es por si misma un proceso largo y dificultoso; pero, lo que tiene que establecerse es que este proceso, a pesar de todas las dificultades que ofrezca, no puede ser eliminado. Los numerosos esfuerzos que se han hecho para efectivizar la educación de la militancia (camino obligado que tiene que seguirse en la formación de los cuadros dirigentes) llevan a la conclusión de que la escuela de cuadros debe figurar entre los recursos organizativos. Nuestra experiencia al respecto puede resumirse de la siguiente manera:

a) Debe seleccionarse cuidadosamente y durante todo el año al premio a los alumnos, cuya designación debe ser un es excelente trabajo diario. Toda improvisación al respecto perjudicial. Llevar simpatizantes a escuelas de cuadros (muchas veces algunos viajan porque quieren pasear) es perder el tiempo y perjudicar a toda la escuela, que deberá rebajar su nivel para acomodarse ala falta de conocimientos de gente nueva. Los alumnos deben ser preparados en sus células o en sus Comités Regionales en los temas que se dictarán en la escuela; ésta tiene como finalidad formar cuadros medios y no captar nuevos militantes. Un grave vicio consiste en sustituir el trabajo celular con el funcionamiento de llamadas escuelas de cuadros regionales.

b) La escuela no sólo enseña principios teóricos y políticos, sino que habitúa al militante a la vida colectiva, a la solidaridad y a considerar a la mujer totalmente emancipada. Es aconsejable que alumnos y profesores vivan bajo el mismo techo, organicen su propia dirección y su vida colectiva, establezcan equipos rotativos para la preparación de alimentos; limpieza del local, etc. La conducción de la escuela, fijación de temas, horarios, etc., deben ser discutidas por todos los integrantes de la escuela y su ejecución controlada, noche tras noche, mediante reuniones de autocrítica.

c) Con la debida anticipación deben escogerse los temas para cada escuela, los que deben tener estrecha relación con la vida del POR y del país. Es absurdo sobrecargar el número de materias. En la escuela los alumnos deben aprender a manejar la dialéctica.

d) La escuela ayuda eficazmente a la formación de los instructores. El profesorado se recluta entre los mejores cuadros, que redactan sus cursos bajo el directo control del Buró Político. Las exposiciones, en su forma y contenido, son materia de la autocrítica. De esta manera es la escuela la que forma a los profesores. Deberá procurarse la edición de las lecciones de cada escuela.

e) Es aconsejable que la escuela, de manera preferente, funcione en los lugares de mayor concentración obrera, a fin de que los alumnos aprendan a cumplir tareas prácticas en el seno de las masas.

f) Es importante que se edite para todo el Partido un boletín que refleje verazmente la vida interna de la escuela.

g) Una escuela destinada a forjar dirigentes y que concentra a lo más selecto de la militancia no puede menos que funcionar dentro de la más severa disciplina y toda falta o negligencia deben ser enérgicamente sancionadas.

## VIII

### Organizaciones paralelas

A dos finalidades obedece la utilización de las organizaciones paralelas como auxiliares en el trabajo organizativo: la necesidad de encontrar formas viables para facilitar la captación de militantes y el objetivo partidista de entroncarse con las masas, de dirigir políticamente a sus capas más vastas, esto siendo una organización minoritaria de vanguardia.

#### La captación de militantes

Los simpatizantes y aspirantes a la militancia son agrupados en organizaciones especiales, donde reciben capacitación política y son debidamente probados. Precisamos descubrir medios que nos permitan influenciar masivamente en los sectores sociales que nos interesan, a fin de detectar a esos simpatizantes; el trabajo partidista sería inconcebible si su propaganda, por ejemplo, se limitase a circular en el estrecho ámbito de la militancia y de los elementos que le son más próximos; nuestro objetivo es llegar a las masas.

La organización de núcleos paralelos (que pueden ir desde las agrupaciones deportivas hasta los círculos de lectura, pasando por una enorme gama que corresponde a las múltiples manifestaciones de la vida social) nos facilita el trabajo de penetración en las masas y consiguientemente, la captación de simpatizantes (que son el venero de donde se recolecta a la militancia). El trabajo en las organizaciones paralelas tiene, para nosotros, el objetivo central de ampliar la influencia partidista y de facilitar la adquisición de militantes. Constituiría una tremenda desviación la especie de agotarse en los trabajos de los grupos paralelos y perder las finalidades organizativas partidistas.

La venta masiva de la propaganda, por ejemplo, se ve tremendamente facilitada con la existencia de grupos paralelos. Es muy provechoso poner en pie grupos de amigos, lectores, suscriptores del periódico, esto para citar uno de los ejemplos más sencillos. Nadie ignora el valioso aporte a la lucha que prestan las organizaciones por la liberación de los presos, de defensa de los derechos constitucionales, de amas de casa, etc.

Los grupos paralelos agrupan a sectores sociales amplios, que son precisamente, conjuntos de militantes; pero es claro que el Partido tiene que dirigirlos o influenciar decisivamente en su seno y sólo puede hacerlo gracias al trabajo de los militantes.



Los que pretenden contraponer la captación de militantes a la formación de agrupaciones paralelas como dos trabajos que se excluyen mutuamente, demuestran no haber comprendido nada del problema. Nuestra finalidad es la formación de militantes y en este empeño utilizamos como auxiliares a los grupos paralelos.

## El trabajo en la clandestinidad

Un largo trabajo en la clandestinidad tiene como consecuencia el aislamiento relativo o total del Partido, como organización, del grueso de las masas. No sólo que éstas tienen miedo a aproximarse a su Partido, las más de las veces no se presentan las condiciones necesarias para hacer posible ese acercamiento, sino que las mismas publicaciones partidistas muy difícilmente llegan a los sectores sociales más amplios; resulta difícil vencer los obstáculos levantados por la represión. El resultado es, pues, un progresivo aislamiento partidista, que puede tener consecuencias negativas, llegando al extremo de influenciar sobre la táctica y consignas partidistas.

Los grupos paralelos pueden facilitar los movimientos de los militantes acosados por la policía, actúan como el agua que permite el desplazamiento de los peces. Las organizaciones paralelas sirven de cobertura al Partido clandestino, pudiendo éste, por tal camino, aprovechar algunos aspectos de la actividad legal. Inclusive los clubs deportivos o las asociaciones artísticas pueden llevarnos a ese resultado.

## Influencia política sobre las masas

Otra de las funciones importantes de las organizaciones paralelas consiste en permitir una amplísima difusión de nuestras ideas y de nuestra propaganda; la actividad en los grupos paralelos puede crear canales insospechados que nos lleven al seno de las masas.

La propaganda propia de las organizaciones paralelas se convierte también en canal formidable para el traslado al grueso público de las ideas y consignas centrales del Partido. Esta ampliación de la influencia política partidista debe permitirnos aumentar el ritmo de captación de militantes.

Lo que no tiene que olvidarse en este trabajo son dos cosas:

- 1) Que las organizaciones paralelas se justifican si ocupan a sectores considerables de las masas o permiten burlar a la policía.
- 2) No debe confundirse a estos grupos con las células del Partido (no debe dárseles la misma estructura, ni debe utilizarse el ultimatismo para la gente que se aproxima a los grupos; de manera de excluirla si, no acepta todas

nuestras ideas).

La organización paralela debe adquirir características propias del sector en el cual se forma (elasticidad, tolerancia a las ideas discrepantes, respeto a la voluntad de la gente agrupada, etc).

## Otras actividades. Trabajo juvenil

Un partido sin juventud es un Partido sin porvenir. El trabajo en los medios juveniles es indispensable y de capital importancia. No planteamos un problema de generaciones (los jóvenes contra los viejos, de una manera abstracta), sino la lucha de los jóvenes revolucionarios junto al proletariado, convertidos en los auxiliares más valiosos de este último.

El sector juvenil -la juventud trotskysta- tiene su propia organización (su programa, su dirección, sus órganos de publicidad y sus organizaciones paralelas) subordinada al Comité Central y a los Comités Regionales.

El POR es, por las particularidades nacionales, un Partido de jóvenes sobre todas las cosas. Los obreros maduran, política y sindicalmente muy pronto y tienen muy poca inclinación a agruparse en organizaciones juveniles especiales y prefieren activar como militantes. Muchas veces se ha visto que las fracciones juveniles se han hecho cargo de tareas de los Comités Regionales.

El trabajo juvenil tiene sus particularidades y debe responder a los problemas y necesidades de los jóvenes. La juventud trotskysta debe dedicar su atención a las actividades deportivas, culturales y hasta sociales. El trabajo juvenil adquiere particularidades especiales de acuerdo al sector de que se trate. Las organizaciones juveniles son particularmente estudiantiles.

Los estudiantes de secundaria y enseñanza especial constituyen el sector más combativo e inquieto de la clase media. El desplazamiento de esta clase a la izquierda es nítidamente expresada por los estudiantes.

La penetración en los colegios se hará por medio de la progresiva formación de células en cada uno de ellos y en los diferentes cursos. La centralización del trabajo es uno de los problemas que surge de inmediato, ya que la impetuosidad juvenil tiende a fracturar la unidad del trabajo.

## Movimiento femenino

La mujer soporta una doble explotación: en la fábrica y en el hogar. A pesar de la secular opresión que sufre, la masa femenina es capaz de comprender la perspectiva revolucionaria; la mujer de las capas populares es un valioso

elemento en la lucha, conforme enseña la experiencia. El POR considera que la revolución social abrirá el período de la verdadera emancipación de la mujer y enseña a sus militantes a tratarla como a un elemento colocado en un plano de absoluta igualdad con el hombre. El Partido enarbola la bandera de la liberación de la mujer a través de su integración a la lucha política revolucionaria. La mujer será totalmente libre en la sociedad sin clases, sin explotados ni explotadores.

El porista tiene que afrontar a diario un agudo problema en su hogar: la presión negativa y poderosa de la mujer y de los hijos, que traducen dramáticamente las dificultades económicas. Sólo puede haber una respuesta: politizar a la mujer para convertirla en una verdadera compañera de la vida y de la lucha.

La militante goza de la plenitud de los derechos establecidos por los estatutos y tiene que cumplir todas las obligaciones. El Partido se empeña seriamente en efectivizar el postulado de la igualdad entre el hombre y la mujer y el de su total emancipación. Se tiene que educar a los varones para que afronten esta nueva realidad y a las mujeres para que la vivan plenamente, sin incurrir en deformaciones o exageraciones de ningún género. La militante no debe ser agrupada en células especiales y sí, más bien, integrada en las normales. El reclutamiento se hará con preferencia en los medios obreros y estudiantiles. Debe rechazarse enérgicamente el prejuicio de que las mujeres no pueden llegar a ser dirigentes o convertirse en puntales de la teoría partidista.

Las mujeres poristas deben iniciar un movimiento femenino particular, capaz de motorizar una amplia marcha liberadora de las mujeres y de dar respuesta adecuada y oportuna a todos los problemas de sus compañeras de sexo (salario igual por trabajo igual, por ejemplo). Debe evitarse que la militante porista quede aislada como una curiosidad en medio de la masa de mujeres y se tiene que procurar que se convierta en combatiente activa. El movimiento femenino debe tener organización, dirección y publicaciones propias.

## Trabajo legal y clandestino

En el trabajo organizativo no se debe ignorar la realidad política del país, una de cuyas características consiste en la imposibilidad material de un pleno desarrollo de la democracia burguesa. Ni siquiera en los períodos electorales (60 o 90 días de vacación democrática) se da el caso del imperio irrestricto de la Constitución Política, bastante generosa en declaraciones líricas acerca de los derechos naturales del hombre, etc.

El stalinismo ha renunciado a expresar sus objetivos (que no pasan de un inofensivo democratismo) buscando la legalidad que pueda traducirse en tranquilidad para sus cuadros pequeñoburgueses.

Tampoco se puede olvidar que el Partido persigue destruir el régimen imperante e instaurar uno nuevo, lo que significa que sus actividades, por lo menos parte de ellas, son conspirativas y chocan con el ordenamiento jurídico imperante. De aquí se desprende que el Partido no tiene más remedio que hacer frente, casi todos los días, al aparato represivo estatal.

No estamos indicando que las garantías democráticas carezcan de importancia o qué no se deba, bajo ninguna circunstancia, luchar por su conquista. Por el contrario, la defensa sistemática e incansable de las garantías democráticas ocupa lugar preferente en nuestras actividad y nos permite penetrar en las masas, que consideran esas garantías como elemento indispensable para su existencia. El Partido no debe limitarse a seguir pasivamente a los portavoces de la derecha en esa lucha, sino que tiene que tomar la dirección y enseñar a plantear nuevas conquistas y a cómo utilizar la Constitución en servicio de la causa revolucionaria.

De lo anterior se desprende que el Partido tiene que organizarse tanto para el trabajo legal como clandestino. Se debe aprovechar hasta el máximo toda posibilidad de legalismo, pero, paralelamente debe estructurarse un aparato conspirativo, que pueda soportar los embates policiales y garantizar -este es el punto capital- la continuidad del trabajo partidista normal. Esto quiere decir que el Partido siempre debe estar presto a enfrentarse exitosamente con la represión policial y a no permitir que el gobierno interrumpa sus actividades. Sería absurdo que creyendo que las imprentas y las radios estarán en todo momento al servicio de nuestras actividades, nos descuidemos de preparar un equipo capaz de romper cualquier boicot y de realizar buenas impresiones a mimeógrafo, etc. Estos equipos deben prepararse y ampliarse constantemente.

A algunos se les ocurre que únicamente hay lugar para el trabajo ilegal y que todo lo demás es reaccionario. Este ultimatismo argumenta que es fatal la acentuación de las medidas fascistas (destrucción de las garantías democráticas). Lo evidente es que, pese a todo, deben agotarse los medios para aprovechar a fondo toda posibilidad de trabajo legal (los bolcheviques usaban lenguaje esópico para vencer a la censura). El tremendismo es pernicioso e ignora que las masas al incorporarse a la lucha imponen la vigencia de las garantías democráticas. Por todo esto y por tradición, lo correcto es, en todas las circunstancias, realizar tanto trabajo clandestino como legal.

julio de 1974

## COMO FUNCIONA LA CÉLULA

### Captación de simpatizantes

Para la captación de simpatizantes, que después se convertirán en militantes, generalmente se utiliza la campaña persona a persona, pero también puede emplearse a las organizaciones paralelas.

Los elementos que simpatizan con el POR deben ser organizados en círculos o células de simpatizantes, que aunque tienen afinidad con las ideas del Partido no pueden aún participar en su vida interna, decidir sobre su suerte y conducta. Los militantes que organizan a los simpatizantes lo hacen con la finalidad de educarlos y disciplinarlos para que pueda militar posteriormente y también para observar de cerca su conducta, a fin de evitar que ingresen a la organización elementos peligrosos o de conducta dudosa.

La educación de los simpatizantes tiene que comenzar con el conocimiento de las ideas fundamentales del marxismo (hay texto), de las grandes líneas del programa partidista (hay texto), de las bases organizativas y de los estatutos, con la lectura del periódico y demás material editado por el Partido.

Dos cosas deben evitarse en este trabajo:

1) Acomodar las ideas programáticas del Partido a los prejuicios de los simpatizantes, deformando o amputando sus tesis fundamentales; los que van a venir a militar con nosotros tienen el derecho de exigir el conocimiento exacto de nuestros objetivos.

2) Hacer creer que el programa del Partido está íntegramente contenido en los documentos sindicales redactados bajo su influencia (que por ser sindicales tienen necesariamente limitaciones y a veces aparecen con interpolaciones introducidas en los congresos obreros por tendencias contrarias al trotskismo). Incurren en este error los que pretenden impresionar a los elementos nuevos con los éxitos partidistas, ciertamente que evidentes, en las luchas de los trabajadores. Puede darse un curso de las luchas sociales (como material accesorio y no principal en la educación de la gente nueva) y en él se demostrará el importante aporte del Partido Obrero Revolucionario en la formación de las ideas políticas alrededor de las cuales se ha estructurado el movimiento obrero boliviano. Esto está bien, pero es absurdo sentar la tesis de que es en el marco sindical donde se ha estructurado el programa partidista, que, en verdad emerge de las luchas y de la historia del trotskismo mundial y boliviano.

Los simpatizantes deben cumplir muchas tareas y ya tienen obligaciones con el Partido, no en vano están en sus puertas: difundirán el periódico y la propaganda, darán sus aportes económicos, secundarán las campañas y

asistirán a las actuaciones públicas. De una manera general, las células de simpatizantes actúan como auxiliares en el trabajo partidista.

En ningún momento debe olvidarse que los simpatizantes están siendo preparados para la militancia. Cuando han sido debidamente formados y antes de ser admitidos en las células de militantes serán declarados aspirantes (lo que será de conocimiento de la dirección de la que depende el organizador, para la fijación de tareas y de su ubicación dentro del mecanismo partidista) y se les encomendarán tareas concretas para probar su capacidad y lealtad.

El ensanchamiento del campo de los simpatizantes y la organización de éstos tiene mucha importancia para el Partido, suficiente no olvidar que de esa manera irá seleccionando a su nueva militancia. Los simpatizantes constituyen una vasta capa que envuelve al Partido, que le permite moverse cómodamente y realizar muchas actividades y campañas. Por ejemplo, un plan financiero de grandes alcances se apoya principalmente en los simpatizantes.

## Célula de militantes

La célula de militantes, particularmente la de empresa, constituye la organización básica del Partido. La estructuración bolchevique no puede, concebirse de otra manera. Los que pretenden sustituir a la célula por otros organismos no hacen más que exteriorizar sus desviaciones programáticas. Constituye una aberración y una desviación foquista la especie de que el Partido queda encarnado en un reducido y bien entrenado equipo de activistas (¿quién los forma y dónde?, pregunta que ha quedado hasta ahora sin respuesta) que tendría a su cargo el poner en pie las células como algo accesorio, como auxiliares del trabajo del privilegiado.

Esta actitud voluntarista olvida que es en las células donde se seleccionan y educan los dirigentes máximos y los cuadros medios, llamados a dar mayor impulso a la organización; que el centralismo democrático se expresa a cabalidad en la fijación de la línea política por la militancia y no como una imposición desde arriba. Lo anterior sería inadmisibles si reconocemos al equipo de activistas como cerebro y quinta esencia de la organización, camino que conduce indefectiblemente hacia el culto de la personalidad y a la teoría de la infalibilidad de los dirigentes. Contrariamente, el bolchevismo estructura y mejora sus organizaciones utilizando la crítica y la autocrítica.

Para que esto sea posible es necesario que la célula viva realmente y se supere de manera ininterrumpida. En esto radica el perfeccionamiento de la organización, que debe considerarse como un proceso en constante transformación.

La célula cumple las siguientes funciones básicas: 1) vincula al Partido con el grueso de las masas, en la medida en que es el resultado del trabajo organizado y colectivo de los militantes obreros (criterio que puede extenderse a los otros sectores sociales); 2) permite que los militantes intervengan activa y directamente en la vida política y partidista (uno de los grandes vicios consiste en que los militantes no conozcan los problemas políticos y los del Partido); 3) hace posible el trabajo colectivo y en coordinación con el resto de la organización partidista; 4) efectiviza el centralismo democrático.

El Partido es, por definición, la vanguardia revolucionaria del proletariado, lo que importa que esa vanguardia se organiza en su seno; pero, esta dirección de las masas, para ser efectivamente tal, debe estar estrechamente vinculada al grueso de la clase en todas las circunstancias, extremo que no debe olvidarse sobre todo en los períodos de reacción, cuando el Partido no es seguido por la mayoría obrera en sus planteamientos. La vinculación efectiva entre dirección y el grueso de las masas se realiza a través de las células, que existen y se desarrollan en las fábricas y lugares de trabajo.

Es frecuente que una célula formada por militantes obreros se aisle de sus compañeros de trabajo y, de esta manera, de la clase, a pesar de que aquellos están todos los días en la fábrica, viviendo codo a codo con el resto de los obreros. Esto ocurre cuando la célula se limita a estudiar y repetir algunas generalidades del marxismo, cuando no analiza minuciosamente los problemas de la fábrica, cuando no da soluciones a los problemas diarios de los trabajadores a la luz del programa partidista y dentro de la perspectiva política de todo el país, cuando los militantes por mucho teorizar no participan activa y abnegadamente en los problemas diarios de los obreros de la fábrica y de la clase en general. Como se ve, no es suficiente decir que la célula une al Partido con el grueso de la clase, para que esto se convierta en realidad urge que la célula haga un trabajo firme encaminado a efectivizar este enunciado.

Casi a diario vemos que muchas células no analizan los problemas del Partido, no leen ni critican su prensa, no estudian ni copian los boletines internos, no someten a crítica la labor de las diversas instancias dirigentes, ni autocritican su labor diaria; se limitan a acatar las instrucciones que les llegan. Este estado de cosas lamentable quiere decir que la célula sólo formalmente está incorporada Partido, pero que en los hechos permanece al margen de él. En tales condiciones, los militantes no tienen posibilidad alguna de fijar la línea partidista y tampoco de influenciar en su existencia. Si no se corrigen a tiempo estas deficiencias, la célula puede concluir desarrollando una actividad también al margen de la organización y sin ninguna coordinación con el resto de las células, es decir, del Partido.

Las tendencias foquistas confunden a la célula con el grupo especializado de activistas, considerado este último como cerebro y nervio de la organización, que debe gozar de autonomía y convertirse en dirección suprema por sus cualidades intrínsecas. Los que así razonan concluyen creando un grupo



cerrado y ajeno a la dirección partidista, que necesariamente desarrollará una actividad independiente, anárquica y aislada y que no pocas veces puede resultar antipartidista. La célula está sometida, necesariamente, a la dirección del Partido, que debe controlar su actividad y vida diaria y estar informada de sus proyectos y realizaciones y también de lo que hacen los militantes. La clandestinidad no justifica que una célula escape a ese control.

Lo correcto es que la célula discuta y proponga soluciones a los problemas del Partido, que proyecte su trabajo diario en coordinación con el resto del organización (con las demás células). Sólo en este marco se podrá decir que la militancia tiene la posibilidad de rectificar los errores organizativos y políticos del Partido y de contribuir positivamente a su constante superación. Al mismo tiempo le asegura que la militancia fije realmente la línea política, que el marco celular se convierta en el ámbito dentro del cual las bases partidistas accionen directamente sobre la organización. No debe olvidarse que las células forman parte del engranaje de una descomunal maquinaria. A la célula no le está permitido marchar por su cuenta y riesgo, sino en equipo, buscando el objetivo señalado por el Partido.

No pocas células no coordinan, dirigen ni controlan el trabajo de los militantes, lo que es frecuente cuando estas organizaciones están constituidas por obreros de varias fábricas o de distintos lugares de trabajo. De esta manera la labor sigue siendo individual y no se la supera con la colectiva o en equipo, que es el objetivo de la actividad celular. No puede permitirse que el trabajo político quede abandonado a la buena voluntad y fuerzas individuales de algunos camaradas entusiastas; tiene que asegurarse en gran medida su éxito gracias al trabajo coordinado de todos los miembros de la organización.

Estas células defectuosas en lugar de planificar el trabajo diario se limitan a entregar a los militantes un cúmulo de generalidades teóricas, al extremo de que los militantes revolucionarios que bien podrían activar en el seno de las masas se convierten en vulgares teorizantes, se conforman con encargar, tareas a los voluntarios para que las realicen según su mejor saber y entender. Tiene que acabarse con este individualismo, que está denunciando falta de trabajo celular, negligencia e irresponsabilidad.

Todo lo que hace un camarada interesa vivamente a la célula (es decir, al Partido), por esto su trabajo debe ser controlado e integrado como parte de un equipo, después de una amplia discusión (en esto consiste la preparación), a fin de que sea óptimo. Cuando impera el trabajo individual, está demás que la célula dé tareas a los militantes y vigile su cumplimiento, pues cada uno programa sus propias actividades y los resultados no los comunica a nadie, al menos no está obligado a ello como consecuencia del trabajo anárquico.

El centralismo democrático significa la unidad en la acción exterior como consecuencia de una amplia y minuciosa discusión interna, discusión que forma parte ineludible de una buena preparación de las actividades partidistas. Es

la célula viviente y militante la que permite la efectivización del centralismo democrático; si no funciona debidamente el organismo de base, la norma organizativa centralizada se convierte en un enunciado vacío. La discusión dentro de la célula versará sobre los problemas políticos y sobre la mejor forma de efectivizar en el exterior los acuerdos partidistas.

Este trabajo no sólo liga a la célula con el resto del Partido, sino que permite enriquecer a la organización y elevarla a un nivel superior.

## Organización de la célula

Generalmente es un militante antiguo, a veces un organizador especializado, el que define a los militantes de una fábrica o lugar de trabajo y logra organizarlos en célula. Como elemento politizado y con experiencia comenzará dirigiendo al núcleo (a veces se incurre en la ficción de nombrar a un flamante militante como dirigente, aunque en la práctica ese lugar lo ocupa el elemento antiguo) y se encargará a otro para que se haga cargo de la distribución de la propaganda, la recolección de su importe y de las cuotas. Esta dirección de la célula, en cierta medida impuesta desde arriba, tendrá duración breve, pues no bien la nueva organización comience a marchar y los militantes adquieran alguna práctica en su actividad diaria se deberá elegir mediante voto a una otra dirección.

Dentro de la concepción bolchevique, militante es el que está de acuerdo con el programa, trabaja en el seno de una célula y cotiza normalmente según sus ingresos, además de que lee y distribuye la propaganda partidista. Es en la célula donde se efectivizan estos requisitos imprescindibles.

Con demasiada frecuencia, lo que incide negativamente en el conjunto del Partido, se bautiza con el nombre de célula de militantes a grupos que no pasan de ser agrupaciones de simpatizantes o de amigos ocasionales y que están muy lejos de cumplir con los requisitos señalados más arriba, que son indispensables y primarios para definir a los militantes y para diferenciarlos de los simpatizantes. Una de las consecuencias inmediatas de este error consiste en un trabajo imperfecto, negligente e indisciplinado. Se comienza por contemporizar con las faltas cometidas y hay inclinación a no exigir mucho a elementos que inclusive recién se están definiendo por el Partido y que no saben con precisión qué es lo que busca y qué métodos emplea. No se les quiere dar muchas tareas y no se les impone un riguroso cumplimiento de los acuerdos, todo para no quebrarlos prematuramente. De esta manera el Partido se convierte en un organismo inoperante.

La célula de militantes debe observar, desde su nacimiento, una disciplina férrea (disciplina que está basada en una profunda convicción política y en la necesidad de cumplir sin demora y a plenitud los acuerdos adoptados después de una amplia discusión), acostumbrar a las minorías y a los elementos

discrepantes a someterse disciplinadamente a las decisiones mayoritarias, cada miembro debe cotizar regularmente. Si los militantes de la célula no pueden soportar este trato quiere decir que ha sido organizada muy prematuramente, antes de la debida preparación de los elementos que la conforman.

Otro error que se comete a menudo consiste en dosificar a las células nuevas las informaciones que tienen relación con la vida interna del Partido, con sus problemas vitales (a veces no se les pasan los boletines internos o bien se los fragmenta, todo para que ignoren las discusiones ásperas). Si las células tienen que decidir las cuestiones organizativas y políticas es claro que deben conocer en detalle los problemas que tienen referencia con el Partido y deben discutirlos atentamente. La discusión interna, inclusive la revisión de las discusiones anteriores, es una valiosa escuela para lograr la superación de los militantes. Si se exceptúan las cuestiones conspirativas, cuyo conocimiento está reservado a los grupos especializados y a quienes deben ejecutarlas, no puede haber nada reservado para las células. Por otra parte, los militantes tienen que aprender que no existe un partido político viviente sin problemas y dificultades internas y que para nosotros la democracia interna está lejos de constituir sólo un enunciado para la exportación, que en la vida diaria sabemos cumplirla y soportar sus consecuencias. Constituye punto aparte el hecho de que corresponde a la dirección de la célula dirigir y sistematizar el estudio y discusión de los boletines (exposición esquemática de su contenido en relación con toda la disputa, por ejemplo), documentos y demás proposiciones que tienen concomitancia con la vida interna partidista y con los problemas políticos en debate.

La célula se vincula con la dirección inmediatamente superior a través de su dirección (o del enlace designado por ésta) y le está prohibido informarse acerca del nombre y ubicación de los dirigentes y de los componentes de otras células. La coordinación del trabajo se realiza por el canal de la dirección superior.

Cuando en una fábrica, universidad, barrio, etc., existen muchas células, ellas constituirán una dirección de la fábrica, universidad o barrio, que coordine y planifique el trabajo de todas las células del sector, observando siempre la recomendación hecha más arriba. Se constituirán direcciones sectoriales, cuando el trabajo celular se amplíe.

La célula o la dirección sectorial pueden editar, con autorización de la dirección superior y bajo su vigilancia, la propaganda destinada a facilitar el trabajo del sector.

Si en una fábrica o lugar de trabajo hay sólo un militante, debe ser incluido provisionalmente en otra célula de fábrica que funcione en el lugar más próximo y se le cooperará para que ponga en pie su propia organización partidista.

Obligatoriamente los militantes adoptarán nombres de guerra, guardarán en reserva la ubicación de su domicilio y los trabajos partidistas que realizan, además de adoptar todas las medidas de seguridad pertinentes.

Para la distribución de propaganda y documentos del Partido es preferible utilizar buzones y evitar en lo posible su reparto en las reuniones celulares.

## Trabajo cotidiano de la célula

La célula tendrá, de manera indefectible, reunión o reuniones regulares cada semana, pudiendo también realizar otras en casos de emergencia. En períodos de clandestinidad, el local puede señalarse sólo momentos antes de iniciarse las reuniones. Se cita a los militantes a un determinado lugar y ahí se les indica a dónde deben trasladarse (marchando individualmente, no por parejas, tomando transporte colectivo hasta las inmediaciones, comprobando no ser seguidos, etc). Para este encuentro previo y para la misma reunión se tendrán listas coartadas para desorientar a la policía en caso necesario. Las coartadas serán preparadas por el encargado. Se informará a los militantes acerca de las salidas del local, rutas de tránsito, de colectivos, se planificará la forma de huir en caso de peligro. La regla es salvar a la mayor cantidad posible de militantes en caso de una redada. No deben realizarse reuniones en locales destinados a la impresión o almacenamiento de material propagandístico. No debe olvidarse que un militante no fichado constituye para el Partido un tesoro invaluable. La célula debe poner especial cuidado en no quemar alegremente a sus efectivos.

Está terminantemente prohibido (tanto en los trabajos legal como clandestino) comentar lo tratado en las reuniones de célula fuera de ella o divulgar los acuerdos y divergencias internas, de la misma manera que tampoco pueden discutirse los problemas partidistas al margen de la organización de base. Esto ayudará a eliminar radicalmente el comadrerío como recurso político y que nada tiene que ver con nuestros hábitos de militantes revolucionarios. El militante tiene la obligación de difundir las ideas y consignas del Partido.

En etapas de clandestinidad, los militantes están prohibidos de llevar anotaciones (en clave o no), cartas comprometedoras, libretas de apuntes, publicaciones partidistas, documentos de identidad, etc, y mucho más cuando se trata de ir a reuniones de célula. El Partido sólo guardará documentos de discusión teórica o política y este material debe ser depositado en lugar seguro y que no ofrezca sospecha alguna. En caso de enfrentarse con la policía, los militantes no identificados pueden negar su pertenencia al Partido. Con todo, la célula debe discutir, teniendo en cuenta las circunstancias políticas imperantes, la conducta a seguirse en estos casos y dar las instrucciones pertinentes.

La célula no debe ser reemplazada por las llamadas escuelas de cuadros (en realidad, dan capacitación a elementos nuevos y a simpatizantes) o con los ampliados, pese a que ofrecen menores obstáculos para su verificativo, esto porque aíslan a los militantes de la vida colectiva partidista y de los problemas político-sindicales. Las organizaciones no celulares dificultan en extremo la militancia y pueden concluir reduciéndola a cero.

La reunión de la célula, que no debe emplear muchas horas, debe dividir su tiempo para tratar las siguientes cuestiones: 1) balance del trabajo realizado por la célula entre una y otra reunión, crítica y autocrítica; 2) problemas del momento político; 3) problemas de la fábrica o lugar de trabajo y actuación en el seno de los sindicatos y de las organizaciones de masas; 4) cuestiones partidistas (trabajos sugeridos por la dirección, discusiones internas, etc); 5) capacitación teórico-política, en caso necesario pueden destinarse reuniones especiales para este punto.

Aparentemente una reunión resulta insuficiente para tratar tantas cuestiones; es posible agotar tal temario si se pone orden en las discusiones y se aprovechan debidamente los minutos, todo depende de la habilidad, experiencia y método que emplee el responsable en dirigir las discusiones.

Se dividirá el tiempo de la reunión en las cinco partes de la agenda, dando a cada una la duración adecuada conforme a los problemas y documentos en mesa. El responsable presentará el tema en un informe conciso, mostrando las facetas de la discusión. Se determinará que cada orador pueda utilizar una determinada cantidad de minutos en la primera vuelta de la discusión y menos tiempo en la segunda, después de la cual se votará para adoptar una decisión. Al final debe fijarse la tabla para la próxima reunión.

No se trata sólo de discutir los problemas de la fábrica, de la política, del Partido, etc, sino de planificar el trabajo para efectivizar los acuerdos que se adopten. El balance del trabajo de la célula permitirá señalar las deficiencias en la ejecución, los errores de los acuerdos y las fallas cometidas por los militantes en su actuación. La crítica de este balance permite evitar que los errores se repitan en el futuro. El balance es obligatorio y constituye uno de los pilares de la actividad partidista.

Deben darse tareas a todos los militantes, lo que supone el establecimiento de una división del trabajo y el comienzo de la especialización por elementales que éstas sean. Nos referimos a tareas en el trabajo material, en el político y en el de capacitación. Militante no es aquel que se limita a asistir a las reuniones (es claro que debe hacerlo con toda puntualidad), sino el que participa en el trabajo en equipo. Hay que luchar en todo momento contra la tendencia de algunos camaradas de concentrar en sus manos todas las tareas y dejar al resto de la militancia sin nada que hacer, sin interesarse en la vida y problemas del Partido. Cuanto más se afine la división del trabajo y se aproveche todas las aptitudes de los militantes, aquel será mejor ejecutado

y con mucho ahorro de energías y de tiempo.

No distribuir las tareas es la mejor forma de marginar a los militantes de la vida partidista, obligarles a aburrirse y a concluir que no tiene sentido la militancia: se los ha quebrado por falta de actividad y de entusiasmo por el trabajo colectivo. No se trata de inventar incesantemente tareas sin sentido, éstas son numerosas si se tiene en cuenta que se busca un trabajo perfeccionado de la célula: ampliar la militancia, aumentar la difusión del periódico, copiar y editar documentos, realizar campañas económicas y de otro tipo, lograr informaciones político-sindicales, cumplir trabajos especiales, etc. El trabajo diario (dedicar Partido algunas horas de manera regular todos los días) mantiene vivo el interés y liga al militante estrechamente a la organización. El trabajo colectivo partidista está compuesto de tareas pequeñas ejecutadas con precisión por los militantes.

Una célula de fábrica o de un curso de la universidad es relativamente homogénea por lo menos por la uniformidad de intereses y preocupaciones de sus componentes, lo que no ocurre tratándose de un conglomerado de elementos de diferentes ocupaciones y que pertenecen a diversas estrazas sociales (excepcionalmente hay células que corresponden a tal conglomerado); sin embargo, resulta casi inevitable afrontar el problema del desnivel, en diferente grado, que presentan los militantes en su capacitación político-teórica y hasta en su cultura.

Dos recomendaciones pueden hacerse al respecto: 1) en lo posible deben formarse células con elementos de la misma ocupación, si esto no fuera posible no deben descuidarse los problemas de los sectores de ninguno de los militantes y 2) se hará esfuerzos para elevar el nivel político-doctrinal de los más atrasados, dándoles cursos especiales.

Una célula que indefinidamente permanece con el mismo número de militantes o que, en lugar de crecer, va perdiendo paulatinamente a sus miembros, hasta que llega un día, en que deja de funcionar, quiere decir que desde sus inicios llevó un germen maligno que la fue destruyendo internamente. Se ha esclerosado por no haberse dado, desde el primer momento, el objetivo de crecer, de ensanchar el ámbito de la influencia partidista, los militantes que se conforman con reunirse monótonamente una vez por semana, mirándose las caras siempre las mismas, tienen muy poco que ver con la actividad revolucionaria. Este vicio debe ser enérgicamente combatido.

La célula debe, en todas sus reuniones, planificar su crecimiento y realizar una descarnada autocrítica de lo obtenido y de los fracasos en este terreno. La célula atenderá la formación de grupos y otras células de militantes y simpatizantes, intervendrá en las organizaciones paralelas y participará en el nacimiento y primeros pasos de las células nuevas. Buscamos que una célula dé origen a otras tantas cuantos militantes tenga, es decir, que se convierta en célula madre y que, por algún tiempo, funcione como dirección de un grupo



de células. Esta actividad tienen que aprender los militantes y ser entrenados para cumplirla debidamente.

Sin pérdida de tiempo se detectarán a los elementos con más condiciones para trabajos de organización y otras actividades especiales, en este último caso será la dirección superior la encargada de agrupar y darles adecuada capacitación. Tratándose de la formación de organizadores, la célula les proporcionará una educación adecuada para que se superen, educación que debe combinarse, inexcusablemente, con trabajos prácticos de organización.

## Trabajo con el periódico

El periódico -portantísimo propagandista, agitador y organizador- constituye el instrumento más valioso que tiene la militancia en su trabajo diario con miras a ensanchar la organización y la influencia política del Partido, a agrupar a la militancia y a elevar su nivel político y teórico. Mas, esto se convierte en una frase sin contenido si la célula no hace un trabajo o colectivo adecuado con el periódico.

En la elaboración del periódico la célula tiene una ingerencia importante y decisiva; en su seno se concentran las informaciones sobre la vida y trabajo de los obreros, de las organizaciones sindicales y populares y sobre las reacciones de la clase frente a los diversos problemas políticos. Estas informaciones serán debidamente elaboradas y luego transmitidas al comité de redacción del periódico. Las discusiones y acuerdos políticos pueden traducirse en artículos y notas periodísticas. Todo este trabajo es colectivo y para la confección de los artículos puede procederse del siguiente modo: después de tomarse nota de los puntos en los que esté de acuerdo la célula y que se consideren dignos de ser conocidos por la militancia y los trabajadores, se designará a un militante para que pueda traducir las conclusiones en una nota.

Pueden o no los miembros de la célula participar en la impresión (tarea a cargo de un grupo especializado), pero su distribución es una de las tareas propias de la célula, que estudiará de manera permanente la forma de ensanchar la influencia del periódico. Se trata de un trabajo colectivo, cuidadosamente planificado y controlado por la dirección. No se puede olvidar que el Partido tiene interés primordial en llegar al grueso de los trabajadores y particularmente de las empresas que considere claves por su importancia económica y en el plano político. La cuestión no se reduce a vender por vender, sino a que la difusión creciente del periódico vaya acompañada del crecimiento de la militancia. El elemento que vende el periódico cambia ideas y discute con los trabajadores (en períodos de clandestinidad el reparto se hará observando una serie de precauciones: entrega sólo a elementos de confianza, hacer llegar a otros obreros sin identificarse, creación de una vastísima red con este objeto, etc). El militante informará a su célula sobre los sectores en que se difunde el periódico, con qué éxito y cuáles las reacciones de los lectores.



Para que este trabajo sea eficiente es necesario que el militante sepa qué contiene el periódico y esté debidamente entrenado para difundir sus ideas centrales. En la célula, el encarga presentará un resumen de los artículos políticos fundamentales, que serán debidamente comentados y también criticados. Por su parte, los militantes que deben realizar un trabajo de penetración en ciertos medios leerán íntegramente los artículos y los comentarios (también las noticias) que se relacionan con los obreros con quienes deben entrevistarse. La crítica al periódico se refiere al contenido y forma.

La célula hará conocer al comité de redacción el resultado de toda esta labor, abriéndose así un fructífero diálogo.

Corresponde a la célula contribuir de modo decisivo al financiamiento del periódico. Recolectará el importe de las ventas, remitiendo a la dirección su importe en los plazos fijados y no cuando se les ocurra. Buscará suscriptores y cotizantes. Los militantes procurarán vender la mayor cantidad de ejemplares a precio solidario. Se debe enseñar que la malversación o no entrega puntual de los dineros del periódico constituye un delito drásticamente castigado por los estatutos.

El foquismo considera que la dirección (y a través de ella alguien que está fuera de la organización) debe recaudar dineros y financiar todas las actividades partidistas y entre ellas la de propaganda (así puede recaudarse sólo lo que se requiera por el periódico o bien regalarlo, retener por cualquier tiempo el importe de las ventas, malversarlo, etc.). En la organización bolchevique es la militancia (la célula) la que financia las actividades partidistas, se puede decir que una de las tareas organizativas consiste en que el Partido se autofinancie, lo que también es valioso para el periódico. No en vano en los Estatutos se coloca entre las condiciones para ser militante la de cotizar normalmente. El pago puntual de las cuotas y el esfuerzo por financiar las publicaciones constituyen un índice del grado de politización y madurez de la militancia. Un partido que no autofinancia sus gastos no merece el nombre de tal.

La recolección del cien por cien del importe de la venta del periódico es una necesidad imperiosa porque así se ayuda materialmente para que pueda seguir imprimiéndose y lo es también el conseguir mayor número de compradores a precio solidario y cotizantes. Este trabajo en los medios obreros adquiere enorme significación política. El que adquiere nuestras publicaciones a precio elevado ya se está identificando con nosotros.

Parecería que todo esto no es más que un esquematismo con intenciones disciplinarias, en verdad es algo más, se trata de posibilitar la regular aparición de las publicaciones (regularidad que es una condición de su éxito y del crecimiento de su influencia). La devolución regular del total del importe del periódico forma parte del trabajo colectivo; se reúne centavo tras centavo hasta lograr un monto considerable para poner en marcha todo

el aparato de publicaciones, superando así la natural escasez de recursos económicos de un Partido formado por obreros y por gentes empobrecidas de la clase media. Si, por ejemplo se precisa gastar 1.000 \$b/mes para adquirir materiales indispensables destinados a la propaganda y el Partido sólo cuenta con 330 \$b, es claro que será preciso que esta suma ingrese tres veces a la circulación; todo atraso en la devolución del importe de las ventas del periódico perjudica seriamente el logro de este objetivo y puede concluir paralizando las publicaciones. Es, pues, inadmisibles el criterio de pagar cuando se pueda o algún día. Algunos camaradas, acaso sin darse cuenta, boycotean una de las actividades principales del Partido.

Lo que se dice para el periódico tiene también validez para el resto de las publicaciones (revistas, libros, folletos, etc).

### Crítica y autocrítica

La célula y los militantes deben informar por escrito la forma en que cumplieron las tareas que les fueron encomendadas. Estos informes (que son obligatorios) servirán de base para el balance que debe realizarse indefectiblemente después de cada actuación. El resultado de estos análisis se hará conocer a la dirección superior.

Este trabajo de control colectivo sobre las actuaciones de los militantes y de la célula es requisito indispensable para hacer posible su constante superación y para asimilar críticamente todas las enseñanzas y señalar con claridad los errores cometidos, a fin de que no vuelvan a repetirse en el futuro. Los logros del trabajo en equipo deben pasar a ser patrimonio del Partido en su conjunto, a esa finalidad obedece la crítica y autocrítica en el seno de las células.

Se ha constatado que estas normas no se observan en las células, particularmente en las nuevas. Algunos se conforman con la realización de las tareas y nadie se pregunta cómo se cumplieron, qué éxitos se lograron y en qué errores se incurrió. De esta manera se repetirán indefinidamente las mismas experiencias y los mismos equívocos, sin aportar nada para el enriquecimiento del Partido. Al mismo tiempo, tampoco se sabe con exactitud en qué proporción avanza la organización y se expande su influencia política. Este trabajo típicamente aislado y extraño al Partido es perjudicial en extremo. La base del trabajo colectivo radica en la permanente comunicación de las experiencias, en la coordinación de los movimientos y en sus análisis en el marco partidista, lo que resultaría inconcebible si en la célula no se comenzase a criticar y autocriticarse por todo lo hecho y lo omitido. El proceso de la crítica (la autocrítica es sólo una de sus exteriorizaciones) no quiere decir ingresar a un período de crisis, sino utilizar un recurso que permite marchar hacia adelante que es algo normal en la vida partidista y una forma de educación de los militantes.

En resumen: la información de toda tarea cumplida o no es obligatoria y con ella comienza la crítica y la autocrítica. Ningún camarada puede tomar a mal o tener miedo a la crítica, debe ser educado en la certidumbre que toda su actividad será constantemente analizada por su célula.

La crítica -y también la autocrítica- constituyen medios que permiten la superación organizativa. Pero, tampoco la crítica es un pasatiempo, se la utiliza para descubrir la raíz de los errores y deficiencias -no únicamente para señalarlos-, para de esta manera preparar a la militancia para que no vuelva a cometerlos. La autocrítica precisa una gran evolución política y la convicción de que el trabajo de los militantes y de las células forma parte de un trabajo colectivo superior.

La existencia de boletines internos en el Partido, emitidos toda vez que surgen discrepancias o cuando es necesario proporcionar determinadas informaciones que no deben ser de conocimiento público, es la expresión elevada de esta necesidad de permanente crítica y autocrítica y nos ayuda a explicarnos por qué se les debe dar tanta importancia y estudiarlos cuidadosamente en el seno de la célula, que es un estudio y una crítica realizados colectivamente.

Sin crítica no podríamos estructurar un fuerte y viviente Partido y, por tanto, tampoco células vigorosas. Los militantes tienen el derecho y hasta la obligación de criticar la actividad de su célula y de la dirección, pues así se efectiviza el control colectivo de la militancia sobre el Partido.

La crítica y autocrítica son actividades estrictamente internas(forman parte integrante del centralismo democrático) y las discrepancias no deben salir al exterior:, pues en este plano la actuación del Partido debe ser indiscutiblemente unitaria.

## La capacitación

El encargado de la célula al presentar reunión tras reunión un resumen de los acontecimientos políticos nacionales e internacionales, de los problemas del Partido y de los artículos fundamentales del periódico, está contribuyendo a elevar políticamente a la militancia, proceso que se fortalece con las discusiones internas; pero, para que la politización se eleve a niveles superiores se precisa una adecuada capacitación, que los militantes manejen debidamente el método marxista, lo que ciertamente es un aprendizaje para el que el Partido ofrece abundante material. El estudio colectivo (en el seno de la célula) tiene enormes ventajas para lograr el rápido avance, pues permite la mutua comunicación de los conocimientos y experiencias de los militantes, este estudio colectivo debe complementarse con la autoeducación, con las lecturas individuales.

El itinerario de los comienzos de la capacitación teórica puede ser el siguiente: elementos de la teoría marxista (en el tema de la dialéctica, más que memorizar sus leyes, se debe procurar enseñar a los camaradas a pensar y analizar dialécticamente los fenómenos); estudio del "Manifiesto Comunista", de "Principios de Comunismo", del "AntiDuhring"; de la revolución permanente; análisis minucioso del programa del Partido, del Programa de Transición de la Cuarta Internacional; ideas sobre la historia social boliviana (documentos básicos del movimiento obrero) y sobre la trayectoria y programas de los partidos políticos; cuestiones de organización; líneas generales de la historia del POR y del trotskismo internacional. Esto para las etapas iniciales, luego se estudiarán temas especiales.

En la célula se seleccionarán a los militantes mejor dotados para las tareas organizativas y el cumplimiento de funciones de cuadros medios, que constituyen el verdadero esqueleto y están ubicados entre la dirección superior y los encargados de células. No podría haber verdadero trabajo del Partido sin la existencia de cuadros medios; la célula tiene, entre otras, la tarea de seleccionarlos y comenzar a formarlos. A estos elementos se les dará una educación especial y superior y en el menor tiempo posible, preparándolos así para que asistan a las escuelas de cuadros, donde en cada período se analizan con detenimiento uno o dos temas. Los cuadros medios están sometidos a una disciplina extremadamente severa, desde el momento en que a medida que los militantes son más antiguos o llegan a cargos de dirección deben servir de ejemplo al resto de la militancia (este ejemplo es también una forma de educación), deben llegar a las reuniones con algunos minutos de anticipación y cumplir las tareas de la manera más perfecta posible.

Junto a la capacitación y bajo el control de las instancias superiores de dirección se dará a la militancia enseñanza especializada con miras al trabajo conspirativo.

## La célula de fábrica

Se ha indicado que la célula de fábrica constituye el verdadero cimiento organizativo del Partido, pero esto no quiere decir que aparezcan células en las fábricas desde el primer momento o al conjuro de nuestro llamado; el excesivo atraso del movimiento obrero, la influencia decisiva del stalinismo o del nacionalismo, etc., pueden impedir que así suceda.

Al no contarse con el suficiente número de militantes y dada la particular estructura de clase del país, puede comenzar el trabajo en los sectores de la clase media (células de barrio) o en las universidades.

Lo correcto consiste en no despreciar ese trabajo, en realizarlo a plenitud y orientar oportunamente a todo ese conjunto de células hacia el trabajo partidista en las fábricas. La dirección detectará a qué fábricas se debe

volcar todos los esfuerzos, a fin de que sean bloqueadas por las células por determinado tiempo (envío de propaganda masiva, venta del periódico en la puerta o proximidades de la fábrica o a mano en caso de clandestinidad), para que los militantes y grupos especializados cumplan la misión de captar simpatizantes gracias a la campaña persona a persona.

En nuestras fábricas, inclusive en los períodos de mayor legalidad, impera un régimen policial impuesto por la patronal, lo que obliga a cuidar doblemente a los militantes y contactos obreros para que no sean quemados prematuramente; hay que enseñarles a contar previamente con un grupo de apoyo o una célula antes de que se lancen a la lucha abierta, a no revelar su filiación política, a esconderse en el seno de las organizaciones paralelas, etc. Por estas consideraciones, las células de otros sectores sociales cumplen la valiosa tarea de auxiliares en el trabajo de las fábricas, ellas se encargan de las labores más riesgosas y comprometedoras (difusión de la propaganda, por ejemplo).

## Educación del militante

Los foquistas creen que el militante profesional viene al Partido desde el exterior o que el dirigente es un genio que aparece por generación espontánea, los bolcheviques sostenemos que se forja en el seno de la célula y en la vida diaria del Partido, que es un producto del trabajo colectivo.

El militante profesional dedica lo más valioso de sus energías y de su tiempo a la actividad partidista y revolucionaria, no es precisamente un funcionario; puede o no recibir ayuda económica, esto es secundario, pues se da el caso de que también contribuye económicamente a la organización.

No pocos militantes profesionales llevan una existencia doble: una clandestina de revolucionarios y otra legal de técnicos, altos funcionarios, profesores, etc. La célula busca que sus miembros alcancen la profesionalidad, para los que la actividad partidista es la razón de su existencia; los educa y especializa para la actividad conspirativa.

La célula no se limita a proporcionar conocimientos teóricos a sus miembros, sino que los transforma profundamente hasta convertirlos en revolucionarios. Los obreros aprenden a generalizar los problemas, a ver más allá de los muros de la fábrica, a ligar sus reivindicaciones con el movimiento revolucionario nacional e internacional. En la célula vencen las limitaciones mentales que les impone su misma forma de trabajo diario, aprenden a manejar la teoría.

Los militantes venidos de la pequeña-burguesía tienen que romper los vínculos con su clase, transformar sus hábitos de vida, desprenderse de su egoísmo e individualismo típicos, para proletarizarse en la medida en que se identifican con los intereses históricos de la clase obrera y aprender a vivir con sencillez,

desprendimiento, cumplir tareas anónimas y materiales, someterse a una severa disciplina.

La lucha contra los prejuicios y hábitos pequeño-burgueses es importante y debe realizarse todos los días, pues existe la tendencia a que los militantes que vienen de otras clases sociales extrañas al proletariado, que traen sus hábitos propios, pretendan imponerlos dentro de la organización partidista. La experiencia enseña que los pequeño-burgueses no totalmente asimilados al programa revolucionario y a la forma de vida del Partido constituyen el flanco débil en toda crisis de importancia en el proceso revolucionario; el enemigo puede romper por ese eslabón carcomido.

La célula en su trabajo de educación no debe perder de vista que su finalidad es forjar revolucionarios y que paulatinamente en su seno debe desaparecer la diferenciación entre obreros e intelectuales.

En el Partido no existe la división entre los equipos destinados a pensar y dirigir, como pretenden los ultraizquierdistas, y la masa gris de la militancia condenada por toda la eternidad a obedecer y callar. Todo militante tiene abiertas las puertas para llegar hasta los cargos más elevados de dirección, con el único requisito de demostrar capacidad y devoción en el trabajo. Con esto no se quiere insinuar que el primer jovenzuelo que asome por la célula puede ya ser miembro del Comité Central, antes tendrá que asimilar el programa, capacitarse debidamente hasta convertirse en revolucionario y proletarizarse de manera total al soldarse con la estrategia de la clase obrera.

Lo anterior supone que los militantes, particularmente los obreros, deben aprender a manejar los instrumentos teóricos, pues de otra manera no podrán dirigir las luchas políticas. La célula debe enseñar a los militantes a pensar con su propia cabeza, a estudiar sistemáticamente y a resolver por si mismos los problemas más difíciles que puedan presentarse, lo que no implica que deban inclinarse al trabajo individual, sino que actuando en equipo sabrán dar respuesta a todos los requerimientos de la lucha diaria, a tener sus ideas que concuerden con el programa y a defenderlas

# MANUAL DEL ORGANIZADOR

(Hacia un poderoso Partido)

## I

### Organización y cambio de la situación política

a) Volvemos a repetir que en la vida política, la organización es el aspecto más conservador; pues constituye la forma que puede permitir la materialización de la idea política. La permanente lucha en la que está empeñado el Partido no es otra que la de ajustar su estructura y funcionamiento a las respuestas estratégicas y tácticas que da a la cambiante situación política. Existe el peligro de que algunos, partiendo del anterior enunciado, minimicen las deficiencias organizativas y se consuelen con la especie de que siendo la organización un aspecto conservador de la vida partidista no es preciso luchar por su superación. Tiene que precisarse que la evolución organizativa muestra cierto retardo con referencia a la gran velocidad con la que se operan los ajustes en el plano de las ideas. Pese a todo, este mismo ajuste viene solamente después de las modificaciones de la situación política.

Corresponde al militante revolucionario (a las organizaciones partidistas) esmerarse por encontrar los medios que permitan a cortar la distancia que existe y que tiende a ensancharse más y más, entre la marcha de la evolución organizativa y los cambios veloces de la situación política.

Los ajustes rápidos que se operan en la línea estratégica y táctica estén determinados por las modificaciones que sufre constantemente la situación política y que se presentan como virajes en el curso de la historia.

Es la idea política (programa) la que determina la naturaleza y límites de la organización y no a la inversa. Con todo, entre ambas existe una interrelación dialéctica. La organización, subordinada en último término a la idea política, reacciona, en determinadas circunstancias, sobre la línea política del Partido y puede modificarla.

Sería equivocado considerar a los problemas organizativos como algo que no merece nuestra atención y que se encuentran mecánicamente subordinados al programa. En determinadas condiciones, la lucha alrededor del programa adquiere la forma de lucha sobre aspectos organizativos.



Los ajustes organizativos no sólo que deben ser tratados con seriedad y oportunamente, sino que deben agotarse todos los medios para que se hagan rápidamente, sobre la marcha. Únicamente así podrá estructurarse un Partido capaz de colocarse a la cabeza de las masas en lucha contra la opresión.

La historia internacional y boliviana nos ofrece innumerables ejemplos de la pesadez con la que la organización ajusta su línea a los cambios bruscos que se operan en la situación política. Se tiene la impresión de que el Partido se empeñase en vivir únicamente de sus recuerdos; quiere imponer a la realidad viejos esquemas y normas organizativas obsoletas. Esta es la razón que explica por qué algunos partidos políticos que pasaron toda su existencia hablando y especulando acerca de la revolución no la perciben cuando ésta llega; la historia pasa de largo ante ellos.

Una cosa igual puede ocurrir en el campo organizativo. Un Partido que escribe en su programa que le corresponde acaudillar a las masas en la revolución liberadora; que únicamente espera la ola de ascenso de los explotados para demostrar sus condiciones de dirección política, puede acabar totalmente aislado, después de que los obreros radicalizados han pasado delante de él. Los errores organizativos, además de los políticos, pueden conducir a situación tan desastrosa. Una política acertada exige la correspondiente forma organizativa.

b) El paso de la clandestinidad y del período de depresión de las masas a otro de aflojamiento de las medidas represivas y de iniciación del ascenso revolucionario, exige que se operen ajustes organizativos inmediatos. Se está operando un cambio en la situación política y corresponde poner en vigencia adecuadas líneas tanto políticas como organizativas, si no se quiere que las masas en proceso de radicalización sobrepasen al Partido y éste se convierta en una secta inoperante.

Lo que está sucediendo a fines de 1977 ilustra lo anterior. Hay un evidente cambio de la situación política, determinado porque tanto las masas como el gobierno (representante de los sectores burgueses más reaccionarios y no del militarismo en abstracto, como sostienen algunos), cada uno a su modo y buscando objetivos que difieren, presionan poderosamente para imponer la vigencia de normas democráticas. Demás está decir que el hecho decisivo constituye el inicio indiscutible del ascenso de las masas y la perspectiva de que éstas irán ganando posiciones siempre más avanzadas, sin que lo dicho importe que sigan una línea recta, de la que deban excluirse los avances y los retrocesos. Sin embargo de que el Partido ha analizado el proceso con detenimiento y de manera acertada en sus grandes líneas, no se ha operado aún un coherente viraje en materia organizativa, que le permita garantizar su puesto de dirección política de los explotados; se siguen aplicando por inercia normas caducas y se lo hace mecánicamente. El viraje de la situación política nos obliga a contrastar la forma rutinaria en la que trabajan cotidianamente la militancia y también los organismos directivos, con la sorprendente actitud

de las masas y con las nada usuales modificaciones del panorama político, es decir, de la calle.

No es, pues suficiente la discusión sobre el momento político; es preciso complementarla con la discusión acerca de las profundas modificaciones organizativas que impone nueva realidad que hemos comenzado a vivir.

Esta discusión tiene que realizarse de manera colectiva por todo el Partido, desde las células hasta la dirección. El tema que está en el tapete de la actualidad es el de poner en pie una organización partidista que corresponda al vigoroso ascenso revolucionario, que sea capaz de desenvolverse con soltura y cabalidad (que sea efectiva dirección política) en la nueva situación.

Es fácil percibir que nuestros enunciados políticos pueden concluir flotando en el aire, si es que ya no lo están. Este es también el camino por el cual un partido puede convertirse en una capilla de discutidores y sin objetivo fijo, totalmente al margen de lo que dicen y hacen los explotados, al margen de la historia. Nuestra finalidad en el momento es la de ligarnos férreamente con las masas, penetraren su seno, organizarlas y dirigirlas en los combates que ya se realizan y se perfilan generosamente en el horizonte. En otras palabras, nos proponemos que nuestras ideas, cuya corrección ha sido abundantemente probada, se conviertan en fuerza material al enseñorearse en los explotados. Esta tarea, conforme enseña la historia boliviana e internacional, únicamente puede cumplirla un poderoso Partido, que no es otra cosa que la vanguardia proletaria de la clase obrera debidamente estructurada. Para poder organizar a las masas con miras a vencer en las batallas futuras, urge que los revolucionarios se organicen debidamente en el calor de la lucha de clases. En el instante que vivimos no es otra la tarea prioritaria para el Partido Obrero Revolucionario, efectivizarse como una poderosa dirección política de la nación oprimida por el imperialismo, pues esta mayoría será la protagonista de la revolución en nuestro país.

## II

### Lo que se ha hecho y lo que debemos hacer ahora

a) El Partido Obrero Revolucionario se autodefine como una minoría (vanguardia) del proletariado; en el caso boliviano se trata de la minoría de una pequeña minoría, eso es el proletariado con referencia a la población boliviana.

Sería absurdo deducir de esta justa caracterización que el POR deba esmerarse en permanecer como un pequeñísimo puñado de militantes. Algunos añaden que de esta manera se convertirá en un diminuto partido de revolucionarios superdotados. No es difícil comprobar que así se pretende encubrir la incapacidad para penetrar en el seno de las masas y para organizar a su vanguardia.

La vanguardia minoritaria precisa de una estructura celular que le permita estar presente en todas partes donde están las masas, participar en las luchas de éstas. El Partido que lucha, a través de sus militantes organizados en células, junto a los explotados, desde el seno de éstos y que puede dirigirlos, es el Partido, que dejando de ser grupo de propaganda o una secta, se convierte en organización de masas, poderoso no sólo por su gran número de militantes, sino por su férrea organización. El estado mayor de la revolución no puede menos que estructurarse de esta manera.

El Partido de masas tiene que ser numéricamente poderoso, amén de su elevada capacidad política, cuyo punto de arranque es el programa, y de su estructura celular. Numéricamente poderoso dentro de lo relativo, se entiende.

Numéricamente poderoso no sólo porque tiene que tender una red de células a lo largo y a lo ancho de las masas, convertida en el cerebro y en el sistema nervioso de éstas; sino porque el Partido revolucionario es nada menos que el marco organizativo de la vanguardia de la clase obrera y el centro aglutinados y educador de los mejores elementos de las otras clases sociales ganados para la causa revolucionaria. No olvidemos que el proletariado, por estar llamado a transformar la sociedad, asimila a la flor y nata de las clases sociales en descomposición. El canal por el que se opera este proceso (el canal fundamental) es el partido revolucionario.

El trabajo organizativo y la misma estructura interna del Partido varían según se trate de un círculo propagandístico o bien de una dirección decidida a actuar en el seno de las masas; según se trate de un período de derrota y de retroceso de las masas o bien del encrespamiento de la ola revolucionaria y que supone que los explotados imponen la vigencia de un mínimo de garantías democráticas. El movimiento de masas no puede prosperar por los canales clandestinos. Definida que sea la naturaleza de una realidad política debe procederse de inmediato al reajuste organizativo, a la adopción de los adecuados métodos de trabajo.

Esto supone que los militantes deben estar debidamente armados para poder enfrentarse con éxito a la nueva realidad. La tarea básica del militante revolucionario consiste en saber dar las respuestas adecuadas a todos los problemas que afrontan las masas en su existencia diaria (ésta es la forma concreta en que aplica y vivifica el programa del Partido y de la IV I.), en cristalizar estas respuestas en consignas precisas y que tengan capacidad de

movilización. Pero, esto no es todo, tal trabajo cotidiano le debe permitir atraer, educar y organizar a los mejores elementos de la clase. Tal es el mecanismo mediante el cual se puede estructurar un poderoso partido revolucionario en el seno de las masas y en medio de la lucha de clases.

No pocos, víctimas en realidad de los hábitos adquiridos en los cenáculos de discusión, se consuelan pensando en un poderoso Partido forjado en un laboratorio o en una biblioteca, al margen de toda contaminación perniciosa con el mundo exterior. Este curioso producto sería químicamente puro y perfecto desde el primer día del alumbramiento y acabado de una vez por todas. El marxismo y la experiencia desmienten semejante superchería. No puede olvidarse que el Partido revolucionario es la expresión de la conciencia de clase del proletariado y que se forja, educa y perfecciona en relación con los avances que hacen las masas en su lucha contra la opresión y la explotación. Es esto lo que queremos decir cuando sostenemos que el Partido revolucionario únicamente puede forjarse en el crisol de la lucha de clases.

b) La discusión alrededor de la línea política que corresponde a un determinado momento de la evolución de la conciencia de la clase obrera, así como de los métodos de trabajo y organizativos a aplicarse para hacer posible la efectivización de la línea programática, tiene que efectuarse de manera colectiva por la militancia, lo que significa que su cuadro adecuado es la célula. Es esto lo que se quiere subrayar cuando se sostiene que la línea partidista la da la militancia. Por otra parte, tal el significado del extremo en sentido de que el Partido se vincula con las masas a través de sus células, que éstas constituyen el canal adecuado para el trabajo partidista y político entre los explotados.

La fijación de la línea política y de los métodos organizativos y de trabajo a través de la discusión en las células permite que la lucha de clases, el estado de ánimo de los explotados, actúen como factores determinantes de aquella tarea. Se debe tener presente que la célula concentra, educa y organiza a los hombres de carne y hueso que conforman las masas, que son explotados y oprimidos como lo es el mismo proletariado, que todos los días se interesan y luchan por las necesidades y aspiraciones de sus compañeros de clase.

En otro lugar hablamos de que una célula viviente es aquella que da respuesta a los problemas partidistas y a los que emergen de la vida y actividad de las masas. Corresponde subrayar lo pernicioso que es la tendencia de algunas células hacia la pasividad en la vida partidista; se limitan a recibir las instrucciones de la dirección y contribuyen a dividir a los militantes en una minoría privilegiada que únicamente piensa y la mayoría que se limita a obedecer no importa qué órdenes venidas de arriba. Si no se lucha sistemáticamente contra este vicio se destruirá la capacidad creadora y la iniciativa de los militantes, que, contrariamente, deben ser despertadas, alentadas y cultivadas, desde el momento en que son parte esencial de la militancia y de la actividad política.

Están mal encaminadas las células que se limitan a leer las instrucciones de la dirección para las más de las veces archivarlas sin el homenaje de ni siquiera un comentario. Las decisiones de los organismos directivos del Partido son proposiciones que deben ser discutidas, objetadas, complementadas, etc. Este es el verdadero diálogo que abre entre los militantes del Partido, la célula y la dirección. La decisión más brillante debe ser discutida, y concretizada mediante su aplicación en la vida diaria de la célula, de la fábrica o de la universidad. La célula estudia y discute las decisiones superiores con la finalidad de armar a la militancia para que las lleve a la práctica. De esta manera la célula no abandona la tarea creadora y contribuye decisivamente en la vida partidista. Bueno, es esto lo que actualmente no hacen la mayor parte de las células.

c) La situación política adversa abierta en agosto de 1971 ha resultado fatal para casi todas las organizaciones que se reclaman de la revolución, considerada en abstracto. Como nadie ignora, los grupos ultraizquierdistas debutaron ofreciendo fórmulas organizativas milagrosas y que -decían- estaban destinadas a poner en pie partidos de masas de la noche a la mañana. Todo esto se ha desvanecido sin dejar la menor huella, al extremo de que ni los mismos creadores de las fórmulas mágicas se acuerdan ya de ellas. Casi todos los grupos han concluido pulverizados: han desaparecido como organización y como programa.

Muchos de ellos podían mostrar férreas organizaciones en coyunturas favorables, pero no pudieron resistir al choque entre su concepción política y la realidad.

Contrariamente, el POR ha soportado con éxito la prueba de los acontecimientos. Los nacionalistas y foquistas pretendieron destruirlo metiéndole una quinta columna. Al hecho consumado dimos una respuesta política y no simplemente administrativa, pues se trataba de la concepción programática y no de simples medidas organizativas, éstas apenas si encubrían las graves desviaciones políticas. Después de agotar la discusión, en la medida en que todas las ideas y los argumentos en pugna fueron expuestos con la debida amplitud, precipitamos la escisión, no sin antes haber elegido el momento propicio. La ultraizquierda batió palmas en la creencia de que el POR desaparecería. Esta extrema y no casual miopía se explica por la orientación de los petardistas. Para nosotros se trataba de ajustar política y organizativamente al Partido, para que correspondiese todavía mejor a la realidad que se vivía. Para el nacional foquismo la cuestión no era otra que la de destruir al trotskismo a fin de suplantarlo por un grupo voluntarista. El resultado está a la vista de todos: el POR ha salido de la momentánea crisis enormemente fortalecido, como programa, como organización, como cantidad y como calidad.

La victoria del POR fue la victoria de su programa, que no es remedo de ningún otro documento, tampoco el amontonamiento de citas y de síntesis de textos clásicos; ese programa parte del análisis y comprensión de la realidad boliviana y expresa los objetivos históricos de la clase obrera, que sólo podrán

materializarse a través de los métodos de la revolución proletaria. Se trata de un documento único y que sólo puede ser utilizado como herramienta liberadora por la clase obrera y su partido; nadie puede copiarlo o declamarlo, su efectivización exige el fortalecimiento del Partido revolucionario. Por su programa y por su estructura organizativa; el POR es el único partido revolucionario de Bolivia. La forma feliz en que ha soportado la prueba de los acontecimientos confirma lo que sostenemos.

Nos hemos impuesto a la persecución, a la clandestinidad, a la crisis interna; hemos salido fortalecidos del nefasto sexenio gorila, mientras que otros han desaparecido... Todo esto es cierto, pero todavía no hemos hecho la revolución proletaria, ni hemos llegado al poder (que será el arribo de la dictadura del proletariado). La gran línea política que nos conducirá a la victoria está trazada y en ella se forman los cuadros partidistas y se moldea la estructura organizativa; esa línea deberá ser, una y otra vez, ajustada conforme a los cambios de la situación política.

Una tarea mucho más considerable está ante nosotros:

transformar nuestros métodos de trabajo y de organización para actuar como Partido de masas y como dirección política de la nación oprimida que no tardará en plantearse la conquista del poder, retomando así la tendencia abierta con la Asamblea Popular.

d) El POR no es únicamente su política actual, su febril actividad del día o su organización del presente, es también su pasado, su tradición, que es la historia de la formación de su programa, de sus cuadros más importantes, de las luchas alrededor de su estructuración orgánica. En gran medida el POR es la historia de sus luchas (de sus victorias y fracasos) junto a los explotados bolivianos, porque es a través de esta historia que ha contribuido tan decisivamente a estructurar a la clase obrera boliviana.

Constituiría una actitud suicida el limitarse a cantar loas a nuestro heroico y sorprendente pasado (los que lo hacen callan los errores que hemos cometido, sobre todo porque no tienen la suficiente capacidad para superarlos en la militancia cotidiana). Esto significaría que el trotskismo se ha agotado como posibilidad de dirección revolucionaria. Si sólo miráramos al pasado seríamos un Partido sin juventud, es decir, sin porvenir, carente de la llama revolucionaria. No. Valoramos en todo lo que vale la herencia de nuestro pasado y que tan meritoriamente está sintetizada en nuestro programa. Retomamos esa herencia para actualizarla y proyectarla al mañana.

Hemos dicho que una de las funciones irremplazables del Partido consiste en que, moviéndose en el seno de la clase, asimila críticamente la experiencia de las masas y generaliza sus enseñanzas, convirtiéndose así en un elemento positivo que contribuye a dinamizar la evolución de la conciencia de las masas. Claro que no se limita a actuar como un transmisor pasivo, sino que él mismo



acumula la rica experiencia de la clase y en esta medida se enriquece como Partido. No debemos olvidar un solo instante que somos carne de la carne del proletariado y que la sangre de nuestra militancia ha corrido a torrentes mezclada con la sangre de la clase.

Una línea política justa y una vigorosa organización deben permitirnos utilizar la herencia del pasado como palanca que nos permita convertirnos en una real dirección de las masas hoy y mañana.

Si observamos en perspectiva el trabajo partidista realizado durante la negra noche del gorilismo llegaremos a la conclusión de que ha sido bueno, lo que no excluye que se hubiesen cometido numerosos errores, sobre todo en materia organizativa. Ya hemos indicado que todos los días el Partido se encuentra enfrentado a dificultades inéditas que genera la cambiante y novedosa realidad. Los métodos de trabajo organizativo son las respuestas que da el Partido buscando superar las dificultades que encuentra en su marcha. Un partido que vive, que evoluciona, que crece, que penetra en las masas, nunca dejará de tener dificultades organizativas y seguramente cometerá muchos equívocos. Lo importante es tener el suficiente valor para analizar esos errores y superarlos y, al mismo tiempo, que no sean tan gruesos que empujen a abandonar la línea programática.

El mérito enorme de nuestro trabajo partidista consiste en que logramos implantar la actividad partidista en medio de amplios sectores sociales, los más perseguidos a lo largo de los últimos seis años. Los generales gorilas saben perfectamente quiénes somos y que constituimos sus peores enemigos. Hay que tener presente que el golpe contrarrevolucionario de 1971 no fue otra cosa que una medida preventiva para impedir la conquista del poder por el proletariado a la cabeza de la nación oprimida, perspectiva que fue delineada y proyectada por el POR.

El gorilismo tiene suficientes razones para pugnar por arrancarnos del seno de las masas. Toda su llamada política social y sindical está animada por el interés de excluir de los centros de trabajo a los "activistas del extremismo". Los militantes poristas han sido catalogados como los más peligrosos "extremistas". Pese a la sistemática e ininterrumpida represión desencadenada contra el Partido, esa extirpación no ha logrado éxito; en ningún momento hemos dejado de trabajar en el país y en los medios obreros y estudiantiles. Este sacrificado y habilidoso activismo nos permitió seguir batallando junto a los explotados contra el gorilismo y el imperialismo y abrió la posibilidad de que podamos emerger de la represión como la dirección política probada de las masas.

La dirección del Partido señaló oportunamente esta perspectiva y se volcó íntegra a materializarla. También en esta oportunidad fue preciso introducir profundas rectificaciones en la organización: adaptarla para la actividad clandestina. La batalla central estuvo orientada a impedir que las reiteradas



batidas policiales acabasen con la organización y extirpasen de raíz la presencia partidista en los medios obreros. Hubo necesidad de reconstruir una y otra vez a las organizaciones regionales, perfeccionando más y más los métodos de trabajo clandestinos. La represión se descargó despiadada sobre los cuadros de dirección, que se explica porque realizaban una actividad intensísima, pero los equipos fueron siempre rápidamente reconstruidos. Se puede decir que en ningún momento el POR estuvo sin dirección. La clandestinidad obliga a los CC. RR., a las direcciones celulares, a trabajar en un relativo aislamiento, a resolver por sí solos los múltiples problemas que se presentan a diario, lo que permite que afloren cuadros nuevos de dirección.

La regularidad y ampliación de la prensa partidista en la clandestinidad ha sido el hecho más sorprendente. Cuando un Partido no tiene más remedio que moverse en la ilegalidad, la prensa se agiganta como medio de expresión y como vehículo capaz de ponerle en comunicación con las masas. No sólo cumple la función de organizador por excelencia, sino de orientador inclusive de la misma militancia perseguida.

La lucha clandestina lleva aparejadas consecuencias que en el primer momento no aparecen como perjudiciales y que sólo más tarde, cuando se opera el cambio de la situación política, se comprueba que tienden a convertirse en serios obstáculos opuestos al trabajo partidista. Esas consecuencias son:

1. Un relativo e inevitable aislamiento de la organización con relación a las masas; éstas, en los momentos de mayor profundidad de su retroceso reniegan de la política y de los políticos y pugnan por rechazarlos. Consecuentemente, la captación de nuevos militantes se hace por unidades y muy lentamente. Ganar un militante se convierte en una tarea delicada y necesariamente larga, fenómeno que se acentúa por la obligada desconfianza frente al mundo exterior del Partido, como respuesta a la sañuda persecución policial. Todo esto genera normas organizativas necesarias en la clandestinidad y que se tornan perjudiciales en otra situación, la organización tiende a aferrarse a ellas cuando ya se inicia el nuevo ascenso revolucionario, lo que conspira contra el porvenir partidista.
2. Un cierto retraimiento de la actuación abierta frente a las masas. La necesidad de cuidar la integridad física del Partido obliga a cuidar de que se quemen gran número de militantes. La orientación partidista llega al grueso de los explotados de una manera indirecta. Si en una otra situación política se persistiese en esta modalidad de trabajo se tendría como consecuencia el agigantamiento de las dificultades para que el Partido pudiese efectivizarse como dirección de las masas.
3. El trabajo partidista de propaganda y proselitismo se ve necesariamente disminuido. El grueso de las masas deja de ser el auditorio natural de la prédica partidista. Se habla para grupos limitados de la vanguardia, el aparato organizativo es ajustado para mostrar eficacia en este particular tipo de

trabajo, que, sin embargo, se torna ineficiente y perjudicial cuando se trata de volver a dirigirse al grueso de las masas.

e) El exitoso trabajo partidista durante la clandestinidad y bajo la sañuda persecución ha servido para sentar requisitos que puedan convertirnos en una poderosa organización, en la real dirección de las masas, que puedan permitirnos un multitudinario crecimiento, todo esto en el período de ascenso revolucionario.

Lo anterior, que es totalmente correcto, no tiene que interpretarse como si el éxito en la nueva situación deba darse indefectiblemente, no importando cómo se actúe ni qué métodos organizativos se apliquen. Muchos camaradas dan una respuesta equivocada a la caracterización que hace el Partido acerca de la importancia de su trabajo realizado en la víspera: se limitan a esperar pasivamente que hasta ellos venga la victoria.

La actitud correcta que debe asumirse es diferente: hay que trabajar para que las posibilidades de convertirnos rápidamente en dirección de las masas, consecuencia de la actividad desarrollada durante la clandestinidad, se transformen en realidad.

La línea política que hace el balance del trabajo pasado y que señala el cambio de la situación que se está operando, es correcta. En este plano la cuestión no es introducir enmiendas radicales, sino realizar precisiones conforme al desarrollo de la situación que se transforma. Se puede decir que la dirección y la militancia deben estudiar cada recodo que se presente en un camino ya trazado, a fin de introducir los ajustes necesarios a la gran perspectiva señalada. Hay que decir que todo lo previsto por el POR se está cumpliendo, lo que viene a confirmar la validez de su análisis.

Lo que está en discusión es la urgencia inaplazable de introducir profundas reformas organizativas. Hay que reacondicionar el aparato partidista y los métodos de trabajo que permitan sacar todas las ventajas y frutos de la gran labor realizada bajo la clandestinidad.

### III

## Los cuadros partidistas

a) Han sido anotadas las razones por la cuales la cuestión organizativa cobra ahora preeminencia. La materialización de nuestra línea política depende del éxito que tengamos en el reajuste de la estructura organizativa del Partido y en la modificación de sus métodos de trabajo. Ha llegado el momento de desechar todas las viejas normas y adoptar las que correspondan a la nueva situación política.

Si no se operan con toda oportunidad las transformaciones organizativas podría ocurrir que el POR no logre captar una gran masa de nuevos militantes, pese a que existen condiciones para que esto suceda. Defectos en el trabajo diario y la falta de la necesaria estructura para la captación de la nueva militancia podrían determinar que las masas pasen por delante del trotskismo sin verlo. Una de las pesadas cargas que hemos heredado de la víspera consiste en que nuestro puesto como dirección de los explotados aparece vacío. La irrupción vigorosa de otros grupos en el escenario, contando con algunas facilidades aunque sin la herencia de un buen trabajo en el pasado, podría dar lugar a que se creen polos de atracción de las masas extraños al trotskismo.

Si las masas pasan de largo frente a nosotros se abriría un período de aislamiento del POR, que bien puede traducirse en futuros errores políticos. Los equívocos cometidos en el trabajo diario y la falta de coraje para echar por la borda las formas organizativas ya agotadas y superadas pueden conducirnos a tan lamentable estado de cosas.

Dicho de manera sintética: el cambio de la situación política que se está operando nos obliga a introducir profundas modificaciones organizativas, si no se quiere desperdiciar las condiciones favorables que tenemos para colocarnos a la cabeza de los explotados.

b) Hay que precisar en cuáles de los métodos de trabajo deben introducirse inmediatas modificaciones. El propio desarrollo veloz del proceso político impone determinadas prioridades. Tampoco tratándose de las rectificaciones organizativas se puede proceder de una manera abstracta.

La forma de edición de la propaganda, por el momento, tendrá que seguir siendo la misma. Las circunstancias imperantes no nos permiten abandonar las formas de impresión que nos fueron impuestas por la ilegalidad. Sin embargo, corresponde preparar las condiciones que nos permitan en el futuro próximo pasar a la propaganda masiva y legal. Únicamente a los ultraizquierdistas incurables se les puede ocurrir deificar la clandestinidad, aunque es decisión del Partido, emergente de su naturaleza organizativa, mantener un aparato propagandístico ilegal junto al legal que debe crearse.

Las transformaciones más radicales e inmediatas deben operarse en el plano de la actitud de la militancia frente a las masas que se incorporan a la lucha y en los métodos de captación de los nuevos militantes.

Las masas en pie de combate, incorporadas al ascenso revolucionario, van imponiendo la vigencia de las garantías democráticas y, en este aspecto, arrancan concesiones siempre crecientes. La vigilancia policial y el fichaje de los activistas no cesarán del todo e inclusive pueden acentuarse, lo que impone la adopción de medidas que permitan la defensa de los militantes; sin embargo, las acciones multitudinarias concluyen anulando la capacidad represiva de la policía.

La movilización de las masas impone la necesidad de que los militantes actúen directa y más abiertamente ante ellas, que es todo lo contrario de la clandestinidad, que importa el abandono de las reglas que deben observarse dentro de la ilegalidad y la adopción de otras que puedan facilitar el contacto inmediato con vastos sectores sociales. Las células y los organismos de dirección deben preparar colectivamente (esta característica de trabajo colectivo es fundamental) su actividad en el seno de las masas, ésta es la forma de armar debidamente a la militancia para su actuación, que debe concebirse y ejecutarse no como una acción individual, sino en equipo. Esta preparación sería defectuosa e inclusive inconcebible si los dirigentes persistiesen en mantener artificialmente las restricciones de la democracia interna. La ilegalidad obliga a limitar ciertos derechos de la militancia y a acentuar las atribuciones de los dirigentes; todo esto se traduce en una tendencia hacia el verticalismo en la vida partidista, que al convertirse en hábito predominante puede tener consecuencias nefastas y destructivas.

La actuación cada vez más abierta en el seno de las masas debe ir acompañada del necesario ensanchamiento de la democracia interna, que permitirá que los militantes intervengan de manera efectiva en la preparación del trabajo diario. En otras palabras, se tiene que acabar con el verticalismo. Llegado es el momento de proceder a la elección de todas las direcciones.

Las propias células alientan el verticalismo, tan caro a ciertas capas de dirigentes, al recibir pasivamente las órdenes venidas de arriba. Esta actitud tiene que ser sustituida por la preparación colectiva de las actuaciones.

El verticalismo se traduce, casi siempre, en la tendencia hacia el trabajo individual anarquizante y no en equipo. Las primeras actuaciones públicas en los medios estudiantiles han demostrado a dónde puede conducir esta tendencia. La militancia carecía inclusive de una dirección capaz de modificar sobre la marcha el sentido de las intervenciones de los camaradas. La firme defensa de la línea programática debe complementarse con una gran ductilidad táctica, que son las características que diferencian al estado mayor revolucionario.

Dos modificaciones inmediatas hay que introducir, en lo que se refiere a la captación de nueva militancia. Si en el pasado, durante el período de mayor represión, no podía concebirse más que la captación individual, que exigía un tiempo más o menos prolongado, ahora hay que pasar a la osada captación de grandes camadas de nuevos efectivos y esto en el menor tiempo posible.

El peligro que actualmente existe radica en que la extrema pesadez que demuestra la organización en la captación de militantes, en la organización de los simpatizantes, etc, nos empuja a desperdiciar las excelentes condiciones que existen para realizar un buen trabajo en este plano.

En ningún otro terreno como en el de la captación de militantes se yergue tan potente la forma de trabajo del pasado y que mediatiza todos los intentos renovadores que se hacen. Toda la estructura partidista y los hábitos heredados del pasado están vaciados en la concepción de que sólo es concebible la captación individual de militantes. Si no se modifica todo esto, y de manera extremadamente rápida, puede ocurrir que la avalancha masiva de militantes pase de largo al no encontrar poderosas redes que la contengan o bien tienda a destruir al mismo Partido al romper un anquilosado esquema celular.

c) El trabajo partidista actual que debe ser rápidamente modificado para acomodarse a la nueva situación política, tiene como columna vertebral a los cuadros medios. Sus deficiencias y virtudes son el reflejo de las deficiencias y virtudes de esos cuadros.

El cambio de los métodos de trabajo organizativo se ve obstaculizado por la carencia de cuadros o bien por su deficiente y defectuosa formación. El cambio de que hablamos es inseparable del problema de la formación de los cuadros partidistas. Si no se cuenta con los suficientes cuadros no podrán realizarse exitosamente las modificaciones organizativas que exige la nueva situación y menos pasar a la captación masiva de militantes.

Para nosotros sólo es concebible el militante organizado en la célula, esto debido a nuestros objetivos estratégicos. Hay una inter-relación entre los cuadros y la célula. Los cuadros bien formados constituyen los ejes irremplazables para el buen funcionamiento celular; a su vez, únicamente en el marco de la célula pueden formarse los cuadros. Inútilmente se ha pretendido sustituir el trabajo celular con la realización de dos o tres escuelas de cuadros, intento de sustituir la práctica diaria necesaria con la repetición de algunos textos.

Un verdadero cuadro porista es aquel que tiene la suficiente capacidad para imprimir un trabajo eficiente a la célula. Desde hace algún tiempo se exige, sin éxito, que algunas células se conviertan en modelos por su funcionamiento, a fin de que sirvan de punto de referencia a toda la militancia empeñada en superarse. Eficacia en la dirección de la célula importa eficacia en la conducción de un equipo de militantes en el seno de las masas.

Un cuadro es el militante compenetrado del programa del POR., que supone conocimiento del "Manifiesto Comunista", fundamento básico de todo el trabajo revolucionario, de los documentos de los cuatro primeros congresos de la IC, de las ideas-ejes que animaron a la Oposición de Izquierda, del Programa de Transición de la IV Internacional.

El manejo de los elementos teóricos del método marxista, debe permitir dar respuesta adecuada a los diferentes problemas de la lucha de clases. Un cuadro revolucionario debe saber pensar con su propia cabeza; resolver los problemas de la lucha de clases significa concretizar y aplicar el programa del Partido. Lo contrario importaría el total y mecánico sometimiento del

militante a la todopoderosa dirección, su casi ninguna participación en la vida partidista.

El cuadro militante es, pues, un propagandista, capaz de transmitir las ideas y consignas partidistas a las masas. Orienta la discusión y la respuesta que se debe dar a los problemas de la clase. Su capacidad teórica y política le permite cumplir esa tarea y su entrenamiento práctico le habilita para volcar en letras de molde esas respuestas y ponerlas en manos de los explotados. Es ya un publicista porque puede faccionar cuartillas e imprimirlas, al mismo tiempo que formar equipos para toda esta rica actividad.

El cuadro es el elemento clave del aparato organizativo, es un organizador por excelencia.

Los cuadros medios (direcciones regionales y celulares), con exclusión de la minoría que compone la alta dirección, son militantes que resumen en su personas a los organizadores, activistas, propagandistas e iniciados en el manejo teórico. Su formación precisa tiempo y entrenamiento práctico. Manejan los fundamentos de la política y teoría revolucionarias y saben ejecutar a perfección los trabajos prácticos; también están entrenados para transmitir a los nuevos elementos todos sus conocimientos.

La célula debe tener por lo menos un cuadro, que, repetimos, constituye su eje fundamental. Demás está decir que el cuadro es aquel que trabaja sistemáticamente no importa en qué condiciones políticas; no merece ese nombre el que activa sólo en las etapas de ascenso de las masas y abandona el trabajo cuando se precipitan períodos de depresión.

La elevación de los simpatizantes a la categoría de militantes es tarea del cuadro, actuando a través de su célula. Esto significa que sabe cómo educar a los nuevos militantes, cómo iniciarlos en la política y teoría revolucionarias.

Es el Partido, particularmente a través de la actividad celular, el que forma a los cuadros, el que les entrega los elementos básicos para su superación como militantes. Esta educación dirigida por el Partido (en la práctica diaria se hace a través de la célula) alcanza hasta el conocimiento de los elementos teóricos, la posterior evolución de los cuadros, que puede llevarles a convertirse en teóricos, será obra de la autoeducación.

El cuadro debe observar de manera severa la disciplina; tiene que ser un militante modelo. Sus faltas son castigadas con drasticidad y para él ya no habrá tolerancia como puede haberla para un novato o simpatizante. Se descuenta que el cuadro sabrá exigir de sí mismo un estricto cumplimiento de sus obligaciones antes de hacer igual exigencia de los demás.

## IV

## Captación masiva de militantes

a) El Partido se convierte en polo catalizador de las masas por la respuesta que da a una situación política determinada y por la conducta ejemplar de su militancia en la lucha diaria de los explotados. Para una agrupación sumergida en la clandestinidad se plantea el grave problema de llegar hasta amplios sectores de las masas. La actuación pública de sus propagandistas y agitadores facilitaría la tarea, pero muchas veces esto no es posible. No queda más que el recurso de un considerable aumento de la difusión de la propaganda partidista, lo que siempre puede hacerse. No será suficiente intensificar la circulación de mano en mano, sino que será necesario recurrir al correo, a la distribución puerta por puerta, utilizando los lugares de trabajo, descanso, comida, etc. Activistas debidamente entrenados pueden arrojar panfletos en las concentraciones, conferencias, cines, etc,

El papel impreso adquiere vida independiente de quien lo distribuye, concluye encontrando sus canales de circulación y llega hasta manos ignoradas para quienes lo faccionaron, pero se trata de un proceso sumamente lento. La militancia tiene la obligación de dinamizar en extremo esa circulación para lograr que las ideas del Partido se conviertan en centros aglutinadores de los explotados sedientos de orientación y de una consigna que sintetice sus aspiraciones y sus inquietudes.

En el momento actual, cuando todavía no hemos podido superar el aislamiento que arrastramos desde el período de estricta clandestinidad, se puede constatar que nuestras consignas y análisis políticos son casi desconocidos. Hemos podido constatar que inclusive cuando algún grupo político ha caricaturizado nuestras respuestas a los problemas nacionales ha logrado rápido éxito. Una adecuada difusión de nuestras ideas ayudaría a arrastrar a sectores considerables de las capas radicalizadas de las masas, uno de los requisitos para hacer posible la captación de gran cantidad de militantes. Están dadas las condiciones para que camadas íntegras de explotados giren alrededor del POR, si eso no ocurre es porque se realiza un trabajo defectuoso y porque no ha sido montada la estructura orgánica necesaria para esa finalidad.

Nuestros militantes están marcados por deformaciones propias de la clandestinidad. Se limitan a arrojar los panfletos sin ser vistos y nada más. Por eso no pueden decir cómo reacciona el hombre de la calle ante nuestras consignas. El grueso de la militancia porista lleva una vida casi normal y todos los días se mueve en medio de las masas, en los centros de trabajo, de enseñanza, etc; sin embargo el Partido no puede pulsar inmediatamente las reacciones nucleares que tienen lugar en el seno de los sectores multitudinarios. La militancia dirigente, empujada a una clandestinidad severa, a no abandonar



un cuartucho, es una minoría se siente totalmente aislada del país porque el resto de sus camaradas realiza un pésimo trabajo de contacto con la población.

Está bien que el panfleto (cuerpo del delito según nuestros perseguidores) llegue sigilosamente hasta los obreros; pero el trabajo del militante no acaba ahí, tiene que retomar las ideas contenidas en los impresos y discutir con los obreros alrededor de ellas y explicarlas, puede hacerlo de una manera indirecta y utilizando las formas más adecuadas.

Esta manera de trabajar con la propaganda ha sido señalada ya varias veces y todo ha quedado como un simple enunciado para ser recitado en algún cursillo de capacitación. La falla radica en que a este trabajo se lo considera como estrictamente individual, cuyo éxito depende exclusivamente de la iniciativa de cada militante. En ningún momento la célula se ha dedicado a planificarlo minuciosamente y que se traduce en la impreparación de la militancia para dicho cometido.

Se ha constatado que muchas células lo único que hacen es recibir el paquete de panfletos y arrojarlos en las fábricas o las universidades, propaganda generalmente lanzada por las direcciones regionales o nacional. Este trabajo indigno de revolucionarios, porque no media la asimilación o discusión de las consignas, puede conducir a que muchos militantes no comprendan adecuadamente el significado de la propaganda e inclusive que no estén de acuerdo con ella. Todo este tenebroso panorama se encubre con el acto mecánico de arrojar los papelitos a la calle. Los militantes así impreparados, mucho más si realizan en su medio un trabajo exclusivamente individual, concluyen convirtiéndose en correa de transmisión de la presión de los enemigos de clase, que son contrarios a la propaganda porista. Si alguien no entiende el sentido verdadero de una consigna mal puede asimilarla o defenderla. Los militantes necesitan solidez política y programática para rechazar la permanente presión negativa que sobre el POR ejercitan las diversas clases sociales.

Ni duda cabe que el mayor peso de todas estas fallas recae sobre los elementos de la dirección, que han convertido a las células en especie de mensajeras encargadas de distribuir volantes únicamente; que no enseñan a los militantes a actuar con las consignas en el seno de las masas; que no orientan el verdadero trabajo de las células y que no cuidan porque la actividad partidista se desarrolle en equipo y no individualmente, siempre persiguiendo un objetivo claramente determinado.

Hay un fenómeno que tarde en tarde se presenta en el Partido y que no ha sido debidamente estudiado y menos superado. Algunos militantes y también ciertas células sostienen la tesis de que determinadas orientaciones políticas y consignas, aunque ajustadas al programa del Partido (por tanto, justas en abstracto), no deben ser explanadas en público por no ser populares y porque al hacerlo podemos quedar aislados. Los propugnadores de dicho planteamiento

denuncian su inclinación a sumarse no importa a qué consigna a cambio de lograr una barata y comprometedora popularidad. Los aventureros suelen llamar política a esta mezcla de oportunismo y de viveza criolla. Lo lamentable y peligroso radica en que tales consignas son generalmente las enarboladas por la burguesía. Hay que decir con toda claridad que esos camaradas pueden concluir, dándose cuenta o no, alineados detrás del enemigo de clase, es decir, asumiendo posiciones contrarrevolucionarias. El miedo a la impopularidad es una manera encubierta de ceder a la presión política e ideológica de la burguesía.

La línea y consignas políticas programáticas correctas deben ser públicamente explanadas y no ocultadas o mutiladas. Otra cosa es que sean utilizadas en los planos propagandístico o agitativo, conforme a la situación política imperante. Es recomendable que las consignas sean oportunamente lanzadas y en forma que ayude a su éxito. El Partido usa el método de la paciente explicación a las masas acerca del contenido de algunas de sus conclusiones políticas, de su confrontación con el desarrollo de los acontecimientos, para vencer, precisamente, la impopularidad. Para calibrar debidamente una consigna puede realizarse un sondeo previo en el seno de las masas.

El argumento de la impopularidad es esgrimido muchas veces para encubrir el rechazo de determinada consigna, casi siempre porque no se la comprende debidamente. Quien no ha asimilado correctamente el sentido de la propaganda no puede llevarla hasta los explotados.

¿Cómo debe la militancia ser preparada para un trabajo con determinada consigna en los medios populares? Hay que comenzar señalando que la viga maestra de esta preparación sigue siendo el militante cuadro y que de un modo general debe ser elaborada por la dirección.

La célula comenzará estudiando y discutiendo un panfleto, un periódico o una consigna, esto para poner en evidencia su parte esencial (aquella que indefectiblemente debe exponerse ante los explotados, mostrando la relación que tiene con los objetivos programáticos del Partido) y de esta manera asimilarla. La cuestión no radica en que los militantes repitan al pie de la letra el texto de un suelto, sino de que sepan exponer su idea o ideas básicas.

Una vez establecida la esencia de una consigna, por ejemplo, debe estudiarse con cuidado en qué momento y circunstancias debe ser presentada a las masas; debe ser oportunamente manejada, en caso contrario nadie se dará cuenta de su existencia.

También merece un atento estudio y discusión la forma bajo la cual debe ser explanada una consigna y que depende de las circunstancias dentro de las cuales deberá actuarse (estado de ánimo de las masas, tendencias políticas predominantes en su seno, posibles modificaciones que se darán el día de mañana, calidad de nuestro expositor, cantidad y calidad de la militancia

porista, porcentaje de contactos, naturaleza de la propaganda lanzada en el sector que interesa, etc). Unas veces conviene hacer una presentación directa y desnuda de una determinada tesis; otras veces habrá que hacerla indirectamente; una exposición agitativa puede, sólo en ciertas condiciones, facilitar su comprensión por los oyentes; en otra oportunidad será mejor explicar con paciencia y detalle nuestras posiciones. En las reuniones celulares sólo pueden fijarse las grandes líneas de la actuación pública, pero éstas mismas pueden sufrir alteraciones por la presencia de factores que no fueron previstos; en todos los casos el detalle de los movimientos debe ser establecido en el mismo escenario de la actuación. Para que el trabajo dé buen resultado son imprescindibles dos condiciones: actuación en equipo y que la dirección esté en manos de un cuadro experimentado y capaz, pues debe, en algunos casos, introducir profundas variantes al plan que fue acordado con anterioridad. Si están en juego aspectos políticos fundamentales, la célula indicará hasta qué límites pueden introducirse variantes a lo fijado inicialmente.

Como se ve, es la célula la que enseña a los militantes a asimilar la esencia de una consigna, a exponerla y a defenderla. Algo más, en la célula se señalarán las posibles objeciones de nuestros adversarios a los planteamientos que hagamos y la manera de rebatirlas. Esto vale tanto como planificar la discusión. El trabajo en el seno de las masas se realizará en equipo y bajo una dirección única. Cada militante recibe una misión concreta que debe ejecutar durante la actuación. Se señala al orador, a los sectores sobre los cuales conviene presionar, a los adversarios que es preciso acallar. Se dirá qué sectores nos interesa, a quienes debemos aproximarnos para influenciarlos, para conectarnos con ellos y procurar ganarlos como simpatizantes. Además está puntualizar que los militantes deben estar atentos para captar todo comentario sobre nuestra propaganda y actuación.

El trabajo del equipo celular concluye con un balance autocrítico de lo que se ha hecho y se ha dejado de hacer. Si después de todo este trabajo se comprueba que una de nuestras consignas ignas es impopular, que no ha cuajado en las masas, hay que concluir que éstas todavía no han madurado para apropiarse de ella y que es preciso pasar al plano propagandístico, que nos permita explicar pacientemente su contenido, con la certeza de que así las masas concluirán siendo movilizadas por ella en el futuro. Otro problema es que nadie reparó en nuestra consigna porque se cometieron descomunales errores en su presentación.

Toda consigna que se lanza es una encuesta hecha a las masas, una interrogante acerca del nivel que han alcanzado en la evolución de su conciencia. La respuesta que recojamos nos señalará si debemos hacer o no rectificaciones y cuáles en nuestro planteamiento.

Hay una otra cuestión un poco más complicada y que, por esto mismo, puede ayudarnos a comprender cómo debemos actuar en medio de amplios sectores sociales.

La dirección del Partido ha constatado y probado que la influencia del POR como factor importante en el proceso cultural boliviano ha crecido últimamente. Son los escritores y periodistas burgueses los que testifican este hecho que tiene mucha importancia para la vida y el trabajo de un Partido. Hemos dicho ya que todos discuten sobre lo que ha dicho y hecho el POR y únicamente los trotskistas estamos ausentes de la polémica, como si no nos interesara en absoluto.

En este terreno simplemente no hay trabajo de las células, lo que no nos permite aglutinar militancia en la misma proporción en que se ha agigantado nuestra influencia.

La militancia porista no está constituida, ciertamente, por la mayoría de la población boliviana, es minoritaria, pero si realiza una actividad en equipo y buscando una finalidad única (acelerar su crecimiento), es claro que se potenciará enormemente y podrá influenciar sobre todo el país. Eso se espera cuando se sugiere que el Partido se convierta en actor dentro de la polémica que sobre él se está desarrollando.

La militancia no aprovecha, dentro de esta perspectiva, la abrumadora cantidad de material político y teórico publicada por el Partido y ni siquiera la monumental "Historia del POR".

La dirección nacional, justamente alarmada por este lamentable estado de cosas, ha planteado la necesidad de que la militancia tome parte activa en el debate entablado. La reacción observada hasta ahora encaja en la errónea concepción de que los militantes deben actuar fuera del Partido de manera individual e inclusive como les venga en gana.

Por lo menos un Comité Regional se ha limitado a transcribir a las células la proposición bajada del Comité Central. Algún militante osado ha opinado que las células digan si controlarán periódicos y libros que hablen del POR. Todo acabó aquí y la práctica se encargará de demostrar que se está siguiendo el mejor or camino para convertir en humo la sugerencia del Comité Central. Lo que debería haberse hecho -iy todavía debe hacerse!- es lo siguiente:

El Comité Regional debería comenzar a discutir los artículos que, desde hace algún tiempo, registra "Masas" al respecto. Señalar lo fundamental de las tesis de los intelectuales burgueses y del comentario o refutación que hace de ellas la dirección del Partido. Seguidamente debe estudiarse la mejor forma de promover discusiones y comentarios sobre esos aspectos, de participar en los debates públicos que motivan las publicaciones burguesas. Luego, si su celo le permite encontrar otros materiales que contienen referencias a la actividad y pensamiento poristas. se debe seguir el ejemplo de "Masas", elaborar comentarios y refutaciones para que se incluyan en la prensa partidista.

Las células deberían reproducir este trabajo, no de una manera mecánica, sino creadora, haciendo todos los aportes del caso a la discusión. Nuevamente se trata de enseñar a la militancia a trabajar en equipo fuera del Partido.

b) Llevar al seno de las masas las ideas revolucionarias (el programa del POR) es únicamente un aspecto del trabajo partidista, ciertamente que trascendental. La difusión de nuestro programa debe permitir ganar para él a la vanguardia de la clase, agruparla y educarla, es decir, convertirla en militancia porista.

Los militantes, a través de su trabajo de propaganda y agitación en medio de las masas, que importa llevar el programa revolucionario a los explotados, toman contacto directo con éstos, estableciendo como referencia común las ideas poristas. Los contactados deben ser rápidamente ganados como simpatizantes del programa y actividad del POR. Hay que subrayar que se trata de un trabajo importantísimo, que merece que se le dedique mucha atención, tiempo y esfuerzo; se encuentra en la base del fortalecimiento del POR de la organización de la vanguardia de la clase obrera, caminos que nos conducirán a la revolución y dictadura proletarias. Los contactos que se convierten en simpatizantes constituyen el veneno del cual sacamos a los nuevos militantes y con esto está dicho todo. Algunos camaradas no realizan este trabajo porque lo consideran indigno de un revolucionario llamado a resolver los más grandes problemas de la sociedad futura. Esta pedantería esconde no pocas desviaciones políticas que entroncan en la incorriprensión del programa del Partido y de la naturaleza de la revolución proletaria.

Dos errores se cometen frecuentemente en este trabajo:

1) A veces se considera a los contactos como una categoría total y definitivamente extraña al Partido y no como a militantes y simpatizantes potenciales, que eso son en realidad. Si un contacto no fuese un posible militante no le interesaría al Partido y no desviaría hacia él sus energías. Hay que rectificar este criterio errado y atender y tratar a los contactos como posibles futuros militantes y simpatizantes.

2) El otro error emerge de la anterior caracterización. A los contactos se les suele mantener como tales indefinidamente y darles un trato por demás negligente, vinculándose con ellos de manera esporádica. Esta es la mejor forma de desperdiciar buenas posibilidades de ensanchar el círculo de simpatizantes y militantes. Contrariamente, una relación normal, frecuente y activa puede contribuir a transformarlos rápidamente en simpatizantes, que es esto lo que se busca. Los que actúan siguiendo una orientación contraria se conforman con charlar de vez en cuando con sus contactos.

Los contactos deben convertirse en la zona preferida para la difusión de la propaganda partidista. No deben limitarse a ser lectores pasivos, sino que están llamados a cumplir la función de transmisores de nuestras publicaciones. La prensa es el instrumento que ayuda a incorporar a los contactos a la masa

de simpatizantes; los cuadros deben aprender a utilizarla debidamente, a fin de sacar de ella el mayor provecho.

El dejar abandonados a los contactos a su suerte es la forma de perderlos; contrariamente, hay que tender a organizarlos, porque esto contribuirá a controlarlos y a atender debidamente a su educación. Los grupos paralelos constituyen el mejor marco para poder materializar dicho objetivo.

No pocas veces los que se conectan con elementos nuevos no encuentran una forma adecuada que les pueda permitir elevarlos hasta la categoría de simpatizantes y se eternizan charlándoles de todo. A veces, para no ofender la virginidad política del contacto, se esmeran por tangenciar las verdaderas posiciones poristas; las charlas se diluyen en futilidades de cultura en general.

Si se busca convertir rápidamente a los contactos en simpatizantes del POR hay que exponerles de manera sintética y precisa cuáles son nuestras ideas políticas.

En una charla se puede explicar que partimos del marxismo y que éste considera la preeminencia de la materia sobre la idea; a la materia, a la sociedad y a todos los fenómenos en constante transformación (movimiento dialéctico); al movimiento como el resultado del choque de las fuerzas antagónicas que necesariamente se producen en el seno de los fenómenos. La dialéctica toma los fenómenos en constante cambio y no acabados de una vez para siempre, y en inter-relación con otros fenómenos, conformando procesos.

Acerca del materialismo histórico (el marxismo aplicado al estudio de la sociedad) suficiente explicar brevemente qué es la estructura económica de la sociedad (relaciones de producción, que corresponden a cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas en escala mundial) su naturaleza determinante, en último término, de su fisonomía y de la superestructura. Inter-relación entre estructura y superestructura. La transformación de la sociedad por la lucha entre las fuerzas contrarias, esta vez entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La división de la sociedad en clases sociales antagónicas. Función del Estado. Las etapas de la historia de la humanidad. El capitalismo (separación entre medios de producción, monopolizados por la burguesía, y fuerza de trabajo, proletariado); explotación de la clase obrera y plusvalía. Naturaleza del imperialismo: exportación de capital financiero que motiva la explotación económica y la dominación política. Metrópoli y países atrasados: nación opresora y nación oprimida.

En otra charla se puede presentar una visión panorámica del programa del POR. Se trata de fijar las ideas centrales, imprescindibles, aquello que nos diferencia de los otros grupos y que nos define con nitidez. En otras palabras: deben buscarse las tesis sin cuyo acuerdo con ellas no es posible la militancia en el Partido. Intentemos señalar esos puntos:



Bolivia país capitalista atrasado. La opresión imperialista. Las clases sociales (proletariado, burguesía sirviente del imperialismo y burguesía nacional, campesinado, naciones oprimidas, clase media: estudiantes, maestros, artesanos, nueva clase media). Naturaleza de la revolución (lo que serán revolución y dictadura proletarias). Métodos de lucha (de la revolución proletaria, transformación de los métodos de las otras clases). Cumplimiento de las tareas democráticas por el proletariado en el poder y su transformación en socialistas. Movilización y acción directa de masas y parlamentarismo. Interrelación entre estrategia y táctica. La táctica del frente único antiimperialista y lugar que ocupa la liberación nacional dentro de la revolución proletaria.

Necesidad del partido obrero. La Cuarta Internacional.

Pudiendo realizarse una sesión semanal (una hora u hora y media), el trabajo de transformación del contacto en simpatizante debe quedar concluido en 30 o 45 días. Si no se procede así se corre el riesgo de perder simpatizantes y de eternizarse en un trabajo sin perspectivas.

No se trata de una actividad individual o que deba abandonarse a la iniciativa de los militantes; contrariamente, nos encontramos ante un trabajo que debe ser realizado colectivamente y por la célula. El contacto debe comenzar por ser chequeado a fin de estar convencidos de que no ofrece peligro de descubrir lo que hacemos y de divulgarlo. Corresponde a la célula enseñar al militante a educar y orientar al contacto, debe discutir el contenido y la naturaleza de las charlas que se le dan, etc. Por otro lado, no debe incurrirse en el error de encargar esta tarea a un solo elemento, sino que la mayor parte de militantes debe entrenarse en su cumplimiento. De esta manera se asegura la posibilidad de conectarse y de ganar mayor cantidad de simpatizantes.

c) Al simpatizante que ha sido captado se le debe orientar, desde el primer momento, a buscar nuevos contactos y a transformarlos en simpatizantes. Esto no es imposible. Un elemento que recién se aproxima a la organización tiene innumerables contactos que los va perdiendo a medida que se politiza y se define como trotskysta. Se debe orientar al simpatizante a agotar todas las posibilidades de hacer evolucionar a sus contactos que podemos llamarlos naturales; enseñarle a transmitirles los conocimientos que ha adquirido y a organizar a sus contactos. La difusión y correcta utilización de la prensa partidista puede ayudar en mucho para el cumplimiento de esta tarea. Todo esto se debe enseñar a los simpatizantes. Lo que ahora se hace es todo lo contrario: no se combate la tendencia al aislamiento de los simpatizantes, se los sumerge en el nuevo mundo porista y nada más.

El simpatizante debe ser educado y entrenado, desde el primer día, para que pueda transformar a los nuevos contactos en simpatizantes. Desde luego que el simpatizante será integrado a una célula o a un grupo de preparación para la militancia. En estos organismos se le enseñará cómo debe transmitir los conocimientos indispensables que debe tener un simpatizante y mediante la



continúa crítica de su labor se lo irá perfeccionando.

Al simpatizante se le entregarán los documentos programáticos fundamentales (además de "Lo básico del programa del Partido Obrero Revolucionario" y de "La línea sindical del POR", que le ayudarán en la exposición sintética de los problemas)," Elementos de marxismo" y el "Curso de capacitación para obreros", con los que se elaborarán los esquemas de las charlas que debe proporcionar al contacto. Estos esquemas deben ser discutidos por la célula.

Debe tenerse cuidado de no caer en el vicio de dar charlas abstractas, difíciles, en lenguaje rebuscado o pedantesco; debe esmerarse en vincular los principios programáticos del POR con los problemas que diariamente enfrenta el contacto en su medio de actividad. Para los contactos obreros servirán de los documentos ideológicos del movimiento sindical (de la "Tesis de Pulacayo" a la "Tesis política de la COB") y para los estudiantes todo lo publicado sobre la autonomía y otros problemas estudiantiles.

Aquí podemos indicar únicamente las grandes líneas de cómo se debe educar a los contactos para que se conviertan en simpatizantes, los encargados de esta tarea tienen que concretizarlas y elaborar sus exposiciones de acuerdo a las características de cada persona que se trata de educar.

d) La base de lo que se propone es la siguiente: debe evitarse la costumbre perniciosa de que los simpatizantes y militantes entreguen sus contactos a algún dirigente que se lo considera el único capacitado para organizarlos y educarlos, sino que ellos mismos deben cumplir esta tarea como parte de un trabajo en equipo de la célula. Los grupos paralelos y las células de simpatizantes (también los grupos de estudio y entrenamiento de simpatizantes) deben moverse bajo el control y dirección de las células de militantes.

Únicamente cuando se logre que los nuevos simpatizantes se dediquen desde el primer día a trabajar para formar otros simpatizantes podremos decir que tenemos abierto el camino para la captación multitudinaria de militantes.

Repetimos que debe sacarse toda la ventaja de las posibilidades de ensanchamiento de la influencia partidista (primer paso para la captación de nuevos militantes) que trae inicialmente un simpatizante o militante. Esta finalidad tiene el enseñar desde el primer momento a los elementos nuevos a cumplir debidamente la tarea de captar y educar a nuevos elementos. Todos deben ser transformados en organizadores.

Si la captación de simpatizantes y militantes queda en pocas manos, si sólo algunos dirigentes saben cómo actuar en este caso, la capacidad del Partido de ensancharse numéricamente queda limitada en extremo; no se podrá pasar de la captación individual a la multitudinaria. La regla tiene que ser que todos los militantes y simpatizantes deben actuar como organizadores, tener la capacidad y entrenamiento que les permita captar nuevos contactos,

simpatizantes y militantes.

Las exposiciones ante los elementos nuevos deben ser breves, claras, precisas y abarcando las cuestiones esenciales. No es necesario, por ej., hacer una larga historiación de las ideas filosóficas y políticas (salvo el caso excepcional de que se trate de elementos especializados en filosofía o que hubiesen tenido una larga militancia en otros grupos). Esta forma de exposición será elaborada por el organizador en cooperación con su célula, que de esta manera le transmitirá toda la experiencia acumulada por el Partido en la materia.

Estamos interesados en romper la limitación material la que chocamos en la captación de nuevos militantes.

No hay que partir de la ilusión de que los contactos y simpatizantes e inclusive militantes nuevos, sean ya teóricos y políticos totalmente formados, que posean el conocimiento de todos los meandros de la doctrina marxista, del programa y de la experiencia del POR, etc. Se trata de elementos que conocen en líneas generales nuestras posiciones y que están de acuerdo con ellas. Seguirán educándose y formándose en el seno de las células y para ellos el estudio y el balance de la actividad diaria se convertirá en una norma para el resto de su existencia, lo que les permitirá alcanzar las cumbres más elevadas de la teoría. Exponer lo esencial de nuestro programa no quiere decir que se la deforme o que se oculte algunas de sus tesis cardinales. Se trata, más bien, de sintetizar los aspectos fundamentales y de poner de relieve los pasajes de mayor importancia. Una provechosa explicación del programa debe ser realizada a la luz de la experiencia del país, de la clase obrera y de las particularidades del medio en el que se mueven los elementos a los que se educa. Hay que huir de las explicaciones abstractas y ampulosas.

Por falta de experiencia, de capacidad y por exceso de pedantería, se considera a los nuevos elementos como oyentes pasivos, que deben limitarse a escuchar y a asentir toda vez que el orador diga sus grandes verdades. Este defectuoso método de enseñanza obstaculiza la verdadera formación de los elementos nuevos. El organizador debe aprovechar la experiencia vivida por el contacto, a fin de vivificar las tesis programáticas, hacerlas comprensibles y explicar debidamente los problemas que todos los días enfrenta el oyente.

A veces hay la tendencia de convertir las discusiones y el diálogo en disputas interminables, que casi siempre concluyen destruyendo al oyente. La discusión debe ser hábilmente dirigida y calibrada para su rápida conclusión.

e) Simpatizante es aquel que está de acuerdo con las grandes líneas del programa, pero que todavía no tiene la suficiente preparación para la militancia o que no lo considera indispensable. A su turno, el Partido necesita probar en trabajos prácticos y educar teórica y políticamente a los simpatizantes para luego asimilarlos como militantes.

Los simpatizantes no pueden estar sueltos y deambular a su antojo, el Partido los organiza en células o en grupos de aprendizaje, y comienza a ejercitar sobre ellos un control político. Si los contactos ya cumplen algunas tareas prácticas: comprar y difundir la propaganda, apoyar algunas acciones del Partido y sus campañas financieras, los simpatizantes agrupados en células deben cumplir normalmente tareas prácticas, que deben ser programadas por la célula que controla a la organización de simpatizantes y concretizada por ésta, que deberá proporcionar detalladamente las nociones fundamentales. Constituye un gravísimo error el mantener a los simpatizantes al margen de toda actividad práctica, como si fueran totalmente extraños al Partido; de esta manera se obstaculiza su formación, su evolución hacia la militancia y no se permite que se los controle políticamente. Se tiene que actuar de manera contraria: hay que incorporar progresivamente a los simpatizantes a los trabajos prácticos, pues es la mejor forma de prepararlos para que pasen, casi de modo insensible, a la militancia.

En la educación de los simpatizantes debe jugar un papel de importancia la discusión de los problemas políticos de actualidad, esto es indispensable para que aquellos cumplan debidamente las tareas prácticas que se les asignen. Se puede decir que esta es una educación activa que se imparte, en contraposición a la que se limita a las exposiciones académicas sobre algunos temas teóricos abstractos. Los trabajos prácticos y la educación política deben impulsar al simpatizante hacia la militancia.

Los simpatizantes no deben limitarse a difundir la propaganda o a intervenir en algunas actuaciones partidistas públicas, sino que progresivamente deben tomar a su cargo el cumplimiento de algunas tareas materiales partidistas (impresión, recolección de fondos, trabajos de enlace, traslado de materiales, etc). La asimilación de los trabajos prácticos puede impulsar a los simpatizantes a interesarse en acelerar su formación política y teórica. Algunos camaradas razonan de manera inversa: tienden a aislar a los simpatizantes de toda actividad práctica con el argumento de que el excesivo peso de ésta podría alejarlos de la militancia. El método que aconsejamos parte de la necesidad de entrenar a los simpatizantes en todos los aspectos para la militancia, encauzar sus energías vitales hacia la actividad revolucionaria; en considerar el paso a ésta como un proceso progresivo y no como algo que debe venir inesperadamente.

El defectuoso tratamiento a los simpatizantes se ha venido traduciendo en una extrema dificultad para convertirlos a la militancia. Se tarda muchísimo tiempo antes de que un simpatizante pueda ser incorporado en una célula de militantes. Este retardo puede concluir descorazonando al simpatizante y el Partido puede perderlo para siempre. El marginar a los simpatizantes de los trabajos prácticos tiene como consecuencia el convertirlos en discutidores pedantes, que prefieren la comodidad de los observadores a las dificultades que implica la militancia.

Los simpatizantes realizan trabajos prácticos, pero no intervienen en la vida interna del Partido, en la fijación de su línea política y permanecen al margen de la actividad y aparato conspirativos y clandestinos. No están todavía sometidos al centralismo democrático, no pueden estarlo, pero se preparan para comprenderlo y practicarlo.

La formación teórica y política debe comprender la discusión (no bien hayan sido leídos los documentos pertinentes por los simpatizantes) de las ideas básicas del "Manifiesto Comunista", del "Programa de Transición" y del "Programa del POR". No hace falta leer colectivamente todo el texto y discutirlo párrafo por párrafo o palabra por palabra.

Las ideas así adquiridas deben facilitar el análisis y la discusión de la actuación política del Partido en todos los frentes y particularmente en el que pertenecen los simpatizantes. A esta altura se puede considerar que los nuevos elementos están capacitados para militar desde el punto de vista programático.

Las anteriores explicaciones deben partir del análisis y comprensión (de manera sintetizada) de la revolución permanente, considerada como la expresión de las leyes de la revolución de nuestra época. Se debe recalcar que la revolución permanente consiste en la transformación de las tareas democráticas en socialistas bajo la dirección del proletariado convertido en dueño del poder político; de la revolución, que comienza dentro de las fronteras nacionales, en internacional y de la transformación de la sociedad hasta acabar con toda forma de opresión de clase. El Partido tiene una gran cantidad de material al respecto y que los militantes están llamados a conocer.

La explicación de la naturaleza y funcionamiento del centralismo democrático debe permitir el cuidadoso estudio de los estatutos del POR; para militar es preciso conocer y estar de acuerdo con este documento.

También el que va a ser militante debe conocer la naturaleza, funcionamiento y problemas de la IV I. A la luz de la historia del POR se debe explicar en qué consiste la crisis precipitada por el pablismo revisionista (se ha desplazado desde posiciones nacional-burguesas hasta el ultra izquierdismo petardista y pequeño-burgués) y que prácticamente ha destruido a la organización internacional. Corresponde detenerse en las proyecciones del trabajo del CORCI y de su quiebra, etc.

Será puesta en conocimiento de los simpatizantes una breve reseña de la historia del POR, además de que se les puede guiar en la lectura de lo que tiene escrito el Partido sobre la materia. Esta labor de transformación de los simpatizantes en militantes debe cumplirse en un plazo de 60 o 75 días. Se comprende que el trabajo debe ser cuidadosamente planificado por la célula de militantes a la que pertenece el organizador, cuyos pasos serán guiados colectivamente y utilizando la crítica y autocrítica.

El contacto coopera en alguna forma a la economía del Partido. El simpatizante tiene que ser un cotizante regular. En la actualidad se los libera de esta obligación con el argumento de que es preciso no espantarlos con cargas muy pesadas y que ya tendrán oportunidad de cotizar cuando se transformen en militantes. Los que razonan así olvidan que las cotizaciones y el cumplimiento escrupuloso de las obligaciones económicas tienen un enorme contenido político (exteriorizan el grado de politización de los militantes y simpatizantes) y que no se reduce al hecho de la simple recolección de dinero, que tiene, por otra parte, una enorme importancia.

A los simpatizantes hay que educarlos en la severa escuela del pago puntual del importe de la propaganda y de las cotizaciones.

No es éste el lugar para hablar acerca del funcionamiento y rol de la célula, existen otros textos al respecto; sin embargo, recalcaremos que constituye la escuela en la cual se forma el militante como tal.

Es por todos sabido que la célula, fundamento esencial del Partido, desarrolla una actividad colectiva, dentro de esta práctica debe continuar la educación del militante.

Se estudiarán en su integridad los documentos programáticos. Se volverá a los fundamentos teóricos de nuestra política y del marxismo (no hay que olvidar el escrito de la camarada Marcel sobre filosofía marxista, que también puede servir para educar a los simpatizantes), al estudio del movimiento sindical, del universitario y de la historia del Partido y de las internacionales.

Esta permanente formación se ve facilitada con las escuelas de cuadros que el Partido organiza, teniendo como temas centrales algunos aspectos de la teoría y de la política.

Este esfuerzo busca entregar a la militancia los elementos teóricos necesarios para permitirle convertirse en un creador en el campo doctrinal y en un investigador, que dentro de la estructura partidista tienen enorme importancia.

## V

### Trabajo con la prensa

a) La prensa del Partido está conformada por su órgano periodístico central ("Masas"), por su revista teórica mensual ("Documentos"), ambos elaborados por el Comité Central, y por las publicaciones regionales y las destinadas a determinados sectores sociales. Todas estas publicaciones existen y se

desarrollan dentro del marco programático y bajo la vigilancia de la dirección nacional. La finalidad de nuestra prensa es hacer llegar las ideas, respuestas y consignas poristas hasta las masas; servir de guía a nuestros propagandistas y agitadores, educar a la militancia y a los simpatizantes; ensanchar la influencia política del Partido.

Su elaboración, su difusión, su financiamiento y su estudio permiten consolidar a la organización partidista. Utilizada por los militantes como instrumento para penetrar en las masas y formar a los nuevos elementos, se convierte en un poderoso organizador. Un partido revolucionario no puede existir sin prensa, porque carecería de uno de los mejores vehículos para llegar hasta los explotados con sus ideas, para analizar la situación política y la realidad nacional.

No se puede afirmar que la mera existencia de la prensa ya soluciona todos los problemas partidistas; puede contribuir a esta solución si la militancia sabe manejarla debidamente.

La prensa indica, en alguna forma, el grado de organización y politización del Partido. Sus imperfecciones son el resultado de las imperfecciones en el funcionamiento partidista.

Una prensa excelente es aquella que es el producto de la actividad colectiva de la organización. No se trata de que toda la militancia escriba o se dedique exclusivamente a las tareas de la prensa; sino de que en las células se elaboren las noticias y denuncias de los centros de trabajo y de estudio, de que se discuta su contenido político y se planifique su difusión, mantenimiento económico y confección material.

Con todo, la función de la prensa no concluye al convertirse en motivo de la lectura y discusión dentro de la célula (esto está bien y así contribuye a la elevación política y teórica de la militancia), tiene que cumplir, además, la misión de llevar las ideas revolucionarias hasta las masas. Aquí comienza otro de los trabajos del militante: utilizar la prensa partidista para penetrar en el seno de las masas y organizar a la vanguardia de la clase obrera.

b) Nuevamente hay que superar uno de los vicios que ha generado la clandestinidad: los militantes se limitan a entregar a cualquiera el periódico y la revista y creen que aquí acaba su trabajo. Como resultado se tiene que el Partido ha vendido un ejemplar más de su periódico y que sus ideas han llegado a conocimiento de otro lector, aunque es dudoso que hubiesen sido debidamente asimiladas. Este debe ser considerado como un trabajo deficiente en extremo.

El objetivo del POR es que el ensanchamiento de su influencia política se traduzca en su crecimiento numérico, así se organiza a la vanguardia de los explotados. Este objetivo exige que el militante vaya hasta los obreros con la

prensa no para limitarse a distribuirla, sino como portador de las ideas básicas contenidas en esa propaganda. El que vende un periódico ya selecciona el sector en el que decide trabajar y a los elementos a quienes ha catalogado como sus posibles compradores, todo con criterio político.

Después de vender el periódico hay que orientar a los compradores para que lean determinados artículos y análisis que trasuntan mejor las ideas partidistas. Se tomará contacto con esos lectores para poder explicarles la política del POR y discutir sus alcances. Este contacto bien podría convertirse en simpatizante si se sigue actuando sobre él en el futuro.

Los militantes no pueden ni deben limitarse únicamente a exponer las ideas partidistas, sino que deben escuchar las inquietudes de quienes se convierten en interlocutores de los poristas. Se debe inquirir acerca de las novedades que suceden en los centros de trabajo, de las denuncias que salen de las fábricas, etc; de esta manera este elemento tan fuertemente entroncado en las masas se convierte en un informador y colaborador del periódico del POR.

Cuando se difunde "Documentos" el trabajo tampoco debe concluir con su venta. Corresponde orientar y facilitar su lectura, además de que se debe explicar y discutir las tesis de mayor relieve contenidas en la revista.

Las campañas económicas en favor de la prensa pueden ayudar a organizar a los contactos y la constitución de grupos destinados a su difusión, financiamiento y estudio abre grandes posibilidades para el trabajo político.

En resumen: la prensa partidista no debe ser considerada estrechamente como simple canal de difusión de ideas, sino que está llamada a servir a los militantes para que puedan implantarse en el seno de las masas y organizar a la vanguardia de los explotados. Este trabajo nunca tendrá éxito si se lo deja abandonado al libre criterio de los militantes, tiene que ser cuidadosamente planificado por la dirección y por las células. Los militantes deben ser capacitados y entrenados para trabajar con la prensa partidista, se les debe instruir cómo exponer los temas y cuáles deben ser éstos. Todo lo dicho no podría realizarse si las células no comenzasen estudiando el contenido de la propaganda y poniendo de relieve sus aspectos fundamentales.

c) Casi inmediatamente después el Partido se verá obligado a difundir masivamente su prensa, debido al cambio de la situación política. En tal caso habrá que modificar la técnica de impresión, de diagramación, de difusión y de confección.

Tiene que prestarse mucha atención a superar la actual limitación de la venta de la prensa. Ahora se distribuye de mano a mano y habrá que reemplazarla con una difusión masiva. Partiendo de la situación actual y de los canales que se poseen, se pueden ir venciendo las deficiencias con las que actualmente tropezamos. Si se modifica, en la forma señalada más arriba, la técnica de



difusión de la prensa; si se logra que los contactos (y con mayor razón los militantes) se conviertan en lectores y propagadores de nuestras publicaciones; si se orienta y enseña a los simpatizantes para que realicen un trabajo bien planificado de difusión de la propaganda; si se va con más osadía a los centros de trabajo y de estudio para la venta de la prensa, se habrá logrado dar los primeros pasos que pueden llevarnos a la difusión masiva. Hoy la venta del periódico está por debajo de nuestras posibilidades reales, únicamente llega a la militancia y a los elementos que están muy cerca de nosotros. Sin exigir mayores esfuerzos se puede duplicar y triplicar la edición de "Masas" y "Documentos".

Las células se limitan a instruir que cada militante venda uno o dos ejemplares de la prensa y no se preocupan de elegir el sector social sobre el cual se debe actuar con nuestras publicaciones (esta selección se debe hacer señalando prioridades para el trabajo con criterio político), de planificar la difusión (señalando un porcentaje de aumento en los ejemplares, a venderse) y menos de enseñar a los militantes cómo vender, cómo ayudar a leer a los compradores, cómo abrir las discusiones y qué ideas deben exponerse.

Al mismo tiempo, se impone la urgencia de mejorar la calidad de nuestras publicaciones, en su contenido y presentación. Las buenas ideas son más accesibles a las masas cuando están bien presentadas. Este mejoramiento se logrará si el trabajo colectivo de todo el Partido sustituye la labor de pequeños grupos, que casi siempre tienden a emanciparse del control de la organización partidista.

Las células para lograr este objetivo, tienen que comenzar realizando un esfuerzo modesto e indispensable: centralizar y elaborar las noticias y denuncias de los centros de trabajo.

La proposición de la dirección nacional en sentido de movilizar a la militancia alrededor de la conmemoración de fechas que tienen relación con la vida y éxitos de nuestras diversas publicaciones (aniversarios de "Masas" y de "Documentos", concretamente), es importante dentro del empeño de utilizar la prensa en el trabajo de ensanchamiento de nuestra influencia política de organización y educación de nuevos simpatizantes y militantes.

Todo este trabajo debe orientarse hacia el fortalecimiento numérico e ideológico de la organización y todo lo que se haga debe subordinarse a este objetivo.

Una de las sugerencias consiste en emprender campañas destinadas a la recolección de fondos que permitan financiar nuestras publicaciones. Para lograr esto habrá que organizar a contactos y simpatizantes, entrar en relación con otras gentes y explicarles el contenido y línea política de nuestras publicaciones. Todo esto nos abrirá el camino de la captación de mayor cantidad de simpatizantes y de militantes.

Pueden realizarse días de campo, encuentros de todo tipo e inclusive reuniones sociales, pero todas estas actividades nos deben servir para ensanchar nuestra influencia política y, consiguientemente, para poder crecer numéricamente.

En el problema de la captación de nuevos militantes, la prensa partidista juega un papel de gran importancia, no sólo porque ayuda a los organizadores en sus propósitos de agrupar y educar a los elementos nuevos, sino porque puede allanarnos el camino para realizar nuestros trabajos y esto desde las direcciones más diversas.

Uno de los éxitos en materia propagandística, además de la regularidad con la que aparecen las publicaciones, consiste en la difusión de órganos poristas en el exterior, actividad que no sólo contribuye a fortalecer al movimiento trotskysta internacional, sino que nos tonifica en escala nacional. Esa propaganda, siguiendo los canales más sorprendentes, concluye presionando sobre el ámbito nacional y así coadyuva nuestro trabajo de fortalecimiento numérico e ideológico.

La confección, edición y difusión de la "Historia del POR" ha comenzado a traducirse en la aparición de corrientes que tienden a fortalecer al Partido. Ese texto se está utilizando como material de estudio y capacitación, nos permite encontrar casi todos los días nuevos contactos y actuando periféricamente tiende a destruir a algunos de nuestros adversarios que pretendieron montar todo su trabajo sobre mentiras y falsificaciones, que ese es el caso de los nacionalfoquistas.

## VI

### Como exponer lo esencial del programa

Finalmente, un ejemplo de cómo exponer sintéticamente la esencia del programa del Partido. El resumen puede ser expuesto a los contactos y también a los simpatizantes.

El POR es la vanguardia organizada de la clase obrera (la que percibe salario por la venta de su fuerza de trabajo: mineros, fabriles, etc). Su objetivo final (estratégico): la revolución proletaria y el gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado).

Bolivia es país capitalista atrasado, sometido a la opresión imperialista ejercitada sobre toda la nación. La clase obrera es una minoría y no puede hacer ella sola la revolución; está obligada a colocarse a la cabeza de los sectores mayoritarios, particularmente de los campesinos (de las nacionalidades nativas sojuzgadas), y a expulsar al imperialismo y a destruir a la reacción criolla

(burguesía intermediaria), actuando como caudillo de la nación oprimida. La clase obrera en el poder se apoyará directamente en los campesinos y en los sectores mayoritarios de la pequeña-burguesía (llamamos al gobierno obrero-campesino dictadura del proletariado).

El POR trabaja sistemáticamente para ganar a los sectores mayoritarios del país para la revolución proletaria y coloca en la base de sus planes a la alianza obrero-campesina (los campesinos siguiendo a la dirección política obrera). Para esto es preciso liberar al campesino del tutelaje de caciques corrompidos y de burgueses reaccionarios (civiles o militares).

La dictadura del proletariado (gobierno obrero-campesino) será, y por primera vez en toda nuestra historia, una auténtica y amplia democracia para la clase obrera, para los campesinos y para los sectores mayoritarios de la pequeña-burguesía, y dictadura (no vigencia de las garantías democráticas) únicamente para los explotadores y agentes del imperialismo.

La clase obrera en el poder comenzará realizando las tareas democráticas incumplidas (liquidación de la explotación precapitalista en el agro, industrialización, ampliación del mercado interno, unidad nacional, liberación del imperialismo, etc), de manera tan radical y completa que puedan transformarse en socialistas. La sociedad sin clases es la finalidad última. No solamente que cumplirá a fondo las tareas democráticas, sino que, desde el primer momento, adoptará las medidas socialistas que sean necesarias.

La revolución comenzará dentro de las fronteras nacionales, pero aislada no podrá desembocar en el socialismo y ni siquiera resolver las dificultades emergentes del propio proceso de transformación del país, para que esto sea posible la revolución tendrá que proyectarse al plano internacional, cuadro indispensable para el efectivo aplastamiento del imperialismo y para la consumación real de la liberación nacional. El proletariado no solamente se apoyará en sus propias fuerzas, sino que se potenciará con los avances del proceso revolucionario internacional. La clase obrera de los diferentes países, una vez alcanzada la victoria, está llamada a estructurar los Estados Unidos Socialistas de América Latina, escenario en el cual encontrarán solución natural muchos problemas nacionales de magnitud, como el de la mediterraneidad, por ejemplo.

Los métodos de lucha del POR son los métodos propios de la clase obrera, de la revolución proletaria, en cuya base se encuentran la profunda movilización de masas y la acción directa. Cuando toma los métodos de otras clases (el parlamentarismo burgués, por ejemplo) les imprime proyecciones insospechadas porque los subordina a la acción directa. El basamento de nuestras grandes finalidades y de los pasos diarios que damos radica en la independencia de clase (clase con ideas, organizaciones y métodos propios). El proletariado en ningún caso debe perder su carácter de dirección revolucionaria, esto se aplica al caso electoral, por eso se demanda que tenga trato preferencial en

este terreno.

El proletariado vencerá a condición de que realmente sea el caudillo de la nación oprimida, lo que puede lograrse aglutinando a todos los explotados, a las masas en general, bajo la dirección obrera. Esta táctica se llama frente antiimperialista (FRA).

Resumen: nuestros objetivos son la revolución y dictadura proletarias y los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Nuestra táctica, el frente antiimperialista dirigido por el proletariado (FRA). Nuestros métodos, los de la revolución proletaria (movilización y acción directa de masas).

Claro que este resumen debe ser ampliado en ciertos aspectos y sintetizado, aún más, en otros, todo según las características de los contactos.

Noviembre de 1977.

## DESVIACIONES FOQUISTAS

Las discrepancias organizativas de alguna monta encubren siempre discrepancias políticas. Con frecuencia, los que buscan abandonar el programa partidista comienzan haciendo reparos "puramente" organizativos, como ellos gustan decir. Las divergencias que tienen relación con la estrategia partidista necesariamente se reflejan en las concepciones organizativas. Cuanta razón tenía Lenin cuando sostenía que es arbitraria la separación entre programa y organización.

Las desviaciones nacionalistas del programa (nacionalistas con salpicaduras foquistas, como si sus propugnadores nos ofreciesen de todo su historial político), suponen una discrepancia estratégica con el trotskismo, aunque sean presentadas como inofensivas maniobras tácticas, esto porque se refieren a la naturaleza misma de la revolución y a la relación entre proletariado y burguesía nacional y porque buscan concretizarse en formas organizativas extrañas al bolchevismo y más próximas al foquismo. No hay por qué extrañarme que nacionalismo y uitrismo foquista vuelvan, siguiendo caminos diferentes, a fusionarse, pues se trata de dos manifestaciones típicas de la pequeña burguesía.

En otro lugar hemos dicho que una agrupación política con un programa extraño al proletariado, con una estrategia que lleva a capitular ante la burguesía a nacional y que convierte en enunciado vacío la consigna de independencia de clase, está incapacitada para poner en pie una organización bolchevique, aunque recite párrafos del "¿Qué hacer?" o hable de revolucionarios profesionales, confundiéndolos con funcionarios rentados (funcionarios pueden haber en todas las tiendas políticas y hasta en las más desmanteladas). Lo que hará será caricaturizar la organización bolchevique, tomar los rótulos de los escritos de Lenin para encubrir concepciones organizativas no revolucionarias; demostrará no haber entendido debidamente sus pocas lecturas y, lo que es más grave, falsificará y deformará lo escrito por los clásicos. Tomemos un ejemplo: por ahí circula un folletín titulado "Cómo forjar un partido bolchevique" y que pretende ser nada menos que "una recopilación de escritos de Lenin, y otros revolucionarios..." (sic), sin autor de compilador ni otras señas que sirvan para identificarlo. Estamos acostumbrados a que una recopilación (el diccionario: recopilar-reunir escritos) esté formada por obras y trozos literalmente copiados; pero ahora se nos ofrece con ese nombre versiones antojadizas o interpretaciones de algunos escritos, salpicadas con pocas transcripciones, de esta manera se nos mete gato por liebre: ideas profanas como si fueran del teórico bolchevique y de „otros revolucionarios" ( en ningún lugar se indica el nombre de estos tan famosos "clásicos" según el aprendiz de compilador). Esta es una flagrante falsificación. ¿Ignorancia o mala fe? Seguramente las dos cosas amalgamadas con picardía. Sería absurdo sostener que la ignorancia es atributo de los revolucionarios. En la página 17 del folletín se ofrece el siguiente párrafo como transcrito de las obras de Lenin: "Que en cada fábrica, en cada

sindicato, en cada aldea, encuentre eco el llamamiento a la organización de esos piquetes de combate revolucionarios..." (así presentada la cosa da la impresión de que esos "piquetes" se los puede organizar en todo momento, de manera permanente; esto no es bolchevismo sino puro foquismo populista, la insurrección es el momento culminante del ascenso revolucionario, Red). "Las personas relacionadas entre sí, los formarán de antemano. Y los desconocidos no organizarán el día de combate o en vísperas del mismo los "quintetos" (diccionario: Quinteto-agrupación de cinco músicos, Red) y los "decenios" (diccionario: decenio - período de diez años, Red) si la idea de la formación de esas uniones no se extiende ampliamente entre las masas y no es aceptada por éstas". Esta es una concepción ultrista y bohemia de la revolución y nada tiene que ver con el marxismo: los explotados organizando grupos de cinco flautistas para andar dando serenatas por decenios. A nadie se le puede pasar por la cabeza, excepción hecha de nuestro bobo "compilador", que Lenin escriba tantas tonterías juntas en tan pocas líneas.

## El partido es el programa

Necesariamente tenemos que repetir esta tesis que subraya la preeminencia de la idea estratégica en la organización partidista, que determina el carácter que tendrá ésta. Se crea el Partido como organización para materializar el programa no para otra cosa. La estructura organizativa bolchevique corresponde a la estrategia del proletariado; están equivocados los que creen que puede mantenerse, desarrollarse y superarse esa estructura a la sombra de una estrategia nacionalista de contenido burgués, por ejemplo. Partido y programa se condicionan mutuamente, de manera que el abandono de las formas organizativas bolcheviques puede concluir imposibilitando la realización del programa, pero éste, mientras no sea prostituido, plantea permanentemente la posibilidad de dar nacimiento a una organización bolchevique, que a la larga sabrá encontrar esta expresión formal.

Cuando se trata de problemas de organización mecánica, obligadamente se recurre al ejemplo de la socialdemocracia rusa, pero se olvida que en su escisión fue tangible la unidad, la ligazón indisoluble (por esto mismo dialéctica) entre la concepción del carácter de la revolución del rol de la burguesía y del proletariado (es decir, el programa) y los problemas de organización. Tratar las cuestiones de organización como meramente técnicas (por ej., la especialización en el trabajo diario, la compartimentación dicen los foquistas) es contribuir a la degeneración del bolchevismo; no se puede ni se debe olvidar que es un problema político. Los que hacen este planteamiento están propugnando, en verdad, poner en pie una organización vaciada en los moldes bolcheviques y que puede servir con eficacia no importa a qué programa político. Este empirismo de condotieros no tiene nada que ver con el marxismo ni con la revolución. Preguntémonos: ¿de dónde viene esta grave desviación? Para responder tenemos que establecer bajo la presión de qué fuerzas políticas y sociales (clasistas) se desarrolla nuestro Partido. En un país en el

que la burguesía propiamente dicha no propone soluciones de gran estilo, la influencia del nacionalismo y del ultraizquierdismo pequeño burgueses cercan y acicatean al partido revolucionario. Prescindir del programa para centrar toda la atención en la organización y apartarla a ésta más y más de la concepción bolchevique, aunque repitiendo monótonamente algunos esquemas extraídos de los textos clásicos, es propio M foquismo. Estamos frente al empirismo ultraizquierdista que poco le falta para concluir que el programa saldrá de la acción y que la discusión acerca del contenido de aquél no es prioritaria porque impide el petardismo, que lo que se impone como necesidad impostergable es el agrupamiento de activistas capaces de pasar de inmediato a la guerra. Ahora nos explicamos por qué se nos dice que la discusión interna paraliza al Partido, le perjudica seriamente y no le permite organizarse. Esta postura reaccionaria se complementa con el no disimulado desprecio a los "teóricos" y a la actividad publicitaria de la organización, como si no tuvieran un carácter fundamental. Su meta parece ser aceptar únicamente los enunciados que pueden unir a gentes de pensamiento heterogéneo y rechazar todo lo que divide. Todos estos planteamientos son extraños al Partido, vienen de fuera, de otras organizaciones enemigas. La discusión interna, la dilucidación de las diferencias políticas, constituyen para nosotros métodos de organización y son los requisitos indispensables que pueden permitir la acción unitaria y potente en el exterior, incluso en el caso extremo de que se llegue a formar fracciones. Cuando hablamos de centralismo democrático nos estamos refiriendo a esta cuestión.

Cuando Lukacs admiraba a Trotsky (1922) escribió: "La organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica. Y como en toda relación dialéctica, también aquí los miembros de esta relación dialéctica adquieren concreción y realidad tan sólo en y por su mediación... toda tendencia o divergencia de opinión 'táctica' debe transformarse instantáneamente en problema de organización si no quiere permanecer como una simple teoría o una opinión abstracta, si realmente tiene la intención de mostrar el camino de su realización".

Allí donde la discusión interna se ha profundizada nos estamos fortaleciendo política y organizativamente, se están formando cuadros medios vigorosos. La práctica diaria está desmintiendo sin descanso a los foquistas. Los documentos de la discusión, permiten la elevación teórica y política de la militancia, le dan la oportunidad de asimilar la experiencia partidista. Nos parece que esta es una forma de consolidar y fortalecer las células.

Cuando se plantea la polémica alrededor de la aparición de ideas revisionistas (abandono y sustitución por ideas extrañas de partes fundamentales del programa y del marxismo), debe considerarse como una triquiñuela distraccionista la insinuación de que debe discutirse previamente si los militantes antiguos o viejos trabajan o no. Las ideas antipartidistas siembran la confusión y desmoralizan a la militancia, desorganizan e impiden el trabajo colectivo. Si se quiere fortalecer orgánicamente al Partido se debe buscar



el retorno al programa revolucionario, pues sólo éste puede homogeneizar políticamente a los efectivos partidistas. Trotsky cuando discutió acerca del significado del Programa de Transición estaba seguro que no puede haber partido ni acción revolucionaria sin un poderoso programa, fortalecido por la práctica interna (que es la forma de constatar si ha sido o no confirmado por la experiencia histórica); que es éste el que le da fortaleza y la posibilidad de una actuación unitaria. Nos informa que los bolcheviques en 1905 eran numéricamente débiles (no eran un partido de masas), pero que se convirtieron en una importante tendencia política gracias a su programa. La IV I. de la víspera existía, actuaba y señalaba el camino de la revolución, pese a la vigencia del reflujo revolucionario por mucho tiempo, pese al poderío material de sus enemigos y pese a que en todo el mundo no era más que un puñado, porque puso a salvo las ideas del leninismo, gracias a su programa revolucionario. Nuestros empíricos ricos y foquistas pueden cómodamente concluir que no existe trotskysmo porque no es partido de masas en ninguna parte y para ellos esto tiene que ser catastrófico si tienen en cuenta que es en Bolivia, precisamente, donde tiene mayor capacidad de movilizar a las masas. Adquiere trascendencia internacional el que el POR arroje por la borda las escorias nacionalistas en política y foquistas en organización, pues sólo así podrá fortalecerse internamente y adquirir capacidad para penetrar en el seno de las masas y llevarlas a la victoria revolucionaria.

## La célula

La falsificación de los hechos no puede permitirse en una organización revolucionaria y cuando esa falsificación se hace de manera consciente no puede haber la menor duda de que se busca engañar a todo el Partido., Se necesita mucha desvergüenza para decir que el POR comenzó a penetrar en las masas sólo en 1954; el que ha escrito esta falsedad seguramente se cree el ombligo del mundo y su megalomanía, que debe lindar con la paranoia, le permite creer que el Partido no tuvo más actividad que la suya.

De una manera equivocada la Tesis de Pulacayo ha sido convertida en biblia programática, que, como todo documento sindical, tiene limitaciones y no dice nada acerca del rol de Partido en el proceso de la revolución. Los mismos que incurren en este error y que ya está denunciando una desviación sindicalista de la peor especie, parecen olvidar que ese documento fue aprobado a fines de 1946 y no como una inesperada y arbitraria imposición como gusta sostener el stalinismo reaccionario, sino como el corolario de otras actuaciones en el seno de los trabajadores mineros y de otros sectores (recordemos la plataforma aprobada en el III Congreso Minero de Catavi y la campaña que sostuvo el trotskysmo contra las limitaciones y capitulación del nacionalismo villarroelista ante el imperialismo, hechos sistemáticamente combatidos por los provocadores y sirvientes de la burguesía agrupados en esa capilla que se llama "Octubre"). Inmediatamente después de aprobada la Tesis de Pulacayo el POR fue parte integrante y dirección del Bloque Minero

Parlamentario, lo que demuestra que los trotskystas recibieron el apoyo electoral multitudinario de los trabajadores y de los sectores populares de la población en los centros mineros. Los poristas dirigieron los movimientos de masas durante el sexenio y, juntamente con el proscrito MNR, se convirtieron en el pararrayos de los embates de la rosca contra el movimiento obrero, en ese entonces ya estaba vanguardizado por los mineros (no puede olvidarse que en 1949, fue apresado y enviado al exilio el Secretario General del Partido cuando dirigía la huelga minera de Siglo XX-Catavi y que luego se transformó en general). Correspondió a los trotskystas poner en pie a la Central Obrera Nacional (CON), uno de los mayores esfuerzos organizativos encaminados a estructurar a los trabajadores alrededor de la Federación de Mineros y que logró aglutinar a grandes sectores de trabajadores; desde la CON se libraron batallas decisivas alrededor de la consigna de la sindicalización campesina y de los funcionarios públicos. Esos Comités de Coordinación y Cuatripartitos, que importaron la acción común de las tendencias obreras contra el gobierno reaccionario y antiobrero (se tuvo que batallar y actuar clandestinamente para burlar las medidas antisindicales de la junta militar dirigida por Ballivián) contaron con la concurrencia del POR como fuerza obrera de importancia y que no podía ser ignorada ni por sus adversarios. Toda esta gigantesca labor política, programática y organizativa, no fue suficiente para arrancar a las masas de la gran avalancha nacionalista; una serie de circunstancias históricas conspiraron contra el fortalecimiento del Partido, razón por la que en las jornadas de 1952 apareció mediatizado (en gran medida se pagó caro la crisis interna del trotskysmo mundial). Inmediatamente después de 1952, la fracción porista dentro de la COB, cuya fundación se debió en gran parte a los militantes trotskystas, era una de las más fuertes. Para neutralizar a la Central fue necesario que el gobierno movimientista, apoyándose en la momentánea depresión obrera, la burocratizara. El stalinismo y el MNR desde el poder arremetieron contra el Partido, llegaron a escisionarlo contando con la complicidad de las tendencias nacionalistas (una prueba de que el propio proceso de formación del programa no había sido llevado de manera satisfactoria). Antes de 1953, fue el POR el que acaudilló a las masas campesinas en la conquista directa de la tierra, una acción realizada contra la acción común del oficialismo y los gamonales. Durante el sexenio el Partido comenzó a editar su periódico y lo hizo en cifras extraordinariamente altas. Diez mil ejemplares eran vendidos directamente por la militancia; cuando se desencadenó la represión, el periódico central fue editado clandestinamente en imprenta. Lo anterior, que es un ligero e incompleto repaso de lo que hizo el POR, quiere decir que logró penetrar en las masas, organizar núcleos en su seno y adquirir una rica experiencia organizativa. Sería absurdo sostener que toda penetración en los sindicatos es sinónimo de la transformación de Partido en organización de masas, lo que sería una conclusión ingenua. Todo esto ocurrió una década antes de la fecha señalada por los nacional-foquistas como comienzo de la vida partidista. La marcha de POR hacia el encuentro de las masas fue precedida por una apasionada lucha interna alrededor de la precisión programática y de la modificación de las normas organizativas. En ese momento sí se podía hablar sin faltar a la verdad, que el Partido no tenía

-tradición organizativa en los centros obreros, pues toda su actividad se había reducido a los círculos de propaganda. En el duro trabajo diaria se tuvo que aprender a organizar y comprender lo que es la célula, como forma básica organizativa; en la materia se comenzó de cero, si se exceptúan los escritos de los clásicos, que son ya aportes valiosos.

¿Por qué los revisionistas incurren en la arbitrariedad de sostener que el Partido no tiene una tradición organizativa, que precisa comenzar de cero? Esto no es sólo una falsificación, sino que denuncia propósitos políticos concretos: para los nacional-foquistas urge declarar solemnemente la inexistencia del POR (de enunciado programático y organizativo se ha convertido en artículo de fe, pues los ultristas pequeño-burgueses repudian al marxismo que es ciencia para reemplazarlo con mitos y ritos destinados a impresionar al primer imberbe que aparezca) para poner en pie, partiendo de cero en materia de ideas políticas y de organización, un partido organizado dentro de las normas foquistas y con una estrategia nacionalista. No podemos caer en engaño, los nacionalistas buscan crear un otro partido, totalmente diferente y opuesto al POR, que es ya historia, carne de la carne de los explotados y que resume las tradiciones de las luchas sociales de Bolivia. Para alcanzar la materialización de este propósito nada más adecuado que ignorar toda la tradición organizativa, agrupar activistas al margen de nuestras normas programáticas y estatutarias e imponer esta "columna" como dirección política y convertir a las células en rebaños que no tienen más misión que seguir a los predestinados a la gloria. Para cumplir tal tarea contrarrevolucionaria no sólo se recurre a la falsificación de la historia, sino que se utilizan métodos vedados en cualquier organización revolucionaria, por muy incipiente que ésta sea. Los nacional-foquistas, habiéndose declarado tercamente en fracción, han salido del límite partidista y desde el exterior bombardean contra la integridad física del Partido, lo insultan y menosprecian. Alguna vez los revisionistas han transcrito párrafos de la tesis que sobre organización adoptaron los cuatro primeros congresos de la IC; es a ellos que, con apoyo de dichos documentos, les decimos que su innoble conducta es criminal y merece ser severamente sancionada. "Pero aun si esta decisión de la organización o de la dirección del partido es errónea según el criterio de algunos camaradas, éstos nunca deben olvidar en su acción pública que la peor infracción disciplinaria y la falta más grave que se puede cometer durante la lucha es romper la unidad del frente común o debilitarla. El deber supremo de todo miembro del Partido consiste en defender contra todos a la IC. El que olvida esto y, por el contrario, ataca públicamente al Partido o a la IC debe ser tratado como un adversario" ("Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los PP CC", III Congreso de la IC).

La "teoría de que el POR es una página en blanco en materia organizativa es una impostura antipartidista que busca transformarla en organización foquista. El compilador del folletín no ha caído del cielo, lo poco que sabe alguien le ha enseñado, el programa que ha leído y asimilado mal ha ido forjándose lentamente, partiendo de experiencias partidistas y de los obreros organizados; en esta tarea necesariamente se han estructurado los primeros

cuadros, que pese a sus limitaciones y defectos tienen existencia real, todo esto es organización y tradición. Mal puede emprenderse una acción por la superación organizativa olvidando todo lo hecho en la materia, sin someterla a un examen crítico, y sin asimilar sus enseñanzas. Otra cosa es que se busque reemplazar totalmente al POR por otra organización no revolucionaria y no marxista, entonces todo lo que hemos hechos bien o mal no sirve para nada; tal es la actitud de los revisionistas.

Es evidente que los trotskystas y los revisionistas nacionalfoquistas tienen ideas organizativas diferentes y opuestas y esto es inevitable y elemental si consideramos que persiguen diferentes finalidades estratégicas. Lo lamentable y peligroso radica en que los nacional-foquistas quieren destruir al partido revolucionario para sustituirlo por su caricatura, a fin de que pueda plegarse dócilmente a los gobiernos nacionalistas uniformados y sea capaz de consumir cualquier aventura. Las diferencias no se refieren únicamente a los grandes principios organizativos sino a las cuestiones más primarias y básicas, a la concepción de la célula, por ejemplo.

Los principios organizativos deben materializarse en la práctica y tienen que partir de ésta, enriquecerse con la experiencia diaria. Los nacional-foquistas han demostrado en los hechos lo que entienden por célula partidista y han aportado argumentos directos e indirectos para justificar sus propósitos. Sinteticemos lo que han dicho y hecho al respecto:

1. Han convertido su célula en una secta manejada despóticamente por una camarilla, donde ha sido desterrada la democracia interna, pues el nombre de la organización ha sido arbitrariamente colocado al pie de documentos políticos no estudiados ni discutidos.
2. La célula ha sido totalmente aislada del resto del Partido, al extremo de que se ha convertido en territorio libre donde no se acatan las decisiones de la dirección, se ha prohibido adquirir propaganda partidista, leer los boletines internos, etc.
3. Actúa como dirección soberana y a sus representantes ante los organismos de dirección les obligan a actuar subordinados a mandatos imperativos, rompiendo normas tradicionales partidistas al respecto.
4. Las ideas organizativas de los dirigentes de la célula conducen a considerar al Partido no como una unidad donde las células realizan trabajo colectivo, sometidas a una sola dirección, integradas en un único cuerpo, sino como una federación de células independientes, por lo que cada una de ellas se declara dirección y trata con las otras o con los comités de potencia a potencia, como si se tratara de realizar frentes y no de integrarse efectivamente en un organismo superior. Esta concepción es diametralmente opuesta a la de partido centralizado, parecería haber sido tomada de los anarquistas, pero creemos que tiene otras implicaciones políticas.

La concepción federalista del Partido se hace evidente cuando proponen organizar un Comité Central con representantes de los comités regionales y éstos con portavoces de las células, como si esos comités y las células fueran otros tantos partidos dentro de uno más grande. Comités Regionales y células son partes integrantes de un todo que se llama Partido. Ese es el espíritu de los estatutos cuando determina que el congreso nacional o los regionales eligen (los congresos, no las células ni los Comités Regionales) a las direcciones, sin tomar en cuenta a qué células o regionales pertenecen los candidatos, únicamente recomiendan incorporar al mejor portavoz de la fracción opositora. Este es designado por los congresos y no enviado por su fracción, lo que viene a remarcar el concepto de unidad del Partido. Los Comités Regionales se conformarán de cinco miembros y este número crecerá con el aumento de militantes; como se ve, se toma en cuenta el número de militantes y no el de células para la estructuración de las direcciones. El federalismo, contra el que tanto luchó Lenin, no tiene cabida en el Partido. Para los nacional-foquistas se trata de preservar la independencia política y organizativa del grupo selecto de activistas, predestinado a ser dirección y más tarde Partido.

5. Los desviacionistas, de acuerdo a sus concepciones políticas aventureras e infantistas (a la definición del Partido como vanguardia del proletariado le añaden el término combatiente, ni duda cabe que para significar que su objetivo permanente es poner en actividad las armas de fuego en cualquier momento) y que parecen apoyarse en la "teoría" de que el proletariado está siempre presto a tomar el poder, han escrito que la función básica de la célula es la agitación (sabemos que esto es válido sólo en determinados momentos que son excepcionales, en otros habrá que centrar la actividad en la propaganda y permanentemente esta organización básica debe educar a los militantes).

6. En el folletín se lee que el rasgo diferencial de las células poristas radica en que "se ocupan de las cuestiones de empresa" (esto no es estrictamente foquista y en él pueden descubrirse los rastros de la deformación sindicalista, que de tarde en tarde aparece en las concepciones de los nacionalfoquistas), en realidad se trata del rasgo común a todas las tendencias políticas que penetran en las fábricas, cada una de ellas trata y resuelve los problemas de los lugares de trabajo de acuerdo a sus propios programas, es en esto donde hay que buscar las diferencias. Los falsificadores sostienen que los partidos stalinistas se han vuelto socialdemócratas en organización, lo que permitiría pensar que nuevamente reconocen el derecho a formar fracciones y que el centralismo riguroso ha sido sustituido por el democratismo a ultranza. "Existen en muchos lugares -informan- células de empresa del Partido (comunista), pero se hallan lejos de modificar los métodos de trabajo. Discuten las cuestiones del Partido, participan en las campañas de reelección de los comités de empresa, incluso editan a veces periódicos de fábrica, pero no se ocupan de las cuestiones de empresa". Los stalinistas franceses e italianos, que dominan monstruosas fábricas, no podrán menos que estudiar "las cuestiones de empresa" donde

tienen sus cuarteles generales y las soluciones las darán conforme a su programa contrarrevolucionario.

Por otro lado, el stalinismo al abandonar la estrategia revolucionaria, al reactualizar las ideas mencheviques, necesariamente ha tenido que deformar la concepción organizativa de los bolcheviques y lo ha hecho al sustituir el centralismo democrático con el centralismo burocrático, con la infalibilidad de las direcciones y el culto a la personalidad, esto supone que sus células ya no discuten debidamente los problemas políticos y partidistas. En los mal llamados PP. CC. a la flojedad organizativa de la socialdemocracia se opone la dictadura secante de la burocracia.

También escriben que el centralismo es sinónimo de ilegalidad (considerada como la forma superior del trabajo revolucionario); pero en su militancia diaria son federalistas. Esta aparente contradicción tiene como punto de partida la certeza de que los nacional-foquistas se consideran a sí mismos dirección y partido, y al POR como algo despreciable, que lo toleran (a condición de que acepte sus imposiciones) porque puede proporcionarles algunas ventajas materiales.

La célula no sólo une a la vanguardia organizada de la clase obrera (partido) con el grueso de ella, sino que cumple otras funciones fundamentales para la vida partidista: permite que los militantes se integren a la vida política de la organización, no sólo que discutan su orientación y actividad diaria, sino que contribuyan a la fijación de la línea política; efectiviza el centralismo democrático (la discusión interna y libre como el paso necesario para hacer posible la acción unitaria en el exterior); es el marco en el cual se hace posible el trabajo colectivo, en equipo, de los militantes, no sólo entre los miembros de la célula, sino de éstos con el resto del Partido, que de esta manera se convierte en unidad superior.

Para los nacional-foquistas estos problemas no existen, todas las cuestiones partidistas las concentra y resuelve un equipo de activistas profesionales, las agrupaciones de obreros no serían más que instrumentos de aquel.

## La dirección

La desviación foquista es mucho más evidente tratándose de la dirección. Siempre hemos creído que la dirección es el resultado del trabajo colectivo partidista y que la célula es donde los dirigentes se seleccionan y forman. Si bien la organización es todo un proceso que se desarrolla en el caldero de la lucha de clases y a través de las pugnas internas (no es algo acabado y perfecto que viene de algún lugar que está fuera de la propia actividad de las masas), la estructuración de los equipos dirigentes son parte de este proceso, sólo a los foquistas se les ocurre que la dirección y el Partido mismo no son más que un puñado de activistas esmeradamente entrenados y que, en cierto momento,



serán colocados en medio de la lucha política y social. La desesperación por el rápido mejoramiento de la organización (desesperación que parte de supuestos falsos) se exterioriza en el deseo de que aparezca milagrosamente un Lenin que con su genio individual sea capaz de sacar una organización de la nada. Hay que decirles que Lenin fue el fruto sazonado de la actividad larga y dificultosa de todo el partido bolchevique; su misma obra intelectual admirable fue también una creación colectiva. El genio de Lenin radica en que supo dar coherencia y asimilar las grandes experiencias M proletariado ruso y de su propio partido; así se explica que junto a sus grandes aciertos, estén sus equivocaciones, sus dudas y sus confusiones. El supuesto Lenin, acabado y maduro, llegando al Partido desde el exterior es puro foquismo. El Che y sus colaboradores, debidamente armados y pertrechados, pueden ser trasladados en avión no importa a qué escenario geográfico y político. Ni Marx ni Lenin, pese a su gran pasión por las lecturas y el estudio, se formaron únicamente en gabinetes cerrados, sino que precisaron intervenir directamente en las luchas sociales y partidistas, en el calor de su experiencia diaria comprobaron la validez y limitaciones de sus conclusiones teóricas. El Programa de Transición no es el resultado del genio individual de Trotsky, sino el balance crítico de las enseñanzas del movimiento revolucionario mundial y del leninismo; el genio de su autor radica en haber podido presentar un armonioso conjunto de tan variadas y ricas aportaciones, es, pues, el resultado de un trabajo colectivo. La experiencia más elemental en materia organizativa enseña que los cuadros dirigentes, que aparecen en la célula y la actividad cotidiana, se van formando lentamente en el seno de la clase (no en vano la célula es la organización de quienes trabajan en un determinado lugar) y el Partido se encarga de educarlos y permitirles su constante superación, el perfeccionamiento de sus cualidades personales, no de una manera libresca, sino, poniendo en sus manos el instrumento del marxismo para que aprendan a actuar adecuadamente en el seno de las masas y a resolver todas las dificultades. El dirigente es producto del Partido, es decir, de la célula.

Rosa Luxemburgo, que tantos errores cometió en materia organizativa, escribió, sin embargo, acertadamente que "la organización debe formarse como producto de la lucha".

El foquismo al proponernos la formación al margen del Partido (no es casual que ellos se empaquen en borrar toda huella de organización partidista y partir de cero) de un equipo de e activistas dirigentes, que deben ser declarados profesionales (no porque entregan lo mejor de si al movimiento, sino por ser rentados) y a los que se debe dotar de todos los medios económicos y materiales necesarios (no como resultado del trabajo partidista, sino que una "comisión especializada" los sacará de algún lugar extra Partido), está renegando del concepto bolchevique de la dirección para sustituirla por una columna foquista. Este puñado de especialistas es ya indiscutida dirección y correrá a cargo de él la formación de las células, que no tendrán nada que aprender en la práctica diaria, ni estructurarse debidamente en ella, sino que nacerán perfectas y armoniosas fuera del Partido y de las masas, incubadas en un laboratorio o



como Minerva en la cabeza de Júpiter. No sólo son dirigentes especializados, sino que necesariamente serán infalibles y superdotados, como lo es el jefe del foco, al que vio se le discute y si solamente se le obedece. Este natural culto a la personalidad se complementa con una inevitable división del trabajo: la cúpula dirigente piensa y ordena y los militantes, que pueden agruparse en células o columnas, se limitan a obedecer disciplinadamente. De esta manera la célula deja de ser la organización fundamental del Partido y se transforma en un simple, instrumento en manos de los activistas profesionalizados y especializados en los trajines conspirativos.

Hay una estrecha relación entre dirección y partido y aquella es producto de toda la actividad e historia de partidistas. Aunque la dirección impulsa u obstaculiza el desarrollo partidista, de ninguna manera es o puede considerarse extraña a la organización. Para el foquismo sólo cuenta el equipo activista dirigente, todo lo demás es accesorio; en gran medida extraño a la organización, impuesto\_ a ésta desde fuera y no su producto. Del mismo modo que el foco nada tiene que ver con la revolución, la dirección foquista sólo puede destruir al partido de la clase obrera.

## Centralismo democrático

Los nacional-foquistas se han declarado fracción y amparándose en esto actúan en la práctica contra el centralismo democrático y en sus escritos demuestran que ignoran su significado leninista. Nos dicen que han venido a la organización como fracción, lo que equivale a reconocer que la han engañado, porque si hubieran obrado abiertamente las puertas partidistas se les hubieran cerrado, esto en respuesta a sus ideas programáticas; sería un suicidio permitir el ingreso de una fracción que proclama su disconformidad con el programa vigente y su estrategia.

La democracia interna y la actuación unitaria en el exterior no son dos proposiciones independientes entre sí, forman una unidad. La más amplia democracia interna, la más despiadada crítica y autocrítica sólo tienen sentido si sirven para hacer posible una granítica acción unitaria en el exterior. En el folletín encontramos esta perla que nos da la clave de la inconducta de los desviacionistas: "Las organizaciones del Partido no esperaban las indicaciones del Comité Central, de los Comités Regionales, provinciales o de ciudad. Sin aguardar estas decisiones, obraban de acuerdo con las condiciones locales y con los acontecimientos, dentro del marco de las decisiones del Partido y de las directivas generales. La iniciativa de las organizaciones locales del Partido, de las células, era avivada... Los comités de provincia y locales publicaban sus manifiestos y volantes en todos los casos oportunos y por iniciativa propia. En muchos partidos comunistas (stalinistas), existe, por desgracia, un ultracentralismo, sobre todo en los partidos legales. El CC. debe suministrar volantes a las organizaciones locales, debe incluso pronunciarse de antemano sobre los acontecimientos de interés local para que despierten

las localidades”.

Lo anterior importa reducir el centralismo democrático a su caricatura; mas no se trata de una apreciación ingenua; mañosamente se pretende meternos gato por liebre. No está en discusión si los comités locales (direcciones locales) deben o no lanzar sueltos y periódicos sobre los problemas políticos y sociales que se presenten (eso puede hacerlo y lo hace la dirección de la fábrica), de si debe avivarse o aplastarse la iniciativa de los comités, células y hasta militantes (la actividad clandestina exige, por ejemplo, que la iniciativa individual se manifieste plenamente, desde el momento en que no hay un catálogo que contenga las respuestas a todas las situaciones que se presentan en la militancia diaria), sino que, bajo ningún pretexto, una fracción puede aparecer en el exterior con sus volantes, publicaciones y su línea política propia y diferente a la del Partido, por algo es fracción. Cuando una fracción sale a la calle con sus grandes iniciativas, con sus volantes, periódicos y sus propios voceros, que necesariamente exteriorizarán orientaciones políticas diferentes a las oficiales, está cometiendo un acto antipartidista, está obrando en favor de la escisión y está contribuyendo a convertir en cero la actuación del Partido, sembrando la confusión en los lugares escogidos para el trabajo de penetración o allí donde se tenga influencia, de manera que la captación de militantes y la organización de células puede quedar totalmente anulada. Tales desviacionistas deben ser expulsados.

Hay que repetir que no puede haber actividad revolucionaria sin iniciativa de las células y de los militantes, pero la iniciativa contra el centralismo es antipartidista.

Si el centralismo democrático es algo más que el amontonamiento de dos palabras sin sentido alguno, las fracciones tienen que desarrollar su iniciativa, en la medida que deseen, dentro de la organización y no fuera de ella. Supongamos que las diversas instancias de la dirección no digan nada sobre los problemas políticos y sociales que se presentan en una localidad (situación en la que el Partido necesariamente deberá dar su respuesta), aun en este caso insólito las fracciones no pueden salir al exterior con su programa antipartidista, si lo hacen siguen cayendo en el divisionismo. La actividad de las direcciones locales y celulares tiene como límite necesario (la iniciativa debe desarrollarse únicamente en ese límite) el programa del Partido, sus estatutos y las decisiones de las instancias superiores de dirección. Algo más, la dirección tiene el deber primordial de impartir las líneas generales de actuación ante toda modificación de la situación política. La actividad aislada y por su cuenta de las células habla ya de un malestar organizativo y político; la dirección tiene que cumplir su tarea elemental de coordinar los movimientos de todas las partes del Partido en un determinado sentido, lo contrario sería coadyuvar al desperdigamiento de energías y a la atomización partidista. La actividad de la fracción es garantizada sólo hasta tanto no comience a actuar como partido (con línea política y publicaciones propias), si lo hace debe inmediatamente ser expulsada.

No es exacto que los partidos legales sean más proclives que los ilegales hacia lo que llaman el ultracentralismo (nos parece que esta desviación debería referirse a la hipertrofia del centralismo a costa de la democracia interna y no únicamente a la nimiedad de que el CC. envía o no volantes a las células, lo que impide que éstas lo impriman, por su cuenta; presentando el problema de manera tan pueril se da a entender que lo ideal es el trabajo atomizado e incoherente del Partido), las cosas se presentan de manera diferente: en la ilegalidad es cuando la dirección domina a los dirigentes medios y copta a quienes deben sustituir a los dirigentes nacionales ausentes, es cuando se encuentran los mayores obstáculos para que se desarrolle ampliamente la democracia interna.

Es también pueril presentarla degeneración organizativa del bolchevismo encarnada en los stalinistas como sinónimo de "ultracentralismo" descrito más arriba. La burocracia moscovita al abandonar el programa revolucionario no pudo menos que transformar profundamente al partido de Lenin; lo hizo para perpetuar a la burocracia en la dirección, para dividir a la organización en jefes infalibles y masas obedientes (en esto se parece mucho al foquismo), por esto no tuvo más remedio que sustituir el centralismo democrático con el centralismo burocrático, que importa la desaparición de la democracia interna (la organización de fracciones es castigada con la expulsión) y la transformación del centralismo en la dictadura de la burocracia.

El absurdo enfoque del centralismo democrático por parte de la fracción nacional-foquista tiene su explicación. Como ellos se consideran dirección omnímoda, ya como un partido nuevo, como grupo de elegidos e infalibles especialistas en la conspiración, les parece absurdo que alguna dirección partidista pretenda impedirles expresarse públicamente, salir de los límites de la organización y dedicarse a la tarea de desprestigiarla e insultarla. El foco con su actividad y su infalibilidad resuelve todos los problemas políticos y partidistas y sólo los contrarrevolucionarios pueden poner trabas a su actuación. Desgraciadamente en un partido bolchevique, una fracción ve sus derechos limitados en el exterior y su misma acción fraccionalista reducida al interior del Partido. Nuestros revisionsitas se levantan airados contra las normas básicas de la organización bolchevique.

## Trabajo legal e ilegal

En la tesis sobre organización de la IC que hemos citado encontramos todo un capítulo dedicado a señalar la urgencia de que los partidos revolucionarios liguen el trabajo legal con el ilegal. En los países "democráticos", los que se organizan para expulsar del poder a la clase dominante y para acabar con el régimen de la propiedad privada de los medios de producción, realizan, necesariamente, actividades conspirativas y al margen de la ley, por esto deben mantener un aparato clandestino junto a la organización legal. En los países donde la vigencia de las leyes es sustituida por la despótica voluntad de

los dictadores, donde los "extremistas" ya no son considerados seres humanos y se busca exterminarlos físicamente, es preciso, sin embargo, que el partido revolucionario clandestino sepa aprovechar todos los resquicios de la legalidad, debe también organizarse para este trabajo. En los partidos revolucionarios se ha conocido todo un período de apego romántico a la clandestinidad, que, ni duda cabe, ha sido una actitud infantilista que ha empujado al juego de la ilegalidad. La clandestinidad crea una serie de obstáculos que le impiden al Partido llegar hasta el grueso de las masas no organizadas. No se debe olvidar que los bolcheviques se dieron modos para burlar a la censura (uso de lenguaje esópico) y así difundir legalmente sus ideas, que participaron en el parlamento cuando su dirección nacional estaba en la clandestinidad. Como hay que rechazar el cretinismo de la legalidad parlamentaria (apegarse a la legalidad, incluso a cambio de ocultar y deformar el programa), también hay que repudiar el infantilismo de la ilegalidad convertida en juego.

Los nacional-foquistas toman el documento de la IC y le dan una interpretación arbitraria, por no decir absurda: sostienen que el trabajo legal debe destinarse a los sindicatos y el trabajo ilegal al Partido revolucionario. Esta división del trabajo parte de muchos errores elementales. Podríamos entender que sindicato y partido son la misma cosa; evidentemente se trata de dos organizaciones propias de la clase obrera, pero de naturaleza distinta, no sólo porque aparecen en diferentes etapas de la evolución de la clase, sino por sus finalidades y sus estructuras internas. Esta división del trabajo no tiene nada que ver con ligar el trabajo ilegal con el legal y el juego a la clandestinidad sigue en pie. Se trata, tal postura es una concesión a la desviación sindicalista, no otra cosa significa colocar en el mismo plano a sindicato y partido. El trabajo legal de los sindicatos no compromete la naturaleza del trabajo partidista.

Los revisionistas hablan del trabajo clandestino como ideal y como el único que debe realizar el partido revolucionario; todo intento de desarrollar actividades legales o de luchar por el imperio de la legalidad o de las garantías democráticas en favor del trabajo partidista se les antoja puro oportunismo. Este planteamiento no concuerda con el estudio de los textos bolcheviques sobre organización y sobre la experiencia que al respecto se posee, que es totalmente extraño a las concepciones y tradición poristas. El trabajo ilegal a porfía es típicamente foquista, parte de la suposición de que la lucha armada sería imposible dentro de un régimen constitucional y por eso se prefiere la acentuación de las medidas represivas, que para los terroristas son un justificativo y un pretexto propagandístico. Para los marxistas la revolución se produce no porque exista agravamiento de la miseria o de la represión (según la situación política y la actitud de las masas pueden convertirse en acicate de la acción de las masas o en factor negativo) sino por la elevación de la conciencia de clase del proletariado y por el lugar que éste ocupa en el proceso de la producción.

La fundamentación teórica del despropósito arranca de una otra impostura: que sostiene que en Bolivia no habrá más que regímenes fascistas y que toda apertura democrática debe considerarse extremadamente excepcional. No se dice en qué se basa semejante fatalismo. La historia (también la nacional) y la teoría enseñan que la utilización de los métodos fascistas de gobierno son, precisamente, cartas excepcionales, que la burguesía las utiliza casi siempre para contener a las masas que se encaminan hacia el poder. Hemos visto una y otra vez que toda vez que los métodos dictatoriales se han agotado, cuando ya son rebasados por los obreros, la reacción, el imperialismo y sus sirvientes indígenas recurren a la ficción democrática. Lo que está ocurriendo en nuestro país es suficiente para rechazar la "teoría" nacional-foquista. Supongamos que fuese verdad lo que dicen los revisionistas, aun en ese caso el Partido debería agotar todos los medios haremos si se presenta la oportunidad de publicar un periódico legal (lo que nos permitiría llegar hasta el grueso de las masas muy fácilmente) ¿Aprovecharemos esa coyuntura o nos dedicaremos a jugar a la clandestinidad persistiendo en editar una hoja multicopiada? Si las imprentas nos abren sus puertas lo correcto es sacar toda la ventaja posible de este hecho, actitud que debe complementarse con el mantenimiento del aparato clandestino de publicaciones.

La concepción foquista del exclusivo y obligatorio trabajo ilegal del Partido parte de la incomprensión del proceso revolucionario protagonizado por las masas. Si la revolución fuese hecha por la minoría de elegidos (foco o columna) a nombre de los explotados y en sustitución de ellos se podría concluir que hasta el momento mismo de la toma del poder imperarán las condiciones de ilegalidad para los revolucionarios y la no vigencia de las garantías democráticas para el movimiento obrero. Es dentro de esta perspectiva, que se propugna el trabajo ilegal como el único revolucionario. El trotskismo, que no es más que la continuación de la política leninista, no tiene nada que ver con aventurer: smos de ninguna especie y menos con la postura infantilista que se complace a jugar a la clandestinidad.

La revolución la harán las masas o ésta no se dará; los grupos de activistas especializados en subversiones pueden consumir un putch, pero no la revolución. Las masas explotadas al ponerse en pie para la lucha, al marchar hacia el poder y a su liberación, necesariamente van imponiendo, en la medida en que adquieren fortaleza, la vigencia de las garantías democráticas; van creando sus órganos de poder, que no sólo son dirección soberana, sino que actúan como poderosos canales de movilización. Todo este proceso no puede darse en la clandestinidad, necesariamente precisa que estén en vigencia las garantías democráticas, como imposición de los que se han convertido en amos de las calles. Las organizaciones soviéticas serían inconcebibles si no pudiesen concentrar, reunir y organizar a las más vastas estratas de las masas. La revolución boliviana volverá a recorrer el camino de la Asamblea Popular y esto supone que los trabajadores y las otras clases sociales oprimidas puedan deliberar públicamente, es decir, que realicen una actividad legal. En la misma medida en que las masas imponen las garantías democráticas, éstas tienen

también vigencia para el partido revolucionario, que aprovecha plenamente estas ventajas. Es una impostura la especie de que a la insurrección se llega únicamente por los vericuetos de la ilegalidad; lo que ocurre es precisamente diferente, antes de la insurrección se conocerá un período de legalidad. Los poristas, juntamente con los trabajadores, luchamos por la conquista de las garantías democráticas y es claro que entendemos que éstas también nos beneficiarán. Pero, antes de que se impongan las garantías democráticas, en plena ilegalidad, el Partido tiene que saber encontrar las formas de lucha legal, por muy pequeñas que sean.

Los nacional-foquistas, para encubrir su verdadera fisonomía, reducen el bolchevismo al puro trabajo ilegal.

No hay por qué extrañarse que los nacional-foquistas sostengan que en el Partido debe imperar una disciplina militar. Las órdenes del jefe del foco son simplemente obedecidas y esto por la sencilla razón de que se trata de actuar conforme a un esquema y no de fijar una línea política. Esta disciplina tiene mucho de militar y se aparta del centralismo democrático. El trabajo cerradamente ilegal (asaltos, secuestros, etc.) será mejor si no hay discrepancias y discusiones que pueden poner en duda la infalibilidad de los jefes predestinados. Esta concepción de la disciplina es foquista y no marxista. Para nosotros la disciplina más severa en el Partido se basa en la convicción política, es voluntaria y resulta de la democracia interna plenamente observada, en esta medida nada tiene que ver con la disciplina militar.

Las deformaciones llegan a extremos insospechados y presentan la pretendida identidad de centralismo e ilegalidad como idea bolchevique. El Partido en todas las circunstancias, inclusive en los períodos de mayor clandestinidad, agotará todos los recursos para hacer posible la vigencia de la democracia interna, no por apego a un barato democratismo, sino porque constituye el mejor camino para hacer posible el trabajo centralizado y unitario.

Como los nacional-foquistas para engañar tienen necesidad de disfrazarse de leninistas, vuelven a falsificar al autor del "¿Qué hacer?". Cuando éste enumera las premisas para la existencia y supervivencia del Partido creen que está justificando el exclusivo trabajo ilegal: "Yo afirmo: 1. Que no puede haber un solo movimiento revolucionario sólido sin una estable organización de dirigentes que mantenga la unidad; 2. Que mientras más poderosa sea la masa arrastrada espontáneamente a la lucha, constituyendo su base y participando en ella, más indispensable es esa organización y más sólida debe ser, pues de otro modo sería fácil a los demagogos arrastrar a las capas atrasadas de la masa; 3. Que esta organización debe componerse principalmente de revolucionarios profesionales; 4. Que en un país autocrático, cuando más reduzcamos los efectivos de esta organización, hasta el punto de no aceptar en ella más que a algunos revolucionarios profesionales iniciados en la lucha contra la policía política tanto más difícil será "coparla..."



## La cuestión económica

El bolchevismo considera que es militante aquel que, entre otras condiciones, cotiza normalmente al Partido, que contribuye a solventar las necesidades económicas de la organización. La experiencia enseña que no se trata de una simple formalidad, sino, de una obligación con contenido político. Nosotros no podemos concebir un partido medianamente organizado que no sea capaz de financiar sus gastos, de costear sus publicaciones, etc. La organización nos debe permitir superar las dificultades que se presentan en la actividad diaria y entre éstas se encuentran las de carácter económico.

Los nacional-foquistas echan por la borda la anterior concepción elemental del bolchevismo y colocan en su lugar una salida que tiene estrecha relación con el foquismo y ninguna con el marxismo. Cuando el Partido basa su economía a en la cotización de su militancia y el producto de la venta de la propaganda, está suponiendo que su fortaleza económica es el resultado de su fortaleza organizativa. La práctica enseña que el estado de la economía constituye uno de los mejores índices del grado de desarrollo que se ha alcanzado en la organización.

Los revisionistas proponen la creación de una comisión económica (a nivel de CC) que debe encargarse de conseguir recursos económicos para las necesidades de toda la organización de los militantes rentados (funcionarios). La conclusión que puede sacarse de proposición tan antojadiza es que el Partido ya no tiene para qué preocuparse de su economía y menos de la cotización de los militantes, todo este trabajo colectivo de la organización lo suplantarán una parte del grupo de elegidos que se autoproclama dirección. ¿Y de dónde van a venir los recursos económicos? Los foquistas están seguros que la cuestión no atañe a la organización y que no debe discutirla (para un partido bolchevique este problema tiene que ser resuelto por las células, es parte de su trabajo cotidiano), pues es atribución del grupo especializado (una columna encargada de la recolección de dinero, etc.). De esta manera. la solución del problema económico queda fuera de la organización. Si se aceptase este criterio se tendría un Partido amputado, incapaz de resolver sus dificultades y dependiente de entidades que le son extrañas.

El foquismo obligadamente se plantea el problema de manera diferente a la que lo hace el bolchevismo. El pequeño grupo de especialistas y profesionalizados no tienen posibilidades de costear sus propias necesidades, por eso todo el problema pasa a manos de la comisión especializada. El partido revolucionario no es el foco sino la vanguardia organizada de la clase ligada a las masas, por esto una buena organización puede hacer milagros en materia económica, siempre que a ésta se la considere como trabajo colectivo.

En los grupos foquistas la comisión económica puede concluir convirtiéndose en la única y verdadera dirección, pues todos dependerán de ella para poder subsistir. De hecho las otras comisiones y la militancia se le subordinan, así



queda sentado uno de los requisitos de la inevitable burocratización.

Las innovaciones foquistas no acaban ahí, se proyectan sobre toda la estructura de la dirección. Se propone la creación de comisiones especializadas en trabajos de seguridad, militar, etc., siempre por encima de la organización, encargadas de suplantarla en estas actividades y no de coordinar el trabajo colectivo de las células. En el texto se dice que la comisión de seguridad cuidará de los perseguidos y les asegurará no caer en manos de la policía, les permitirá seguir trabajando en la clandestinidad. Las comisiones de seguridad y militar resolverán todo lo referente a su especialidad como círculos cerrados y se limitarán a imponer sus determinaciones al Partido. ¿Entonces qué harán las células? Obedecer simplemente y discutir los problemas de la fábrica (como si fueran una tendencia sindical simplemente y no parte integrante del Partido). No. Los trabajos de inteligencia, seguridad y militar corresponden a la comisión de organización, si respetamos los estatutos en vigencia, no como actividades privativas de un círculo cerrado, que tendrá a su cargo la coordinación de lo que debe hacer en este terreno la célula. Lo que buscan los nacional-foquistas es reducir el Partido al grupo de elegidos y creen que el resto de la organización (las células) no pasan de ser instrumentos pasivos. El Partido deja de ser la vanguardia clasista y no es más que el grupo de activistas que alguien nos envía y que se forma al margen de la accidentada vida de la clase.

## Partido de masas

Otra de las gruesas falsificaciones de los nacional-foquistas se refiere a la concepción del partido de masas que le atribuyen gratuitamente al Programa de Transición. Según ellos, Trotsky habría escrito que las masas en general están ya a la altura del programa revolucionario y que, por lo tanto, es suficiente que éste se dirija a ellas para transformarse automáticamente en partido de masas.

Todos saben que en ninguna parte de dicho Programa se sostiene semejante cosa. Este documento, en sus primeras páginas, analiza la madurez en extremo de las condiciones objetivas de la premisa económica que hace posible la revolución proletaria o sea el alto grado de desarrollo de las fuerzas productivas que chocan con las relaciones de producción imperantes, a esto se llama factor objetivo y no al desarrollo de la conciencia de clase, como alegremente sostienen los adversarios, que por su naturaleza es el factor subjetivo, por referirse al sujeto de la revolución. Cuando analiza el factor subjetivo pasa revista a la quiebra de los partidos tradicionales de la clase obrera (socialdemocracia y stalinismo), que han pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución, razón por la cual la Oposición de Izquierda, después del ascenso del nazismo al poder en 1933, se orientó a construir el partido mundial capaz de poner a salvo el programa leninista. La inquietud de las masas, su movilización, su actividad sindical (acababa de estructurarse

la CIO norteamericana, superando en mucho a la tradicional y conservadora AFL), se veían entrabadas por los partidos no revolucionarios. La conciencia de clase es todo un proceso que conoce altibajos y que desarrollándose al margen del Partido precisaría demasiado tiempo para llegar a un alto nivel, que, conforme enseña el "Manifiesto Comunista", no puede menos que traducirse en el Partido. Mientras las masas no puedan emanciparse de la dirección e influencia ideológica de partidos traidores y contrarrevolucionarios no se puede decir que su conciencia de clase ha llegado a un alto nivel, al nivel del programa revolucionario, lo más que puede sostenerse es que aparecen los primeros elementos de esa conciencia. La práctica enseña, y Trotsky lo subraya en su "Historia de la Revolución Rusa", que las masas en sus múltiples movilizaciones no van automática y directamente al encuentro de su propio partido, sino que van probando la fidelidad y firmeza revolucionarias de diferentes organizaciones; cada vez más de izquierda, a través del método de las aproximaciones. Todo esto se ha dicho para demostrar que es un absurdo mecanicista e infantil, sostener que las masas como tales ya están a la altura del programa revolucionario y que por tanto están prestas para sumarse al Partido y que lo único que falta es que éste les abra sus puertas. Lo más frecuente es que las masas que se radicalizan en una etapa política conozcan seguidamente una depresión y no alcancen a encontrar a su partido; no sólo porque éste comete errores en su actuación o tiene fallas organizativas, sino, sobre todo, porque aún no se han logrado emancipar de la influencia ideológica y organizativa de las clases extrañas: la radicalización y movilización pasan por polos políticos no proletarios. Los explotados antes de encontrar su partido tendrán que saber, por experiencia propia, que las organizaciones por las que están de paso no son de su clase, que no plantean su liberación. No toda movilización de las masas es sinónimo de un alto grado de la conciencia de clase, aunque puede ser el punto de partida de esa evolución.

Cuando un sector sindical adopta un documento radical, en el que puede hablarse inclusive de gobierno obrero, está dando un paso adelante en la estructuración del proletariado como clase para sí; pero, dicho documento adolece de una falla fundamental: no establece el papel del partido obrero en el proceso revolucionario, lo que a la larga puede entrabar un mayor desarrollo de la clase; las capas más rezagadas del sindicalismo llegan a la conclusión de que serán los sindicatos los que materialicen el programa radicalizado y consideran que gobierno obrero quiere decir gobierno de los sindicatos (qué sugerente que los nacional-foquistas repitan reiterativamente que los sindicatos mineros son revolucionarios por sí mismos, este error teórico y político se esfuerza por ignorar que algunos sindicatos de la minería privada se han colocado abiertamente al lado de los patrones). La adopción de una tesis sindical muy izquierdista no quiere decir que la masa obrera esté presta a sumarse al partido revolucionario, hace falta todavía que compruebe en la práctica diaria que los partidos a los que apoya (no obreros, aunque les atribuye consignas revolucionarias) no son capaces de llevar a la práctica las tesis sindicales, que las traicionan, que hay flagrante contradicción entre programa y organización. La conciencia de la clase llega a los escalones

más elevados cuando comprende que su misión es sepultar al orden social imperante (que supone su explotación y opresión) y que para cumplirla sólo dispone de un instrumento eficaz: su propio partido político, cuyo programa exprese conscientemente (políticamente) sus tareas históricas. La adopción de las tesis sindicales puede contribuir a que esto ocurra en el futuro, pero plantea la necesidad de que los obreros se convenzan de las limitaciones orgánicas del sindicalismo (sólo pueden hacerlo al constatar en la vida diaria las frustraciones a las que conduce la ilusión de que los sindicatos sustituyen al partido en el cumplimiento de los objetivos estratégicos) y de la necesidad inaplazable del partido. Lo dicho explicar por qué la Tesis de Pulacayo, no puede ser presentada como programa del Partido, pese a su indiscutible e indisimulable filiación trotskysta. Este es un otro reproche a los nacional-foquistas, que frecuentemente muestran las hilachas de su desviación sindicalista.

La Tesis de Pulacayo, trotskysta en todo su texto y producto de la actividad inicial del POR en el seno de los mineros, fue aprobada en 1946 y, sin embargo y violentando las ilusiones de los nacional-foquistas, los obreros no se sumaron masivamente a las filas del activísimo y visionario partido. ¿Qué había ocurrido? Los obreros aprehendieron (el término fue usado en nuestra polémica con los stalinistas que sostenían que el documento fue impuesto a través de una maniobra y que los obreros no podían entenderlo) algunos aspectos de la Tesis, aquellos que tenían relación con los problemas del momento y lo hicieron porque para ellos la respuesta a éstos era una necesidad: cómo luchar contra el gobierno oligárquico, contra el boicot sistemático de la gran minería; cómo subordinar las actuaciones políticas (parlamentarias) a los intereses de clase; cómo rechazar el arbitraje obligatorio, que todos los días funcionaba como un garrote que golpeaba la cabeza del movimiento obrero, cómo organizar sindicalmente a los explotados alrededor del proletariado. Nadie puede dudar que las consignas que tienen relación con los aspectos indicados son revolucionarias y que cumplieron la función de líneas maestras de la movilización de masas que desembocó en la revolución de 1952 (mejor, que transformó en revolución el golpe planeado por el MNR). Las masas habían madurado para esto, sólo para esto; conclusión que no es materia de discusión, pues lo único que estamos haciendo es constatar los hechos consumados.

Por importantes que sean los problemas señalados no son la parte esencial del documento, que está constituida por la parte que sostiene que las tareas democráticas (nacionales) sólo pueden ser cumplidas por el proletariado desde el poder, que contará con el apoyo militante de los campesinos (la alianza obrero-campesina constituye el eje de la estrategia revolucionaria), para ser transformadas en socialistas. Este planteamiento supone que el proletariado debe luchar básicamente por la conquista del poder y por convertirse en caudillo nacional, lo que sólo puede ser posible si se constituye en partido político, máxima expresión de su independencia de clase. La Tesis de Pulacayo sentaba así los fundamentos de la urgencia de luchar contra los partidos

de las clases sociales extrañas al proletariado, desenmascarar su verdadera naturaleza y sus limitaciones, que le empujan hacia la claudicación ante el enemigo foráneo. Este planteamiento es el fundamental porque se refiere a la tarea histórica central de la clase obrera. Los obreros radicalizados que protagonizaron tantas movilizaciones y batallas durante el sexenio demostraron no haber madurado aún para comprender y apropiarse de esa parte esencial de la Tesis de Pulacayo; su conciencia de clase en rápido desarrollo no había llegado a niveles muy elevados y los mineros, ya la vanguardia de los explotados, no estaban todavía a la altura del programa revolucionario (del programa del POR más que de la tesis sindical). Esto explica por qué la apasionada y terca campaña por ganar a la vanguardia del proletariado para el programa revolucionario e incorporarla al partido trotskysta (esa lucha por convertirnos en partido de masas ha sido admirable por muchos motivos) no hubiese dado los frutos esperados. Creemos haber proporcionado la causa más profunda que permitió al nacionalismo pequeño burgués (MNR), pese a la experiencia negativa del gobierno Villarroel, convertirse en el partido popular más poderoso de nuestra historia y, también, de la crisis política y organizativa que sufrirá un poco más tarde el POR. pues no pudo salir indemne de la poderosa presión nacionalista a la que fue sometido. No nos convertimos en partido de masas, ganamos cuadros valiosos, reajustamos nuestro programa y afirmamos nuestra concepción del rol del nacionalismo en la revolución boliviana, todo esto ha quedado como cimiento del futuro POR.

En 1952 se llegó a la conclusión de que no había más remedio que ayudar a las masas a vivir su experiencia dentro del gobierno nacionalista. Nuestra posibilidad de convertirnos en partido de masas se alejaba y el proceso de la evolución de la conciencia de clase ingresó a un período depresivo. Lo más que podía hacerse era ayudar a las masas a cumplir el camino de la diferenciación política en el menor tiempo posible y con ahorro de energías, el POR trabajó dentro de esa línea y podemos decir que ha sido justa. Sólo después de las masas superaron políticamente las proposiciones nacionalistas se planteó la posibilidad de trabajar en sentido de convertirnos en partido de masas; debe entenderse que se formulaba un trabajo de larga duración y no de que se produjese el milagro de que de la noche a la mañana seamos partido multitudinario, pues era preciso reajustar inclusive la estructura organizativa para hacer posible dicha labor. No se puede decir que ahora y de una vez por todas, las masas estén a la altura de nuestro programa, lo que existe es la posibilidad de que este hecho se dé. Que la madurez de la conciencia de clase no ha llegado aún a ese nivel se prueba por las dificultades que encontramos para penetrar en el seno de las masas y todos sabemos que una cosa es penetrar en ellas y otra transformarse en Partido multitudinario. Los nacional-foquistas demuestran no tener la menor idea de lo que es un partido de masas y nos dan como única referencia el objetivo del control de las direcciones sindicales. Sabemos por experiencia propia que bajo determinadas circunstancias no podemos ganar las elecciones sindicales a pesar de contar con cantidad considerable de militantes y con trabajo organizado en un sector; otras veces nuestro único militante puede convertirse en secretario general de

un sindicato, casi siempre porque no se conoce su militancia política y otros factores momentáneos. Lo evidente es que un trotskysta dirigente sindical precisa el apoyo de una fuerte organización de bases para poder realizar un trabajo de importancia y para no doblegarse bajo las presiones ejercitadas por las fuerzas contrarias.

El Programa de Transición no cayó del cielo, es, más bien, la continuación del leninismo. El III congreso de la IC, en su tesis sobre táctica, señala la urgencia de sustituir con reivindicaciones transitorias la vieja estructura de los programas socialdemócratas, que colocaban en lugar preeminente los objetivos inmediatos (reformas dentro del capitalismo), sin relación con el socialismo, y relegaban para una época indeterminada los objetivos históricos: la conquista del poder y el socialismo. En 1934, Trotsky redacta un esbozo y anticipo del Programa de Transición. 1938, fecha de aprobación del documento programático por la conferencia constituyente de la IV I, está marcada por el predominio del fascismo y la amenaza de la guerra. Trotsky tiene plena conciencia del escaso -escasísimo- número de sus adherentes y de que la regla es la incomprensión de las masas frente a la naciente Internacional y su programa, pese a que no hace otra cosa que seguir la línea señalada por Lenin y los primeros congresos de la IC. Un dato que demuestra la poca influencia del trotskismo en el seno de las masas: en Francia, en 1934, la Liga Comunista hizo intensa campaña en favor de un frente entre el PC y el PS; el frente fue sellado y concitó el entusiasmo de los obreros que se sumaron a ese movimiento, pero dejaron totalmente solos a los pioneros de dicha táctica.

Por todo esto, es absurdo sostener que el líder revolucionario hubiese sostenido que las masas estaban ya maduras en todas partes del mundo para la inmediata comprensión del Programa de Transición y para que el trotskismo se convirtiese rápidamente en un movimiento de masas. Lo que se hace es sentar el principio, refutando al sectarismo imperante en muchos grupos de izquierda, de la obligación de trabajar en el seno de las organizaciones de masas, aunque éstas estén controladas por el stalinismo o por la socialdemocracia. No es pues cosa del azar que muchos de los que inicialmente se movieron atraídos por los postulados de la Oposición de Izquierda hubiesen concluido sosteniendo la inconveniencia de la fundación de la IV I, partiendo, precisamente, de la evidencia de que se vivía en un período de reacción (en 1919, la naciente IC entroncó en el ascenso revolucionario que abarcaba a los explotados de gran número de países y se fortaleció al amparo de esa circunstancia, lo que no significaba que todos los partidos comunistas se hubiesen transformado rápidamente en partidos de masas).

La Conferencia Internacional de la IV I, realizada en 1946 (8 años después de su fundación), constata que la nueva Internacional no ha vencido su debilidad numérica y da la consigna de que los grupos de propaganda se orienten hacia las masas. La urgencia de romper el aislamiento motiva la adopción del entrismo -aconsejado por el mismo Trotsky- en los partidos socialistas, táctica que en general no logró resultados positivos. En 1948 se pudo comprobar que

en ninguna parte habían partidos trotskystas con fuertes ligazones en el seno de las masas (más tarde se citarán las excepciones de Ceylán y Bolivia).

## Problema electoral

Los nacional-foquistas, que han convertido en un principio abstracto el trabajo ilegal y sostienen que las masas están en todo momento prestas para tomar el poder y, por tanto, para sumarse a las filas partidistas y realizar el programa revolucionario, no pudieron menos que rechazar la propuesta de que el POR fije con claridad su política frente a las elecciones que comenzaron siendo anunciadas por el gorila Banzer. La acusación de los nacionalistas en política y ultraizquierdistas en organización, no fue otra que semejante planteamiento pecaba de oportunismo reformista y que por este camino se buscaba acomodarse a la legalidad. Es nuestra obligación desentrañar el contenido político de una postura que pretende pasar como muy revolucionaria.

En 1974 se ha avanzado, siguiendo la línea zigzagueante del gobierno militar (determinada por la lucha que sostienen entre sí los grupos militares y por las presiones exteriores), bastante trecho en el camino del verificativo de las elecciones. Lo que no supone que éstas no puedan ser olvidadas como consecuencia de un profundo viraje del oficialismo. Las elecciones, como ocurre en muchas partes (recuérdese los ejemplos del Paraguay y del Brasil, lo que no importa que Bolivia, que muestra particularidades políticas notables, siga ajustadamente el mismo camino), no quiere decir que el gorilismo modifique su esencia, sino simplemente que para continuar como dueño del poder precisa modificar en algo sus métodos de gobierno. Asegurada la victoria en las urnas del oficialismo; estamos seguros que se persistirá con la política antinacional, proimperialista y antiobrera, algo más, continuarán las medidas represivas y hasta se puede decir que es conveniente aceptar la posibilidad de que el Partido prosiga arrinconado en la ilegalidad. Con todo, este panorama no exime de la obligación de fijar nuestra política electoral, que, ni duda cabe, debe ser revolucionaria y fiel al programa trotskysta. No hacerlo significaría nada menos que olvidarse del programa del Partido o revisarlo abusivamente.

Hay que recordar que una reunión nacional aprobó nuestra posición frente al voto universal y sus emergencias, con relación a la dirección política del proceso revolucionario por parte del proletariado. Los foquistas no pueden menos que limitarse a la tontería de que hay que olvidarse de la política electoral porque somos ilegales por naturaleza, esto para justificar su repudio a una parte del programa. Esta vez el revisionismo se atreve a mostrar su rostro.

El carácter de farsa de las elecciones no impide que la mayoría nacional se vea involucrada en ella, que la movilización de las masas imprima una variante en su camino. No señalar la línea electoral sería contribuir a aislarnos de los explotados, a no ayudarles a vivir plenamente esta nueva e inevitable



experiencia y a sacar todas las conclusiones necesarias de ella. Dar las espaldas a las elecciones significaría asestar un rudo golpe al porvenir del Partido.

Extraña que sea dentro del POR que se den o se insinúen tales posturas ultraizquierdistas y sectarias. Nuestro Partido tiene una gran experiencia y tradición al respecto y es la única organización en el país que ha sabido llevar a la realidad el planteamiento leninista de transformar el parlamento en tribuna revolucionaria, que ha subordinado el método parlamentario a la acción directa, etc. Según el consejo de los nacionalfoquistas, el trotskismo debe despreocuparse de la discusión y agitación que rodea al proceso de preparación de la farsa electoral, preparación que se realiza con la finalidad de poner a salvo los intereses internacionales que representa el gorilismo. Parece que nuestros nacionalistas cifraban toda su esperanza en la imposibilidad del ingreso a un período electoral, que se les antoja la negación misma del gorilismo, este es uno de sus múltiples equívocos políticos.

En un período en el que las masas marchasen hacia el poder, una campaña electoral sería puramente distraccionista, por lo que el Partido debería decretar el boicot; esta es también una política en materia electoral y no se la debe confundir con la indiferencia pasiva. No estamos en esta etapa; el aflojamiento de las medidas represivas en el período electoral, la posibilidad de organizar y movilizar las filas obreras, de realizar amplia propaganda de nuestro programa, pueden beneficiar al movimiento revolucionario. La participación del Partido en la campaña electoral debe obedecer a la necesidad de desenmascarar la farsa, de consolidar la independencia de clase del proletariado y de dar una clara respuesta revolucionaria al problema electoral. El trotskismo tiene la posibilidad de transformarse en el polo aglutinante de los sectores populares con solo llevar hasta las masas su ya tradicional posición en materia electoral: explicación de la trampa electoral revelando que consiste en el manipuleo del voto campesino, en la sustitución de la voluntad de las masas con los manejos del caciquismo corrompido; utilización del voto negro (ese enorme cero que engloba seis cifras) para aplastar, diluir y hacer desaparecer la conciencia y pensamiento proletarios. La respuesta no es otra que la lucha sistemática por la conquista del voto privilegiado en favor de la clase obrera, por la ampliación de la ciudadanía plena en favor del hombre del agro y por la efectivización de la alianza obrero-campesina (si las masas del campo quieren liberarse tienen que seguir el camino señalado por la clase obrera). La independencia de clase del proletariado en ningún aspecto se expresa mejor que en la estrategia de éste, en las soluciones que propone a todos los problemas conforme a sus intereses históricos y que, por esto mismo, se diferencian de las respuestas dadas por los partidos de las otras clases sociales. Nuestra política electoral no es simple electoralismo, no es democratismo burgués, sino una respuesta revolucionaria a un problema político concreto y que se diferencia con lo que al respecto dicen los demás. Buscamos concentrar, organizar y educar a los explotados en la perspectiva revolucionaria durante el período electoral y evitar que sean arrastrados por el democratismo burgués, que se los embriague con las ilusiones electoralistas; queremos ayudarles a comprender



que su emancipación no está en la papeleta de sufragio sino en ellos mismos, en su organización y en la evolución de su conciencia de clase, en la acción directa.

El antiparlamentarismo furioso de los nacional-foquistas es consecuencia de su ciego apego a la tesis de que el fascismo en Bolivia es algo definitivo y de que no puede haber más forma de actividad partidista que la ilegal. Esta concepción lleva a conclusiones políticas absurdas y suicidas.

## Sindicatos revolucionarios

Los revisionistas han convertido en artículo de fe la especie de que los sindicatos mineros son esencialmente revolucionarios y de que, a veces, sustituyen al partido político, es decir, que son la dirección de las masas en la lucha por el poder.

Esta desviación sindicalista se actualiza para justificar posiciones foquistas (las masas están en todo momento listas para tomar el poder y lo único que hace falta es la acción de la columna de activistas; si no hay partido político, no importa, pues ahí está el sindicato para reemplazarlo, etc). Se olvida que la orientación política de los sindicatos está determinada por la filiación política de sus ocasionales direcciones. No es garantía de la conducta revolucionaria de las organizaciones gremiales la existencia de tesis sindicales trotskystas; hemos visto tantas veces cómo las burocracias comprometidas con la patronal y el oficialismo han actuado contra las determinaciones más solemnes de los congresos laborales. Lo más que puede esperarme es que las células poristas en el seno de los sindicatos trabajen empeñosamente para efectivizar las tesis revolucionarias; en este caso, que es la variante más favorable que puede, es el Partido el que está actuando revolucionariamente desde la palestra sindical y no el sindicato por sus virtudes congénitas.

Los revisionistas se equivocan porque parecen no comprender las diferencias que existen entre sindicato y partido. El primero es la forma elemental del frente de clase, es decir, supone la coexistencia de las tendencias obreras más diversas, junto a la masa apolítica; el partido es una organización políticamente homogeneizada alrededor de su programa. El centralismo democrático (que garantiza la aplicación unitaria del programa en el exterior de la organización) no puede ser aplicado en los sindicatos, pues no es posible obligar a los militantes de los diversos partidos a actuar en contra de sus convicciones; sólo puede regir la democracia sindical, que garantiza, precisamente, la existencia de diversidad de tendencias políticas. Esto explica por qué el Partido busca, dirigir políticamente a los sindicatos, pues le corresponde a él lograr que éstos efectivicen las tesis revolucionarias adoptadas en los congresos.

El papel fundamental del Partido no radica en luchar Únicamente por las reivindicaciones inmediatas (una lucha de la que no puede marginarse la organización partidista, o de servir de canal de movilización de las masas, sino en conquistar el poder político y en dirigir a las masas hacia esta finalidad estratégica. Por su propia naturaleza, los sindicatos no pueden cumplir este objetivo y en esta medida no tienen posibilidades de jugar el papel de partidos políticos. Lo contrario no es más que desviación sindicalera. Toda vez que las organizaciones laborales se han visto compelidas a cumplir algunas tareas secundarias de los partidos, lo han hecho de una manera por demás deficiente e indefectiblemente se han detenido en medio camino.

Si fuese verdad que el sindicato tiene capacidad para sustituir al Partido, significaría que no hay diferencias fundamentales entre ellos y que, por tanto, resulta absurdo escoger el escabroso camino de la construcción partidista para dotar a las masas de una dirección revolucionaria.

## Las publicaciones

Hemos indicado ya que los nacional-foquistas han dado pruebas inequívocas de su repulsa a la teoría y a la discusión política, siguiendo en esta materia muy de cerca la línea foquista. El rechazo de la teoría nada tiene que ver con la tradición marxista, que se ha estructurado como movimiento a través de la aguda discusión y de las escisiones y fusiones alrededor de principios claramente establecidos.

En sus últimos documentos, los revisionsitas nos dan pruebas de su total desprecio por la teoría, a la que consideran como distracción propia de intelectuales. Reprochan al Partido el dedicar tanta atención a sus publicaciones e irónicamente sostienen que es una organización de editores. La verdad es que lo que se ha hecho y se hace en materia de publicaciones es insuficiente y que hay que poner mayor empeño en esta labor. Nos falta generalizar todas las experiencias nacionales e internacionales, nos falta elevar el nivel teórico y político de la militancia, nos falta romper las barreras policiales que impiden la libre circulación de libros marxistas, nos falta llevar en lenguaje sencillo nuestro programa hasta las masas. Toda esta tarea, imprescindible para educar a la militancia, sólo puede hacerse con ayuda de las publicaciones. Tenemos la obligación de superar nuestro periódico, tanto en calidad como en su técnica de presentación. Falta todo esto y sabremos dedicar lo mejor de nuestras energías para superarnos como publicistas, decimos intencionadamente esto para que estén advertidos los nacional-foquistas, que estén advertidos que éste es un trabajo político y organizativo a la vez.

Estamos convencidos que a lo largo de la vida partidista la teoría y las publicaciones, que son los canales por los cuales se difunde y llega aquella hasta las células, son para nosotros tan o más valiosas que los fusiles y las bombas (esto tienen que tener muy claro los señores foquistas). Las armas,

cuando están guiadas por la teoría y la política, es decir, cuando la dirección que deben tomar ha llegado hasta ellas a través de las publicaciones, son irremplazables en los momentos insurreccionales, es decir, excepcionales, pero no tienen la vigencia permanente y preeminente de la teoría.

## Construir el partido

Nuestro objetivo es construir un poderoso partido, fuertemente enraizado en el proletariado y que trabaje persistentemente para convertirse en una organización de masas. Esto será posible únicamente logramos superar las discrepancias políticas, es decir, si derrotamos debidamente a los desviacionistas a través de la autocrítica y la crítica, de esta manera se y superará nuestro programa, que es la razón de nuestra fortaleza.

Los nacional-foquistas hablan también de construir el Partido arrancando de la nada, al margen del programa y lo que hacen en su práctica diaria es intentar destruir al POR., seguramente para luego poner en pie una agrupación capaz de prestarse a todas las aventuras golpistas. Los revisionistas se empeñan en destruir al Partido con su actitud diaria divisionista: todo el tiempo se dedican a actuar por su y riesgo, en forma individual, y llevando al exterior una línea política extraña a nuestro programa. Se ha podido constatar que en fabriles emiten sueltos en los que se denigra al Partido se niega su vigencia como vanguardia revolucionaria y se elaboran documentos en concomitancia con la burocracia sindical que trabaja en estrecho maridaje con el stalinismo. Esta es la mejor forma de destruir a un partido. Para poner punto final a esta desvergüenza hay que denunciarla y criticarla descarnadamente, mostrando sus verdaderas raíces políticas, al hacerlo cumplimos un elemental deber revolucionario.

## Advertencia final

En el curso de la polémica se difundió un boletín en el que los nacional-foquistas confesaban su credo político y lo hicieron de manera tal que aparecieron como quintacolumna de nuestros propios enemigos de clase: copiaron y repitieron imputaciones calumniosas del grupo Octubre. Como esta actitud vergonzosa no puede aceptarse en un partido revolucionario, que no puede permitir que en su seno se muevan libremente quinta columnistas, decidimos no responder directamente a tales engendros, limitándonos a tratar los problemas en el plano puramente teórico. Cuando alguien comete una canallada ya no es posible discutir con él; nosotros partimos del supuesto que todos los militantes, los que discrepan o están de acuerdo con nosotros, obran honestamente.

## El programa de transición

Tomamos como referencia su discusión sobre el problema con un grupo de trotskistas norteamericanos (ver "Discusión con Trotsky sobre el Programa de Transición"), que tuvo lugar antes de la Conferencia Internacional que aprobó.

En las esmirriadas filas de la IV I. de ese entonces, Trotsky era el más llamado (acaso el único) para redactar su programa; pese a esta circunstancia no lo considera un trabajo individual sino colectivo, esto porque aparece después de una actividad previa y múltiple: "El programa fue formulado en diferentes artículos, mociones, etc. En este sentido, el proyecto de programa no anuncia una invención nueva, no es la redacción de un solo hombre, sino el resultado de un trabajo colectivo elaborado hasta hoy. Un resumen así es absolutamente necesario para dar a los camaradas una idea de la situación, una comprensión común". El mismo Trotsky consideraba que en los EEUU había un movimiento trotskista con excelentes posibilidades aunque todavía muy débil (dos o tres mil militantes), pero con vinculaciones con el movimiento obrero, particularmente en Mineápolis; sin embargo, en ese país nadie habría podido reemplazara aquél en la labor teórica y de orientación política. La participación de los militantes, que ya se pronunciaron en favor de la IV I., en la elaboración del programa sólo podía realizarse en el plano de la discusión, donde aportarían su propia experiencia lograda en la lucha diaria. "Es por esto que un estudio muy serio del programa es la primera tarea de cada camarada de los EEUU" (L. T.).

Los acontecimientos futuros demostraron que se tuvo que pagar muy caro el tremendo desnivel que existía entre la capacidad teórica, la experiencia y las cualidades personales de Trotsky, que, junto con Lenin, había hecho posible la victoria de Octubre y construido el Ejército Rojo, y el resto de la militancia e inclusive las pocas figuras que sobresalían del común de los efectivos. La autoridad de Trotsky se imponía por su tremendo peso, en sus manos se concentraba la dilucidación de los grandes problemas teóricos y políticos del momento. Si analizamos la cuestión limitándonos a ese momento, es evidente que la presencia de una personalidad de tales dimensiones (para el observador y seguramente para muchos nuevos adherentes, la IV I. era Trotsky) no sólo que convertía en sombras al resto, sino que impedía la rápida superación de la militancia, esto porque las grandes dificultades eran resueltas por el cerebro más potente. Sin embargo, la obra teórica de Trotsky (no tenía tiempo ni posibilidades para trasladarse a las puertas de las fábricas para organizar a los obreros) constituye el legado más importante a la IV I. y permite que ahora se formen los políticos revolucionarios y se organicen. Los bolivianos se definieron como trotskistas y se organizaron reclamándose adeptos de la IV I. atraídos por la obra teórica de Trotsky, a veces inclusive sin conocer ni participar directamente en la organización internacional. Como quiera que Trotsky no estaba presente en el Altiplano para resolver todas las dificultades y problemas políticos, los jóvenes trotskistas, moviéndose bajo el látigo de

necesidades premiosas, asimilaron la teoría a saltos y se vieron obligados a madurar organizativamente partiendo de su propia experiencia. Circunstancias políticas excepcionales se sumaron a tales antecedentes para hacer posibles los impresionantes éxitos; estos logros convirtieron al POR en un bastión del trotskismo e imprimieron a su experiencia importancia mundial.

La IV I. se organizó sin contar con un equipo de dirección y éste no pudo aparecer en los años inmediatamente posteriores. La dirección no se forma en el estudio frío de los textos, sino que se temple en la lucha diaria y en el seno de las masas, circunstancia que permite aplicar y probar la validez de las conclusiones teóricas. Los escritos y los consejos de Trotsky no fueron suficientes en ese momento para hacer aparecer como por ensalmo a una dirección totalmente probada y formada, el proceso se vio obstaculizado por el aislamiento del trotskismo del movimiento de masas.

La carencia de un equipo de dirección altamente calificado a la cabeza del movimiento revolucionario más avanzado de nuestra época es un problema que debe ser resuelto con urgencia. El trotskismo no pudo escapar a las consecuencias de su propia historia. El stalinismo destruyó físicamente a parte de la vanguardia, a la dirección que hizo posible la victoria revolucionaria, la destruyó no sólo en Rusia, sino en todo el mundo; otros se quebraron en la lucha y en la adversidad, ilustrando así una de las conclusiones del mismo Trotsky: la revolución es una gran devoradora de energías. Como Oposición de Izquierda, como núcleo director de los trabajos encaminados a construir la nueva Internacional, se vio obligado a batallar en un período de reacción, hecho objetivo que impidió su rápido ensanchamiento y, por tanto, las posibilidades de formación de nuevas capas de dirigentes; el peso de las viejas generaciones fue decisivo.

Expulsado de la URSS (1929 y después de su confinamiento en Alma Ata) y no bien llegado a Turquía, Trotsky dedicó sus esfuerzos a la creación de una fracción internacional de bolchevique-leninista dentro de la IC., aunque ésta expulsaba a todos los posibles trotskistas, teniendo como eje los documentos principales redactados por aquel uel en plena batalla contra la burocracia termidoriana. A partir de 1924, en Rusia pudo compactarse un núcleo opositor que tenía como a su cabeza visible a Trotsky, cosa que no ocurrió en los demás países, donde las tendencias opositoras que aparecían en los partidos comunistas tenían bases políticas dispares y hasta contrapuestas, plataformas confusas y que desaparecían rápidamente.

Trotsky (con el seudónimo de Gourov) envió una carta a todos los grupos e individuos que se oponían a la política stalinista, sugiriéndoles el reagrupamiento internacional, pronunciándose sobre el carácter de la URSS, del Comité Angloruso (organizado con motivo de la gran huelga de los mineros ingleses) y la revolución china.

De 1929 a 1938 el trotskismo dedicó toda su atención a la delimitación de los principios (de las bases programáticas) y en esta batalla se formaron los pocos cuadros que cargarán con la responsabilidad de luchar contra el stalinismo y desde 1933 de formar la nueva Internacional. Durante este período, los trabajos más importantes se realizan en Francia, donde un grupo comienza a publicar "La Vérité" (1929), que cumple la importante labor de orientar, educar y organizar a los elementos que se aproximaban a las ideas de la Oposición; ese grupo se transforma, en 1930, en la Liga Comunista. Los atacados por el esquematismo, los escépticos, dirán que el trotskismo ha cumplido medio siglo de existencia y que todavía no ha tomado el poder o que no controla a todo el movimiento obrero mundial, estas tonterías demuestran una descomunal incapacidad de raciocinio.

En abril de 1930, tiene lugar en París la primera conferencia internacional de los bolchevique-leninistas, que muy dificultosamente organizan un centro internacional, que luego se convertirá en el Secretariado Internacional. En 1932, otra conferencia internacional en Copenhague y, en 1933, una nueva reunión de la misma naturaleza adopta la plataforma de "once puntos", documento programático fundamental del movimiento. Se organizan varias secciones (bajo la consigna central del reenderezamiento de la IC, pues sólo a partir de 1933 se orienta el trabajo hacia la formación de una nueva Internacional) y el movimiento en su conjunto no deja de ser sacudido por crisis internas, que tienden a convertirse en el fenómeno dominante, crisis alrededor de problemas políticos y organizativos y en las que las disputas de carácter personal, teniendo como telón de fondo el aislamiento de las masas, encubren divergencias programáticas.

El paso más firme y atrevido (pero de poco peso cuantitativo y también cualitativo) se dio en 1933. Los trotskistas (Liga de los Comunistas Internacionalistas) asistieron a la reunión de las organizaciones que se encontraban fuera de la II y III Internacionales y que fue convocada por el Partido Laborista Independiente inglés. El resultado fue modestísimo: "Declaración de los Cuatro", en la que se proclamaba la necesidad de una nueva Internacional y se definían los puntos básicos sobre los cuales podría construirse. Firmaron la histórica declaración la Liga de los Comunistas; el Partido Socialista Obrero (SAP) alemán, inicialmente fracción de la izquierda socialista y que en 1932 rompió con la socialdemocracia, para pasar al control de los brandlerianos Walcher y Froelich; dos organizaciones holandesas (que más tarde se fusionaron en el Partido Socialista Revolucionario, RS-AP): el OSP y el Partido Socialista Revolucionario (RSP), dirigido por Sneevliet, antiguo militante y opositor dentro de la IC, había convertido su fracción sindical dentro del NAS (comunistas y anarquistas) en partido político.

En el momento de la prueba sólo quedaron los de la Liga de los Comunistas Internacionalistas, los otros tres se aferraron a sus viejas posiciones y demostraron su incapacidad orgánica de evolucionar hacia los postulados de Trotsky, no pudieron soportar la prueba de fuego de la revolución española. El



RSAP rompió con la IV I. y sostuvo la política del POUM, tan vehementemente atacada por Trotsky. Sólo parte de su juventud (Santen) pudo, durante la segunda guerra mundial, poner en pie a la sección holandesa de la IV I, que en momento alguno logró superar su condición de pequeñísimo grupo de propaganda. La SAP se convirtió en el peor adversario de la Cuarta, víctima de su incurable centrismo.

A partir de 1934 se vivió la experiencia del entrismo en los partidos socialistas, particularmente en Francia, Bélgica y EEUU. Cuando se constituye la IV I. se levanta todo un coro de voces oponiéndose a que se dé ese paso: muchas figuras abandonan la causa trotskysta, aunque algunos siguen manteniendo su admiración por el líder en el destierro. En el Programa de Transición la acerada pluma de Trotsky estigmatiza a los escépticos.

El asesinato de Trotsky (1940) provoca una profunda crisis en la IV I. Durante la segunda guerra mundial muchos grupos no atinan a aplicar debidamente las enseñanzas del maestro desaparecido e incurren en notables desviaciones.

Para Trotsky, en el momento en que se lanza a la organización de la IV I, el factor fundamental es el programa y no el número de adherentes y mucho menos la comprensión inmediata por parte de las masas de dicho programa. Lo más que podía esperarse era estructurar una organización pequeña, homogénea, y férreamente unida alrededor del programa: "El Partido está compuesto por una selección de los elementos más conscientes, más avanzados, más abnegados y el Partido puede jugar un rol político e histórico importante sin relación directa con su fuerza numérica. Puede ser un pequeño partido y jugar un gran rol. Por ejemplo, durante la primera revolución rusa de 1905, la fracción bolchevique no contaba más que con 10.000 miembros (habían 23.000.000 de obreros). El Partido dirigió los soviets a través de todo el país gracias a una política justa y gracias a su cohesión...

"Ahora, ¿qué es el Partido? ¿En qué consiste la cohesión? Esta cohesión es la comprensión común de los acontecimientos, de las tareas y esta comprensión común representa el programa del Partido. De la misma manera que los obreros no pueden trabajar sin herramientas, el Partido igualmente precisa de la herramienta del programa... Es sólo cuando la vanguardia se organiza sobre la base de una concepción común que nosotros podemos actuar.

"¿Qué debemos hacer? ¿Adaptar nuestro programa a la situación objetiva o a la mentalidad de los obreros? Pienso que esta cuestión debe ser planteada a todos los camaradas que dicen que nuestro programa no se adapta a la situación de América. Este programa es un programa científico. Se basa en un análisis de la situación objetiva. No puede ser comprendido en su conjunto por los obreros. Será bien que la vanguardia lo comprenda en el próximo período...



“¿Qué queremos decir con situación objetiva? Aquí debemos analizar las condiciones objetivas de una revolución social. ¿Qué significa esto?, que no podemos eliminar una sociedad por una decisión subjetiva, que no podemos organizar una insurrección como lo hicieron los blanquistas”.

Los interlocutores demostraron poseer un bajo nivel teórico. Le preguntaban si la ideología de los obreros forma parte de los factores objetivos. Faltaba precisar con referencia a qué la ideología obrera (el desarrollo de la conciencia de clase), que puede ser objetiva con relación a los propósitos de la minoría revolucionaria, puede ser modificada por la propaganda política, mientras que la estructura económica no para nosotros pequeña minoría, el conjunto es objetivo, incluso la mentalidad de los obreros. Nosotros debemos analizar y clasificar los elementos de la situación objetiva que pueden ser transformados por nuestra propaganda de aquellos que no pueden serlo. Es por esto que decimos que el programa se adapta a los elementos fundamentales y estables de la situación objetiva y nuestra tarea consiste en adaptar la mentalidad de las masas a esos factores objetivos. Adaptar la mentalidad es una tarea pedagógica... La crisis de la sociedad es la base para nuestra actividad y la mentalidad es su arena política. Debemos transformarla. Debemos dar una explicación científica de la sociedad y explicar claramente a las masas”.

Octubre de 1974.